AGATHA CHRISTIE

NAVIDADES TRAGICAS

Selecciones de Biblioteca Oro

El mismo día en que todos los miembros de la familia del multimillonario Simeon Lee se encuentran en la mansión de éste, dispuestos a celebrar la Navidad, se produce el brutal asesinato del anfitrión. Dadas las circunstancias del crimen, cometido inmediatamente después de que la víctima se pusiera en contacto con la policía para denunciar el robo de unos diamantes, todos los parientes resultan sospechosos. Hasta que Poirot aparece en escena y logra esclarecer el caso.

Agatha Christie

Navidades trágicas

Hércules Poirot - 20

ePub r1.0
VERAJUAN 02.01.15

Título original: Hercule
Poirot’s
Christmas
Agatha Christie, 1939
Traducción: José Mallorquí Figuerola

Editor digital: VERAJUAN
ePub base r1.2

«Mi querido James: Has sido siempre uno de mis más fieles y amables lectores y por ello me turbó enormemente el escuchar una crítica tuya.

»Te quejaste de que mis asesinatos se iban volviendo demasiado refinados, decadentes incluso. Sentías profundos anhelos de "un buen crimen violento, con mucha sangre". ¡Un asesinato que no ofreciera duda alguna de que era un verdadero asesinato!

»Por ello te dedico esta obra, que he escrito pensando en ti y con la esperanza de que será de tu agrado.

»Tu afectuosa cuñada,

AGATHA».

Guía del Lector

Relación en orden alfabético de los principales personajes.

CARLTON: Abogado de Simeon Lee.

ESTRAVADOS (Pilar): Nieta de Simeon Lee.

FARR (Stephen): Hijo de un antiguo amigo socio que fuera de Simeon Lee.

HORBURY (Sidney): Enfermero de Simeon Lee.

JOHNSON: Coronel y jefe de policía.

LEE (Alfred): Hijo primogénito del citado Simeon.

LEE (David): Hermano del anterior.

LEE (George): Hermano de los anteriores y respetable miembro del Parlamento inglés.

LEE (Harry): Otro hermano de los citados.

LEE (Hilda): Esposa de David.

LEE (Jennifer): Hermana de Alfred, David, George y Harry y madre de Pilar Estravados.

LEE (Lydia): Esposa de Alfred.

LEE (Magdalene): Esposa de George.

LEE (Simeon): Jefe de la familia Lee, multimillonario.

POIROT (Hércules): Famoso detective.

SUGDEN: Inspector de policía.

TRESSILIAN (Edward): Viejo mayordomo de los Lee.

PRIMERA PARTE

(22 de diciembre).

Capítulo I

Stephen se levantó el cuello de su abrigo mientras avanzaba apresuradamente por el andén. Una tenue niebla llenaba la estación. Enormes locomotoras resoplaban lanzando al aire nubes de vapor. Todo estaba sucio y humoso…

Stephen pensó con repugnancia:

«¡Qué país más asqueroso! ¡Qué ciudad más sucia!». Habíase desvanecido su primera impresión ante las tiendas de Londres, ante sus restaurantes, sus bien vestidas y atractivas mujeres. Ahora lo veía como una reluciente aguamarina engarzada en un aro de plomo.

Si ahora estuviese en África del Sur… Le invadió una súbita e intensa añoranza. Sol, cielos azules, jardines de flores azules, blancas, amarillas, creciendo profusamente por todos los lados.

En cambio, aquí, barro, suciedad y masas inacabables de gente en continuo movimiento y lucha. Atareadas hormigas moviéndose afanosas alrededor de su hormiguero. Por un momento pensó:

«¡Ojalá no hubiese venido!».

Luego recordó sus propósitos y sus labios se cerraron en una fina línea. No. Tenía que seguir adelante. Durante años había proyectado aquello. Siempre pensó hacer lo que iba a realizar ahora. ¡Sí, tenía forzosamente que seguir adelante!

Aquella súbita indecisión, aquel preguntarse: «¿Para qué? ¿Vale realmente la pena? ¿Por qué escarbar en el pasado? ¿Por qué no dejarlo correr?», todo eso era solamente debilidad. No era ya un hombre para desechar sus propósitos por el capricho de un momento. Tenía cuarenta años, se sentía seguro de sí mismo. Llegaría hasta el fin. Realizaría aquello que le hizo venir expresamente a Inglaterra.

Subió al tren y avanzó por el pasillo en busca de un asiento. Había rechazado la ayuda de un mozo y llevaba él mismo su maleta

de piel. Fue recorriendo vagón tras vagón. El tren estaba lleno. Faltaban sólo tres días para Navidad. Stephen Farr contemplaba, disgustado, los rebosantes vagones.

¡Gente! ¡Gente por doquier! Y todo el mundo con un aspecto igual, horriblemente igual. Los que no tenían cara de cordero tenían cara de conejo, pensó. Algunos runruneaban y resoplaban. Otros, sobre todo hombres de mediana edad, gruñían como cerdos. Hasta en las muchachas delgadas, rostros ovalados, labios rojos, había una depresiva uniformidad.

Con súbita añoranza recordó el amplio vedlt, tostado por el sol, vacío de gente…

Y de pronto contuvo el aliento. Acababa de entrar en otro vagón. Aquella muchacha era distinta. Cabello negro, marfileña palidez, ojos con la profundidad y las tinieblas de la noche en ellos. Los tristes y orgullosos ojos del sur… El que aquella mujercita estuviera sentada en aquel tren, entre aquella gente opaca e impersonal, obedecía a algún inexplicable error. No podía ser que viajara en dirección a las Midlands. Su puesto estaba en un balcón, jugueteando con una rosa o un clavel, y a su alrededor el ambiente debía estar cargado de polvo, de calor y olor de sangre y de arena. Tenía que estar en algún sitio espléndido, no hundida en un vagón de tercera clase.

Era un hombre observador. Por ello no dejó de notar el mal estado del negro abrigo de la joven, lo barato de sus guantes, los sencillos zapatos y la chillona nota de un bolso rojo llama. Y, sin embargo, en aquella muchacha había esplendor, finura, exotismo.

¿Qué diablos hacía en aquella tierra de nieblas, frías e industriosas y presurosas hormigas?

«Tengo que enterarme de quién es y de lo que hace aquí —pensó —. Tengo que enterarme».

Capítulo II

Pilar estaba sentada junto a la ventanilla pensando qué extraño huelen los ingleses… La diferencia de olores fue lo que más le sorprendió de Inglaterra. No se notaba olor a polvo ni a flores. En aquel vagón los olores eran fríos. Olor a azufre y sulfuro, propio del tren. El olor a jabón y a otra cosa desagradable provenía del cuello de pieles de una mujer que se sentaba cerca de ella.

Sonó un silbato y una voz estentórea gritó algo. El tren se puso en movimiento, saliendo lentamente de la estación. Ya se habían puesto en marcha. Pilar estaba en camino…

El corazón le latió algo más deprisa. ¿Saldría todo bien? ¿Podría realizar lo que había decidido hacer? Seguramente. Lo tenía todo muy bien proyectado.

Pilar curvó hacia arriba sus rojos labios que, de pronto, reflejaban una fría crueldad.

Miró a su alrededor con la curiosidad de un niño. Había siete personas en su mismo compartimiento. ¡Qué extraños eran los ingleses! Todos parecían ricos, prósperos, en sus ropas, sus zapatos. Indudablemente, Inglaterra era una nación rica. Pero en cambio, allí nadie parecía contento.

De pie en el pasillo se veía a un hombre bastante atractivo. A Pilar le pareció muy atractivo. Le atraía su rostro bronceado, su nariz aguileña y sus amplios hombros. Más rápida de comprensión que cualquier muchacha inglesa, Pilar se había dado cuenta de que aquel hombre la admiraba. No la había mirado fijamente, pero sabía muy bien las veces que él le había dirigido la vista y cómo la había mirado…

Anotó este hecho sin gran interés ni emoción. Venía de un país donde los hombres miraban a las mujeres como la cosa más natural del mundo y no tratan de disimularlo. Se preguntó si era un inglés y decidió que no.

«Está demasiado lleno de vida para ser un inglés —se dijo—. Y, sin embargo, es rubio. Puede que sea estadounidense».

Un empleado del tren pasó por el pasillo anunciando:

—El almuerzo está servido. Los que tengan sus puestos reservados que se sirvan pasar al coche restaurante. Los siete ocupantes del compartimiento de Pilar tenían boletos para el primer turno. Se levantaron a la vez y el compartimiento quedó, de súbito, vacío y apacible.

Pilar se apresuró a cerrar del todo la ventanilla, que una dama de aspecto belicoso había abierto un par de centímetros. Luego se recostó cómodamente en su asiento y dejó vagar la mirada por el paisaje, compuesto por los suburbios del norte de Londres. Al oír que se cerraba la puerta del compartimiento no volvió la cabeza. Era el hombre del pasillo, y Pilar sabía perfectamente que entraba para hablar con ella.

—¿Quiere que abra la ventanilla? —preguntó Stephen Farr.

—Al contrario. He sido yo quien la ha cerrado. Durante la pausa que siguió, Stephen pensó:

«Una voz cálida, llena de sol… Es cálida como una noche de verano…».

Pilar pensó:

«Me gusta su voz. Es llena y fuerte. Es atractivo, sí, muy atractivo».

Stephen dijo:

—El tren va muy lleno.

—¡Oh, sí! La gente huye de Londres. Debe de ser porque allí todo es negro.

A Pilar no se la había educado con la convicción de que es un crimen hablar con desconocidos. Sabía cuidar de sí misma tan bien o mejor que cualquier otra muchacha, y no tenía ningún rígido tabú.

Si Stephen se hubiera educado en Inglaterra, se habría sentido confuso al hablar con una joven a quien no había sido presentado. Pero Stephen era un hombre sencillo y creía que no era pecado hablar con aquellos que le resultaban simpáticos.

Sonrió sin ningún orgullo y dijo:

—Londres es un lugar terrible, ¿no?

—¡Oh, sí! No me gusta nada.

—Ni a mí.

—Usted no es inglés, ¿verdad? —preguntó Pilar—. Soy súbdito británico, pero vengo de África del Sur.

—Eso lo explica todo.

—¿Y usted viene del extranjero?

—Sí, de España.

—¿De España? ¿Es usted española?

—Medio española nada más. Mi madre era inglesa. Por eso hablo tan bien el inglés.

—¿Y qué hay de la guerra?

—¡Es horrible! Se ha destrozado mucho y ha muerto un sinfín de gente.

—¿Ha estado cerca de alguna batalla?

—No, pero al marchar hacia la frontera fuimos bombardeados por un avión. Mataron al chófer del auto en que yo iba.

Stephen la observaba atentamente.

—¿Se asustó mucho?

Pilar levantó hacia él los ojos.

—Todos tenemos que morir, ¿no es eso? Por lo tanto igual da que baje silbando del cielo como que llegue de la tierra. Se vive algún tiempo, pero después hay que morir forzosamente. Siempre ha ocurrido así en este mundo. Stephen Farr se echó a reír.

—Usted no debe de perdonar a sus enemigos, ¿verdad, señorita?

—No tengo enemigos, pero si los tuviera…

—¿Qué haría usted?

—Pues si tuviera un enemigo —respondió serenamente Pilar—, si alguien me odiara y yo le odiase…, pues le mataría.

La respuesta fue pronunciada con tal dureza que Stephen Farr quedó desconcertado.

—Es usted una muchacha muy sanguinaria, señorita.

—¿Qué es lo que le haría usted a un enemigo? —preguntó a su vez Pilar.

—No sé. En realidad no lo sé.

—Tiene usted que saberlo. Stephen contuvo la risa y en voz muy baja contestó:

—Sí, en realidad sí lo sé.

Luego, cambiando apresuradamente de tema, inquirió:

—¿Cómo es que ha venido usted a Inglaterra?

—He venido a quedarme con mis parientes ingleses.

—Ya comprendo —replicó Stephen, echándose hacia atrás, preguntándose cuál sería la impresión de los parientes de la joven cuando la vieran llegar para Navidad.

—¿Es bonito África del Sur? —inquirió Pilar. Stephen se puso a hablarle de su país. La joven le escuchaba con la atención de una chiquilla a la que le narran un cuento bonito.

El regreso de los ocupantes del compartimiento puso fin a la conversación. Stephen se puso en pie y despidiéndose con una amplia sonrisa encaminóse hacia el pasillo. Al llegar a la puerta tuvo que detenerse un momento para dejar paso a una anciana. Su mirada se posó entonces en el equipaje de Pilar. Leyó con interés el nombre de Pilar Estravados. Pero al fijarse en la dirección, sus ojos se desorbitaron incrédulamente: «Gorston Hall, Longdale, Ardlesfield».

Se volvió a medias, mirando a la muchacha con una nueva expresión: desconcierto, resentimiento, sospecha… Salió al pasillo y permaneció allí fumando un cigarrillo con el ceño fruncido.

Capítulo III

En el enorme salón azul y oro de Gorston Hall, Alfred Lee y Lydia, su esposa, estaban haciendo proyectos para Navidad. Alfred era de estatura más bien baja, casi cuadrado, de mediana edad, rostro amable y ojos castaño claro. Al hablar levantaba poco la voz y procuraba modular con la mayor claridad. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y daba una curiosa impresión de inercia… Lydia, su esposa, era una mujer muy enérgica. Estaba asombrosamente delgada y se movía con centelleante agilidad. Su rostro carecía de belleza, pero tenía distinción. Su voz era encantadora.

Alfred decía:

—¡Papá insiste en ello! No puede hacerse otra cosa. Lydia dominó un ademán de impaciencia.

—¿Es que siempre has de hacer lo que él quiera?

—Es muy viejo…

—¡Ya lo sé, ya lo sé!

—Quiere que todo se haga como a él le gusta.

—Es natural, puesto que siempre ha sido así —replicó con sequedad Lydia—. Pero un día u otro tendrás que imponerte, Alfred.

—¿Qué quieres decir, Lydia?

La miró tan evidentemente inquieto y sobresaltado que, por un momento, Lydia se mordió los labios y pareció dudar de si debía seguir hablando.

Alfred Lee repitió:

—¿Qué quieres decir, Lydia?

La mujer se encogió de hombros y eligiendo cuidadosamente las palabras dijo:

—Tu padre se siente muy inclinado a la tiranía.

—Es viejo.

—Y se hará cada vez más. Y por lo tanto más tiránico. ¿Cómo

acabaremos? Por ahora gobierna según le place nuestras vidas. No podemos forjar ningún plan a nuestro gusto. Si lo hacemos, se enferma.

—Piensa que es muy bueno con nosotros.

—¿Bueno con nosotros?

—Sí, muy bueno, recuérdalo —declaró con cierta dureza Alfred.

—¿Quieres decir monetariamente?

—Sí. Sus necesidades son muy reducidas y sencillas. Sin embargo, nunca nos ha regateado ni un céntimo. Puedes gastar lo que quieras en trajes y en esta casa, y todas las facturas son pagadas sin protesta alguna. Sin ir más lejos, la semana pasada nos regaló un auto nuevo.

—Reconozco que en lo que hace referencia al dinero, tu padre es muy generoso —declaró Lydia—. Pero en cambio quiere que seamos como esclavos suyos sin ninguna réplica.

—¿Esclavos?

—Sí, ésa es la palabra. Tú eres su esclavo, Alfred. Si hemos decidido salir y a tu padre se le ocurre de pronto desear que no nos marchemos, anulas la salida y te quedas en casa sin la menor protesta… No tenemos vida propia…

Alfred Lee replicó, muy disgustado:

—Quisiera que no hablases así, Lydia. Te muestras muy ingrata. Mi padre ha hecho siempre mucho por nosotros.

Lydia tuvo que morderse los labios para retener la respuesta que estaba a punto de soltar. Encogióse de nuevo de hombros.

—Sabes muy bien que mi padre siente una gran simpatía hacia ti, Lydia.

—Pues yo no puedo decir lo mismo respecto de él —replicó claramente la mujer.

—Me duele oírte hablar así. Es de lamentar escuchar esas palabras en tus labios.

—Es posible, pero a veces una tiene la necesidad de decir la verdad.

—Si papá sospechara…

—Tu padre sabe muy bien que yo no le quiero. Creo que eso le divierte.

—Realmente, Lydia, creo que en eso estás equivocada. Muchas veces me ha hablado de lo bien que te portas con él.

—Es natural. Siempre he procurado ser cortés. Y lo seguiré siendo. Ahora sólo se trata de que sepas cuál es mi manera de pensar y sentir con respecto a tu padre. Me es antipático. Lo considero un tirano. Te trata como a un muñeco y luego se ríe de tu cariño hacia él. Ya debieras haberte impuesto hace años.

—Está bien, Lydia, no hables más. La mujer suspiró.

—Lo siento. Puede que me equivoque… Hablemos de los invitados de Navidad. ¿Crees que tu hermano David querrá venir?

—¿Por qué no?

Lydia movió dubitativamente la cabeza.

—David es un chico muy raro. Hace años que no ha entrado en esta casa. Quería mucho a su madre y no le gusta visitar esta casa.

—David siempre atacó los nervios de papá con su música y sus sueños. A veces puede que papá fuera un poco duro con él. De todas formas, creo que David e Hilda no se negarán a venir. Será Navidad.

—Paz y buena voluntad —declaró Lydia, curvando irónicamente los labios—. Ya veremos, George y Magdalene vendrán. Puede que lleguen mañana. Me temo que Magdalene se aburra mucho.

Alfred declaró con cierto disgusto:

—Nunca he podido comprender por qué mi hermano George se casó con una mujer veinte años más joven que él. Claro que siempre fue un loco.

—Pues en su carrera ha tenido mucho éxito —declaró Lydia—. Sus electores le aprecian. Creo que Magdalene le ayuda mucho en su carrera política.

—No me es nada simpática —murmuró Alfred—. Es muy guapa, pero nunca me he fiado mucho de las apariencias. Es como una de esas perras que parecen de cera…

—Y por dentro son malas, ¿no? —Sonrió Lydia—. ¡Resulta cómico que hables así, Alfred!

—¿Por qué?

—Porque generalmente eres un hombre muy bueno. No dices nada malo de nadie. A veces hasta siento rabia de que no seas desconfiado. El mundo es malo.

—Siempre he creído que el mundo es tal como uno lo hace —sonrió Alfred.

—No. El mal no está sólo en nuestro pensamiento. El mal existe… Tú pareces no darte cuenta de su realidad. Yo sí. Siempre

lo he notado en esta casa… —Lydia se mordió los labios y se alejó.

—¡Lydia! —la llamó su marido.

Pero ella levantó una mano y sus ojos señalaron algo que estaba detrás de Alfred.

Éste se volvió, descubriendo a un hombre moreno, de rostro bondadoso, que estaba de pie junto a la puerta, deferentemente inclinado.

—¿Qué pasa, Horbury? —preguntó Lydia.

—Míster Lee, madame —replicó en voz baja Horbury—. Me ha encargado que le avise a usted de que habrá dos invitados más para Navidad. Desea que usted haga preparar sus habitaciones.

—¿Dos individuos más? —replicó Lydia—. Sí, señora. Otro caballero y una joven.

—¿Una joven? —preguntó, extrañado, Alfred.

—Sí, señor. Eso fue lo que dijo míster Lee. —Subiré a verle…— empezó Lydia.

Horbury hizo un ligerísimo movimiento, pero fue suficiente para detener a Lydia.

—Perdone la señora, pero mister Lee está durmiendo la siesta. Encargó que no se le molestase.

—Perfectamente —dijo Alfred—. No le despertaremos.

—Muchas gracias, señor. —Y Horbury se retiró.

—¡Cómo odio a ese hombre! —exclamó Lydia—. Va de un lado a otro de la casa como un gato. Una nunca le oye llegar o marcharse.

—A mí tampoco me es simpático. Pero sabe bien su oficio. No es fácil conseguir un buen ayuda de cámara. Y lo más importante es que a papá le gusta.

—Sí, es verdad, eso es lo más importante, Alfred. Y, a propósito, ¿qué joven es ésa?

—No lo sé. No recuerdo a ninguna.

Los esposos se miraron. Luego Lydia dijo, con una leve contracción de su expresiva boca:

—¿Sabes lo que estoy pensando, Alfred?

—¿Qué?

—Creo que últimamente tu padre se ha estado aburriendo. Me imagino que se está preparando una divertida fiesta de Navidad.

—¿Presentando a dos desconocidos al círculo de la familia?

—No conozco los detalles, pero me parece que tu padre prepara algo para divertirse.

—Ojalá encuentre algún placer en hacerlo —declaró gravemente Alfred—. Comprendo lo que debe sufrir el pobre, con una pierna inmovilizada, después de la vida tan agitada que ha llevado.

—Sí, muy agitada —repitió Lydia, dando una oscura significación a las palabras.

Alfred debió de entenderla, pues enrojeció intensamente.

—¡No comprendo cómo ha podido tener un hijo como tú! —exclamó Lydia—. Sois los dos polos opuestos. Y él te domina… y tú le adoras.

—Me parece que vas demasiado lejos, Lydia —dijo Alfred, algo vejado—. Me parece muy natural que un hijo quiera a su padre. Lo extraño sería que no lo quisiera.

—En ese caso, la mayoría de los miembros de esta familia son extraordinarios —sonrió Lydia—. ¡Oh, no discutamos! Perdóname. Ya sé que he herido tus sentimientos. Créeme, Alfred, no pensaba decir eso. Te admiro enormemente por tu fidelidad. La lealtad es una virtud muy rara en estos tiempos. Puede que esté celosa. Si las mujeres sienten celos de sus suegras, ¿por qué no han de sentirlos de sus suegros?

—Te domina la lengua, Lydia. No tienes ningún motivo para estar celosa.

Lydia le dio un beso en la oreja.

—Ya lo sé, Alfred. Además, no creo que hubiese sentido celos de tu madre. Me gustaría haberla conocido.

—Fue una pobre criatura —dijo.

Su mujer le miró extrañada.

—¿Es ésa la manera más natural de mencionarla? ¿Una pobre criatura? Muy interesante…

Con la mirada vaga, Alfred siguió:

—Siempre estaba enferma… A veces recuerdo que lloraba…

—Movió la cabeza. —No tenía espíritu.

—Qué raro…

Pero cuando Alfred se volvió para inquirir el significado de estas palabras, Lydia movió la cabeza y, cambiando de conversación, dijo:

—Puesto que no tenemos derecho a saber quiénes son esos

inesperados huéspedes, iré a terminar con mi jardín. —Hace mucho frío. El viento es helado…

—Ya me abrigaré.

Lydia salió del cuarto. Al quedarse solo, Alfred Lee permaneció un momento inmóvil, frunciendo el ceño. Luego se dirigió a la gran ventana del final de la estancia. Fuera, una terraza rodeaba casi toda la casa. Al cabo de unos minutos vio salir por ella a Lydia con un cesto plano. Llevaba un grueso abrigo. Dejó el cesto en el suelo y se puso a trabajar en un sumidero de piedra, cuyos bordes sobresalían ligeramente del suelo.

Su marido la observó durante algún tiempo. Por fin abandonó la habitación, se puso un abrigo y salió a la terraza por una puerta lateral. Mientras avanzaba por allí pasó junto a otros sumideros convertidos en minúsculos jardines, producto todo ello de los ágiles dedos de Lydia.

Uno figuraba una escena de desierto con amarillenta arena, un pequeño macizo de palmeras de hojalata pintada, y una procesión de camellos con dos o tres figurillas árabes. Algunas chozas de barro, estilo primitivo, habían sido hechas de plastilina. Había también un jardín italiano, con terrazas y muchas flores de cera. Otro de los jardincitos era un paisaje ártico, con trozos de grueso cristal verde, que hacían las veces de iceberg, y un grupo de pingüinos. A continuación venía un jardín japonés, con unos arbolillos floridos, un espejo que servía de agua, sobre el cual veíanse extendidos unos puentes de plastilina.

Por fin llegó al sumidero donde estaba trabajando su esposa. Lydia había extendido una hoja de papel azul que cubría con un vidrio. Alrededor se amontonaban las rocas. En aquel momento, Lydia estaba sacando piedrecillas de una bolsa y colocándolas de forma que pareciesen la arena de una playa. Entre las piedras había pequeños cactos.

—Eso es —decía Lydia—. Así me lo imagino…

—¿Cuál es tu última obra de arte? —preguntó Alfred. Lydia se sobresaltó, pues no le había oído llegar.

—¿Esto? Es el mar Muerto. ¿Te gusta?

—Un poco árido, ¿no? Tendría que haber algo más de vegetación.

Su mujer movió negativamente la cabeza.

—Ésa es la idea que me he forjado del mar Muerto. Está muerto, ¿comprendes?

—No es bonito como los otros.

—No pretendo que sea bonito.

Se oyeron pasos en la terraza. Un viejo criado de cabellos blancos, ligeramente inclinado hacia delante, avanzaba hacia ellos.

—La esposa de mister George Lee está al teléfono, señora. Pregunta si hay algún inconveniente en que ella y mister George lleguen mañana a las cinco y veinte.

—Ninguno. Dígale que pueden venir a esa hora.

—Muy bien, señora.

El criado se alejó. Lydia le vio alejarse. La expresión de su rostro se había suavizado.

—El bueno de Tressilian. ¡Qué ayuda es para nosotros! No sé lo que haríamos sin él.

Alfred se mostró de acuerdo.

—Pertenece a la vieja escuela. Hace casi cuarenta años que está con nosotros. Nos profesa verdadera y desinteresada devoción.

—Sí, es como los fieles mayordomos de las novelas. Creo que se dejaría matar con tal de poder proteger a la familia.

—Sí, creo que sí —murmuró Alfred. Lydia terminó de arreglar el jardín.

—¡Ya está todo preparado! —dijo.

—¿Preparado? —Alfred no pareció comprender.

—Para Navidad, tonto. Para esa sentimental Navidad familiar que vamos a disfrutar.

Capítulo IV

David estaba leyendo la carta. Al fin hizo una bola con ella y la tiró lejos de sí. Después, alcanzándola, la alisó y volvió a leerla.

Inmóvil, sin pronunciar ni una sola palabra, Hilda, su mujer, le observaba. Había notado el temblor de los músculos faciales de su marido y los movimientos espasmódicos de todo su cuerpo. Cuando David hubo apartado de la frente el mechón de cabellos que siempre tendía a caer sobre ella, y levantando la cabeza la miró, la mujer estaba ya preparada.

—¿Qué debemos hacer, Hilda?

Hilda vaciló un momento antes de contestar. Había notado la súplica que vibraba en su voz. Sabía lo mucho que él confiaba en ella. Siempre había dependido de ella, desde su matrimonio. Sabía que podría influir de una manera decisiva en la determinación que tomara. Pero, por eso mismo, procuró no decir nada definitivo.

Con voz serena y tranquilizadora, como la de una madre, replicó:

—Todo depende de tus sentimientos, David.

Hilda era más bien gruesa. No era hermosa, pero poseía cierto don magnético. Había en ella algo de cuadro holandés. Su voz era cálida y alentadora. Su vitalidad era intensa… Esa vitalidad que tanto atrae a los débiles. Una mujer gorda, de mediana edad, no muy lista ni muy inteligente, pero con algo que no podía pasar inadvertido. ¡Fuerza! ¡Nilda Lee tenía fuerza! ¡Sí, completa!

David se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación. En su cabellera casi no se advertía ninguna hebra gris. Su aspecto era extraordinariamente juvenil. Su rostro recordaba el de los caballeros de Bourne Jones. Tenía algo de irreal.

—Ya debías de conocer mis sentimientos, Hilda —replicó al fin.

—No estoy segura.

—Pero te lo he dicho… ¡Te lo he dicho muchas veces! ¡Sabes

cómo los odio a todos, a la casa, al campo de los alrededores… a todo! Sólo me recuerda dolores. ¡Odio hasta el último momento que pasé allí! ¡Cuando pienso en ello, en todo lo que llegó a sufrir mi madre…!

Hilda sonrió tristemente.

—Era tan buena y tan paciente, Hilda. Siempre en la cama, tan paciente… Pero soportándolo todo, aguantando… ¡Y cuando pienso en mi padre! —Su rostro se ensombreció—. Él fue el causante de tanto dolor. La humilló, vanagloriándose ante ella de sus líos amorosos, siéndole siempre infiel y siempre ocupándose de no ocultarlo.

—No debía haberlo soportado —dijo Nilda—. Debió abandonarlo.

—Era demasiado buena para hacer eso —replicó con acento de reproche David—. Creía que su deber era seguir allí. Además, era su hogar. ¿Adónde hubiese ido?

—Pudo haberse forjado una nueva vida.

—En aquellos tiempos no podía hacerse una cosa así. Tú no comprendes. Las mujeres no se portaban de esa forma. Soportaban la infidelidad. Tenía que pensar en nosotros. Si se hubiera divorciado de mi padre, ¿qué hubiese sucedido? Probablemente él se hubiera vuelto a casar. Hubiera habido una segunda familia. Nuestros intereses se hubieran ido al diablo. Tenía que pensar en todo ello.

Hilda no replicó, y David siguió:

—No; hizo bien. Era una santa. Aguantó hasta el fin sin quejarse.

—No tan sin quejarse, pues entonces tú no hubieras sabido tanto de lo que pasaba, David —dijo Hilda—. Sí, me contó algo… sabía lo mucho que yo la quería. Cuando murió…

Se interrumpió, pasándose las manos por los cabellos.

—¡Nilda, fue horrible! ¡Qué desolación! Era aún joven. No tenía que haber muerto. ¡Mi padre la mató! Él fue el responsable de su muerte. Le destrozó el corazón. Decidí no vivir más bajo el mismo techo que él. Me marché. Huí de todo ello.

—Hiciste muy bien —aprobó Nilda—. Era lo que debías hacer.

—Mi padre quería que trabajase con él —siguió David—. Eso hubiera significado vivir en su casa. No lo habría soportado. No comprendo cómo Alfred lo aguanta… cómo lo ha aguantado tanto

tiempo.

—¿No se ha rebelado nunca contra él? —preguntó con interés Nilda—. Creo que me explicaste algo acerca de que dejó otra carrera.

David movió afirmativamente la cabeza.

—Alfred tenía que ingresar en el Ejército. Mi padre lo arregló todo. Alfred, el mayor de los hermanos, debía ingresar en un regimiento de caballería. Harry y yo teníamos que trabajar en la oficina. George tenía que dedicarse a la política.

—¿Y no fue así?

David movió negativamente la cabeza.

—Harry lo estropeó todo. Tenía un temperamento salvaje. Se metió en deudas y en toda clase de disgustos. Por fin, un día se escapó con varios centenares de libras que no le pertenecían, dejando una nota en la que afirmaba que el trabajar en una oficina no había sido hecho para él y que se iba a correr mundo.

—¿Y no habéis vuelto a saber de él? David se echó a reír.

—¡Ya lo creo! ¡Y muy a menudo! Siempre estaba cablegrafiando pedidos de dinero desde todos los puntos del globo. Corrientemente lo conseguía.

—¿Y Alfred?

—Mi padre le hizo abandonar el Ejército y meterse en la oficina.

—¿Le disgustó?

—Al principio, mucho. Odiaba aquel trabajo. Pero papá siempre ha podido hacer con Alfred lo que le ha dado la gana. Supongo que debe de seguir siendo su muñeco.

—¡Y tú te escapaste! —Sonrió Hilda.

—Sí. Fui a Londres y estudié pintura. Mi padre me dijo claramente que si cometía una locura semejante me otorgaría una renta mientras él viviera y luego, al morir, no me dejaría nada. Le contesté que no me importaba. Me llamó idiota y muchas cosas más. No le he vuelto a ver desde entonces.

—¿Y no te has arrepentido?

—No. Comprendo que con mi arte no llegaré nunca a ningún sitio. Jamás seré un gran artista, pero en esta casita somos felices, no nos falta lo necesario. Y si muero tengo para ti un seguro de vida.

Hizo una pausa, y añadió, golpeando la carta con la mano.

—¡Y ahora esto!

—Lamento que tu padre te haya escrito, puesto que te trastorna tanto.

David continuó, como si no la hubiera oído:

—Pidiéndome que lleve a mi mujer a pasar con ellos la Navidad; y expresando su esperanza de que estemos todos reunidos, formando una familia bien unida. ¿Qué pretenderá? No lo entiendo.

—¿Es que no está claro? —inquirió Hilda—. Tu padre se hace viejo. Empieza a ponerse sentimental con respecto a la familia. Eso les pasa a muchos.

—Puede que sí.

—Es viejo y está solo.

—Quieres que vaya, ¿verdad, Hilda?

—Sería cruel no acudir a su llamada —replicó con lentitud Hilda —. Tal vez sea una mujer anticuada, más ¿por qué no tener paz y buena voluntad en las Navidades? —¿Después de todo cuanto te he contado?

—Ya lo sé. Pero eso pertenece al pasado. Pasó hace mucho tiempo. Se ha olvidado ya.

—Yo no.

—Porque tú no quieres que se olvide. Mantienes el pasado vivo en tu imaginación.

—No puedo olvidar.

—No quieres.

—Los Lee somos así. Recordamos las cosas durante años enteros, meditamos sobre ellas, mantenemos latentes los recuerdos.

Algo impaciente, Hilda replicó:

—¿Y eso es algo digno de orgullo? ¡Yo no lo creo! David miró pensativamente a su mujer.

—Por lo visto, tú no concedes gran valor a la lealtad… a la lealtad de un recuerdo.

—Creo en el presente —contestó Hilda—. No en el pasado. El pasado debe olvidarse. Si tratamos de mantener vivo el pasado, acabamos desfigurándolo. Lo vemos en términos exagerados, desde una falsa perspectiva.

—Puedo recordar perfectamente todos los incidentes y palabras de aquellos días —declaró David con pasión.

—Sí, pero no debieras recordarlos. No es natural. Estás

aplicando a aquellos días el juicio de un niño, en vez de mirarlos con los ojos de un hombre.

—¿Y qué diferencia puede haber? —preguntó David.

Hilda vaciló. Se daba cuenta de que sería un error seguir adelante y, sin embargo, había cosas que deseaba con toda su alma decir.

—Creo que ves a tu padre como a un ser diabólico —dijo—. Le conviertes en la personificación del mal. Probablemente, si le vieras ahora te darías cuenta de que es un hombre como los demás; un hombre que tal vez se dejó arrastrar por sus pasiones, un hombre cuya vida no está libre de crítica, pero, al fin y al cabo, un hombre…, no una especie de monstruo inhumano.

—Tú no puedes comprender esto. La manera que tuvo de tratar a mi madre…

Gravemente, Hilda replicó:

—Hay ciertas debilidades, renunciamiento o sumisión, que generan todo lo malo en el hombre. En cambio, ese mismo hombre, teniendo ella un carácter decidido, se habría portado de una forma muy distinta.

—¿Es que quieres decir que fue culpa de mi madre?

—No, no quiero decir eso. No me cabe la menor duda de que tu padre trató muy mal a tu madre, pero el matrimonio es algo muy extraordinario, y dudo mucho que un extraño, aunque sea hijo de la pareja en cuestión, tenga derecho a juzgar ese asunto. Además, todo tu resentimiento actual no puede servir de nada a tu madre. Todo ha pasado ya… todo quedó atrás… Lo único que ahora queda es un hombre débil y enfermo que pide a su hijo que vaya a pasar las Navidades en casa.

—¿Y tú quieres que yo vaya?

Hilda vaciló un instante y luego, tomando súbitamente una decisión, dijo:

—Sí, quiero que vayas y abandones para siempre ese rencor.

Capítulo V

George Lee, miembro del Parlamento por Westeringham, era un corpulento caballero de cuarenta y un años. Sus ojos, algo saltones, eran de un azul pálido y suspicaz expresión. Su barbilla era bastante ancha y hablaba con pedantería.

Como el que pronuncia una sentencia, dijo:

—Ya te he dicho, Magdalene, que creo que mi deber es ir.

Su mujer encogióse, impaciente, de hombros.

Era delgada, rubia platino, cejas en arco y rostro ovalado. En algunos momentos sabía quitar a aquel rostro toda expresión. En aquellos instantes, así era.

—Será muy aburrido, te lo aseguro.

—Además —y el rostro de George Lee se iluminó al ocurrírsele una brillante idea—, nos ahorramos unos cuantos gastos. Navidad origina siempre un sinfín de gastos.

—Está bien. Al fin y al cabo, la Navidad es siempre aburrida —suspiró Magdalene.

—Podemos dar fiesta a los criados. Ellos esperarán un pavo y una cena muy abundante…

—¡Por Dios, siempre estás preocupado por el dinero!

—Alguien tiene que preocuparse, ¿no?

—Sí, pero es absurdo pretender esos insignificantes ahorros. ¿Por qué no haces que tu padre te dé más dinero?

—Ya me da mucho.

—Es horrible tener que depender así de tu padre. Debiera poner algún dinero a tu nombre.

—Ya sabes que no le gusta hacer las cosas así. Magdalene miró a su marido. De pronto, el pálido e inexpresivo rostro se iluminó.

—Es enormemente rico, ¿verdad, George? Magdalene lanzó un suspiro.

—Dos o tres veces millonario, creo.

—¿Cómo lo ganó todo? En África del Sur, ¿verdad?

—Sí, al principio de la colonización hizo una gran fortuna. Casi todo en diamantes.

—¡Qué emocionante!

—Luego vino a Inglaterra y se metió en grandes negocios que le permitieron doblar o triplicar su fortuna.

—¿Qué ocurrirá cuando muera?

—Papá no ha hablado nunca acerca de ese asunto. Como es natural, no se le puede preguntar. Supongo que la parte más importante de su dinero la heredaremos Alfred y yo. Alfred será el principal beneficiado.

—Tienes otros hermanos, ¿verdad?

—Sí; está David. No creo que le toque mucho. Se marchó para dedicarse al arte o a alguna de esas tonterías. Creo que papá le advirtió que si se marchaba le desheredaría. David contestó que no le importaba.

—¡Qué idiota! —exclamó despectivamente Magdalene.

—También estaba mi hermana Jennifer. Se marchó con un extranjero. Un artista español. Uno de los amigos de David. Murió hace un año. Creo que dejó una hija. Puede que papá le legue algo, pero no mucho. Y luego, claro está, tenemos a Harry.

Se interrumpió, un poco embarazado.

—¿Harry? —inquirió Magdalene—. ¿Quién es Harry?

—Pues…, mi hermano.

———No sabía que tuvieses otro hermano.

—No ha sido ninguna honra para la familia. Nunca se le nombra. Hace algunos años que no sabemos nada de él. Probablemente estará muerto.

Magdalene se echó a reír.

—¿Qué te pasa? ¿De qué te ríes?

—Estaba pensando en lo cómico que es que tú tengas un hermano así. ¡Tú, un hombre tan respetable! Por más que me parece que tu padre no lo es mucho.

—¡Magdalene!

—A veces dice cosas que hacen ruborizar.

—Magdalene, me sorprende oírte. ¿Lydia piensa igual?

—A Lydia no le dice las mismas cosas. —Y Magdalene añadió, irritada—: No, a ella nunca se las dice. No comprendo por qué.

George dirigió una rápida mirada a su esposa y luego volvió la cabeza.

—En parte se comprende. Papá es muy viejo y necesita alguien con quien simpatizar.

—¿Está muy enfermo… de veras? —dijo Magdalene.

—Es muy fuerte. De todas formas, puesto que por Navidad quiere tener a su alrededor a toda la familia, creo que debemos ir. Puede ser la última Navidad.

—Tú dices eso, George, pero a mí me parece que vivirá muchos años.

Algo desconcertado, el marido contestó:

—No tengo la menor duda.

—Bueno, creo que haremos bien en ir —murmuró Magdalene, volviéndose—. ¡Pero me indigna! Alfred es muy aburrido y Lydia me ataca los nervios.

—Eso son tonterías.

—No lo son. Y el criado aquel…

—¿Tressilian?

—No. Horbury. Va de un lado a otro como un gato.

—Realmente, Magdalene, no comprendo que Horbury pueda molestarte.

—Me ataca los nervios, eso es todo. Pero no nos preocupemos. Iremos a pasar las Navidades con tu padre. No es cosa de ofenderle.

—Claro… Y en cuanto a la cena de la servidumbre…

—Déjalo para otro momento, George. Voy a telefonear a Lydia y a decirle que llegaremos a las cinco y veinte de mañana.

Magdalene salió precipitadamente del cuarto. Después de telefonear subió a su habitación y se sentó frente a su escritorio. Bajó la tapa y rebuscó en sus numerosos compartimientos. De ellos brotó una cascada de facturas. Magdalene intentó ordenarlas un poco. Por fin, con un impaciente suspiro, las volvió a colocar en los sitios de donde habían salido. Se pasó una mano por su platinada cabellera y murmuró:

—¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

Capítulo VI

En el primer piso de Gorston Hall, un largo pasadizo conducía a una amplia habitación, desde la cual se dominaba el paseo principal. Era una estancia amueblada con el más llamativo de los estilos anticuados. Las paredes estaban cubiertas de papel brocado, había sillones de cuero, jarros decorados con dragones, esculturas de bronce… Todo en ella era magnífico y sólido.

En el amplio sillón de alto respaldo se sentaba un hombre delgado y consumido. Sus engarfiadas manos reposaban sobre los brazos del sillón. Llevaba una vieja bata azul. Calzaba zapatillas de fieltro. Tenía el cabello blanco y el cutis amarillo.

Cualquiera hubiese creído que se trataba de una figurilla insignificante. Pero la aguileña nariz y los ojos oscuros e intensamente vivos hubieran hecho variar de opinión al observador. Había allí vida y vigor.

De cuando en cuando, el viejo Simeon Lee soltaba una risita.

—¿Entregó mi mensaje a Alfred? —preguntó. Horbury estaba de pie junto al sillón. Con voz suave y humilde replicó:

—Sí, señor.

—¿Le dijo exactamente lo que yo le encargué? ¿Las mismas palabras?

—Sí, señor. No cometí errores.

—Y es mejor que no los cometa, pues tendría que lamentarlo. ¿Y qué dijo, Horbury? ¿Qué contestó Alfred? Con voz lenta y apagada, Horbury explicó lo ocurrido. El viejo volvió a reír, frotándose las manos.

—¡Magnífico! ¡Estupendo! Deben de haber pasado toda la tarde haciendo cábalas. ¡Magnífico! Ahora hablaré con ellos. Hágalos subir.

—Perfectamente, señor.

Con paso silencioso, Horbury salió de la habitación. El anciano

permaneció inmóvil en su sillón, acariciándose la barbilla, hasta que se oyó una llamada en la puerta. Lydia y Alfred entraron en la habitación.

—¡Ah, ya estáis aquí! Querida Lydia, siéntate a mi lado. ¡Qué hermosos colores tienes!

—He estado fuera. El frío hace enrojecer.

—¿Cómo estás, papá? —inquirió Alfred—. ¿Has descansado bien esta tarde?

—Estupendamente. He estado soñando con los tiempos pasados. Antes de que me hiciera rico y me convirtiese en uno de los pilares de la sociedad.

Soltó una risa seca.

Su nuera permanecía inmóvil, sonriendo con cortés atención.

Alfred preguntó:

—¿Quiénes son esos dos invitados que no conocemos?

—¡Ah, sí! Tengo que hablaros de ello. Vamos a celebrar unas Navidades magníficas este año. Sobre todo para mí. A ver… Vendrán George y Magdalene… ¿Lo sabéis?

—Sí, llegan mañana a las cinco y veinte —dijo Lydia.

—Pobre George —murmuró el viejo—. No es más que un globo hinchado. Sin embargo, es mi hijo.

—Sus electores le aprecian —intervino Alfred.

Simeon se echó a reír.

—Porque creen que es honrado, seguramente. ¡Honrado! Jamás ha existido un Lee honrado.

—¡Oh, papá!

—A ti hay que descontarte, hijo.

—¿Y David? —preguntó Lydia.

—David… Tengo curiosidad por verle después de tantos años. Era un chiquillo un poco loco. ¿Cómo será su mujer? Por lo menos no se ha casado con una mujer veinte años más joven que él, como ese idiota de George.

—Hilda escribió una carta muy amable —explicó Lydia—. He recibido un telegrama, confirmándola y diciendo que llegarán mañana.

Su suegro le dirigió una penetrante mirada. Luego se echó a reír.

—Lydia nunca cambia —dijo—. Lo digo en tu honor, Lydia. Eres de pura sangre. Se nota tu buena educación y tu buena familia. Es

curioso eso de las cualidades y defectos hereditarios. De todos vosotros, sólo uno ha salido a mí. De todos los cachorros, sólo uno —le danzaron los ojos—. Ahora adivinad quién viene a pasar las Navidades aquí. Podéis contestar tres veces y apuesto cinco peniques a que no acertáis.

Miró a su hijo y a su nuera, sonriendo astutamente. Por fin, Alfred dijo:

—Horbury nos comentó que esperabas a una joven.

—Y estoy segurísimo de que eso te intrigó. Pues sí. Pilar está a punto de llegar. He dado órdenes al chofer para que vaya a recogerla.

—¿Pilar? —murmuró Alfred.

—Pilar Estravados —contestó Simeon—. La hija de Jennifer. Mi nieta. Me gustaría saber cómo es.

—¡Pero si nunca me habías dicho…! —exclamó Alfred. El viejo seguía riendo.

—No; quise guardarlo en secreto. Hice que Carlton escribiera y arreglase las cosas.

Con acento herido y de reproche, Alfred repitió:

—¡Nunca me habías dicho…!

—Hubiera echado a perder la sorpresa —replicó su padre—. ¿Te das cuenta de lo que significará tener otra vez sangre joven bajo este techo? No llegué a conocer a Estravados. Me gustaría saber si la chica ha salido al padre o a la madre.

—¿De veras crees que es prudente? —empezó Alfred—. Teniéndolo todo en cuenta…

El viejo le interrumpió.

—La seguridad… la seguridad… Te preocupa demasiado la seguridad, hijo mío. Yo no he sido así. Vive como quieras y haz lo que te dé la gana sin preocuparte de las consecuencias. Éste ha sido mi lema. La chica es mi nieta. La única nieta o nieto de la familia. No me importa quién fuera su padre ni lo que hizo. Es carne de mi carne y sangre de mi sangre. Y va a venir a vivir a esta casa.

—¿Se quedará a vivir aquí? —preguntó Lydia. El viejo dirigió una rápida mirada a su nuera—. ¿Tienes algún inconveniente?

Lydia movió negativamente la cabeza.

—No creo ser yo la persona más indicada para poner reparos a que una nieta de usted venga a vivir a su casa, ¿no? Sólo estaba

preguntándome cómo será esa joven, y preocupándome…

—¿De qué te preocupas?

—Pensaba en que no sé si será feliz aquí. El viejo irguió la cabeza.

—No tiene ni un céntimo. Deberá estar agradecida. Lydia encogióse de hombros.

Simeon se volvió hacia Alfred.

—¿Lo ves? Vamos a pasar unas Navidades magníficas. Todos mis hijos reunidos a mi alrededor. ¡Todos mis hijos! Ahí tienes la clave para el resto del misterio, Alfred. Adivina quién es el otro visitante.

Alfred miró boquiabierto a su padre.

—¡Todos mis hijos! ¡Adivina, muchacho! ¡Pues, claro, Harry! ¡Tu hermano Harry!

Alfred se había puesto muy pálido.

—¿Harry? —tartamudeó—. ¿Harry…?

—El mismo.

—Pero… si creíamos que estaba muerto.

—No era él.

—¿Y le haces volver después de… de todo…?

—El hijo pródigo, ¿eh? ¡Tienes razón! El carnero más rollizo. Tenemos que matar el cordero mejor cebado, Alfred. Tenemos que hacerle un gran recibimiento.

—Te trató… a ti y… a todos… muy desconsideradamente —dijo Alfred.

—No es necesario que saquéis a relucir sus crímenes. La lista es larga. Pero debes recordar que en Navidad se perdonan todas las culpas. Debemos celebrar el retorno a casa del hijo pródigo.

—Ha sido… una sorpresa —murmuró Alfred—. Nunca soñé que Harry volviera a hallarse bajo este techo. Simeon se inclinó hacia delante.

—Tú nunca has apreciado a Harry, ¿verdad? —preguntó con voz suave.

—Después de cómo se portó contigo… Simeon se echó a reír.

—El pasado, pasado está… Éste es el espíritu del cristianismo, ¿no, Lydia?

Ésta había palidecido. Con voz seca, replicó:

—Veo que este año se ha preocupado mucho por las fiestas de Navidad.

—Quiero estar rodeado de mi familia. Paz y buena voluntad. Soy un viejo. ¿Te vas, hijo?

Alfred había salido apresuradamente de la habitación. Lydia se detuvo un momento antes de seguirle.

—La noticia le ha trastornado. Él y Harry nunca se llevaron bien. Harry se burlaba de Alfred. Le llamaba: «Lento y Seguro».

Lydia abrió la boca. Estaba a punto de hablar; luego, al notar la anhelante expresión del viejo, se contuvo. Comprendió que aquel dominio de sí misma decepcionaba a su suegro. El notar esto le permitió añadir:

—La liebre y la tortuga, ¿no? De todas formas, la tortuga gana la carrera.

—No siempre —replicó Simeon—. No siempre, mi querida Lydia.

—Perdone que vaya a acompañar a Alfred —sonrió Lydia—. Las emociones inesperadas siempre lo trastornan.

El anciano rió de nuevo.

—Sí, a Alfred no le gustan los cambios.

—Pero Alfred le quiere a usted mucho.

—Y eso te extraña, ¿verdad, Lydia? —A veces sí.

Cuando la mujer salió de la estancia, Simeon quedóse mirando hacia la puerta por donde había salido. Rió suavemente y se frotó las manos.

—Nos vamos a divertir mucho, mucho —dijo—. Estas Navidades van a ser algo fantástico.

Haciendo un esfuerzo se puso en pie y, con ayuda de su bastón, cruzó la habitación. Llegó hasta una gran caja de caudales que se hallaba en un extremo de la estancia. Hizo girar la combinación. La puerta se abrió y el viejo rebuscó con mano temblorosa en su interior. Sacó un maletín de cuero y, abriéndolo, jugueteó con un montón de diamantes sin tallar.

—Bien, hermosos, bien. Siempre iguales. Siempre mis viejos amigos. Aquellos tiempos eran buenos. A vosotros, amigos míos, no os cortarán ni pulirán. No colgaréis del cuello de ninguna mujer, ni de sus orejas, ni os ostentarán en sus dedos. ¡Sois míos! ¡Mis viejos amigos! Nosotros sabemos bastantes cosas secretas, ¿verdad? Dicen que soy viejo y estoy enfermo, pero aún no estoy acabado. Aún le queda mucha vida al viejo perro. Y la vida tiene, todavía, muchas

cosas divertidas. Podremos divertirnos.

SEGUNDA PARTE

(23 de diciembre).

Capítulo I

Tressilian acudió a responder a una llamada a la puerta. Ésta había sido inusitadamente agresiva, y antes de que pudiera atravesar el vestíbulo, el timbre volvió a sonar.

Tressilian enrojeció. ¡Era indigno llamar así a la casa de un caballero! A través del biselado cristal de la parte superior de la puerta percibió la silueta de un hombre bastante alto, con un sombrero de fieltro. Abrió. Tal como se había figurado, era un desconocido y vestido con bastante sencillez y con un traje de color y dibujo más que chillones. ¡Algún pordiosero!

—¡Pero si es el mismísimo Tressilian! —exclamó el desconocido —. ¿Cómo estás, Tressilian?

Tressilian miró a su interlocutor, respiró muy hondo, volvió a mirar… aquella barbilla saliente y arrogante, la aguileña nariz, los alegres ojos… ¡Sí, todo ello le recordaba cosas pasadas! Hacía muchos años… Pero…

—¡Mister Harry! —exclamó. Harry Lee se echó a reír.

—Parece que te doy una gran sorpresa. ¿Por qué? Supongo que me esperan, ¿no?

—Desde luego. Claro…

—Entonces, ¿por qué esa sorpresa?

Harry dio unos pasos atrás y dirigió una mirada a la casa. Sólida pero nada artística: masa de ladrillos rojos.

—Tan fea como siempre —comentó—. Pero lo importante es que aún se tenga en pie. ¿Cómo está mi padre, Tressilian?

—Es casi un inválido, señorito Harry. Se pasa el tiempo en su habitación, casi sin salir. Pero aparte de eso, está perfectamente.

—Eso le ocurre a causa de sus pecados.

Harry Lee entró en la casa y dejó que Tressilian le librase de su bufanda y teatral sombrero.

—¿Cómo está mi hermano Alfred?

—Muy bien, señorito Harry. Harry sonrió.

—Estará deseando verme, ¿no?

—Así lo creo.

—Pues yo no. Creo todo lo contrario. Estoy seguro de que mi llegada le hará el mismo efecto que una purga. Alfred y yo nunca nos hemos llevado bien. ¿Has leído alguna vez la Biblia, Tressilian?

—A veces.

—¿Recuerdas la parábola del regreso del hijo pródigo? ¿Recuerdas que el hermano bueno no se puso contento? ¡Se disgustó! El bueno de Alfred tampoco se alegrará.

Tressilian permaneció callado, con la mirada baja. Su aspecto revelaba protesta ante las palabras del recién llegado. Harry le dio unas palmadas en la espalda.

—Vamos, viejo, que el bien cebado carnero me aguarda —dijo —. Condúceme al sitio donde se encuentra.

—Si hace el favor de seguirme le acompañaré al salón —dijo Tressilian—. En estos momentos no sé dónde están los demás… como ignoraban la hora de su llegada no pudieron enviar a nadie a esperarle a la estación.

Harry asintió con un movimiento de cabeza. Siguió a Tressilian, volviendo a cada instante la cabeza, para mirar a su alrededor.

—Todo sigue en su sitio —comentó—. En los veinte años que he estado fuera de aquí, me parece que no ha cambiado nada.

Entró en el salón. El viejo criado murmuró:

—Iré a ver si encuentro al señorito Alfred o a su esposa.

Harry Lee entró en la estancia y de pronto se detuvo, mirando fijamente a la figura sentada en el alféizar de una de las ventanas, deteniéndose particularmente en el negro cabello y la suave y exótica epidermis.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¿Es usted la séptima y más bella esposa de mi padre?

—Soy Pilar Estravados —anunció—. Y usted debe ser mi tío Harry, el hermano de mi madre, ¿no? —Entonces… usted es la hija de Jenny.

—¿Por qué me ha preguntado si era la séptima esposa de su padre? —inquirió Pilar—. ¿Es que se ha casado seis veces?

Harry se echó a reír.

—No, creo que sólo ha tenido una esposa oficial. Pero hablando

de ti, Pilar, me asombra ver una flor tan hermosa florecer en este mausoleo, en este museo de muñecos de paja. Siempre me había parecido sombría esta casa, pero ahora que vuelvo a verla me parece aún más sombría. —Pues yo la encuentro muy bonita— replicó Pilar, extrañada. —Los muebles son muy buenos, hay muchas alfombras y muy gruesas. Y la mar de adornos. Todo es de muy buena calidad y muy caro.

—En eso tienes razón —sonrió Harry, mirándola divertido—. Pero aún no me ha pasado el asombro de verte en medio de todo ello…

Se interrumpió al entrar Lydia en el salón.

—¿Cómo estás, Harry? —saludó la recién llegada—. Soy Lydia, la mujer de Alfred.

Harry estrechó la mano de Lydia, examinando rápidamente su inteligente rostro y diciéndose que muy pocas mujeres andaban con aquélla.

Lydia a su vez le observó con una mirada.

«Parece duro —pensó—. Es atractivo, pero no me fiaría de él».

—¿Cómo encuentras esto después de tantos años? —preguntó, sonriente—. ¿Igual o muy cambiado? —Casi exactamente igual— miró en torno suyo. —Este salón ha sido cambiado.

—¡Oh, muchas veces!

—Quiero decir que tú lo has transformado, sin añadir nada.

Harry le dirigió una rápida mirada y astuta sonrisa que recordó a Lydia la del anciano Lee.

—No sé quién me dijo que Alfred se había casado con una muchacha de clase. Creo que sus antepasados llegaron aquí con Guillermo el Conquistador, ¿no?

—Es posible, pero de entonces acá hemos cambiado un poco.

—¿Y los demás? ¿Desparramados por toda Inglaterra?

—No. Están todos aquí para pasar juntos las Navidades.

Harry desorbitó los ojos.

—¿Una reunión familiar? ¿Qué le pasa al viejo? Antes no tenía nada de sentimental. Tampoco recuerdo que le importase gran cosa la familia. Debe de haber cambiado.

—Tal vez —replicó secamente Lydia.

Pilar estaba mirando con los ojos muy abiertos e interesada.

—¿Cómo está George? —preguntó Harry—. ¿Sigue tan tacaño?

Aún recuerdo cómo se ponía si le obligaban a soltar medio penique de su bolsillo.

—Está en el Parlamento —explicó Pilar—. Representa a Westeringham.

—¡Cómo! ¿Popeye en el Parlamento? ¡Ésta sí que es buena!

Y echando hacia atrás la cabeza, Harry estalló en ruidosas carcajadas.

De pronto se interrumpió al oír un ligero ruido a su espalda. Volvióse, descubriendo a Alfred, que había entrado sin que nadie le oyera y estaba allí, mirando con extraña expresión a su hermano.

Harry permaneció silencioso unos instantes; luego una lenta sonrisa asomó a sus labios y dio un paso hacia delante.

—¡Pero si es Alfred! —exclamó.

—Hola, Harry —replicó su hermano.

Lydia, que les estaba observando, pensó: «¡Qué absurdo! Parecen dos perros a punto de embestirse».

Pilar desorbitó los ojos pensando:

«¡Qué tontos!, ¿por qué no se abrazan? Puede que los ingleses no tengan costumbre de hacer eso, pero al menos podrían decirse algo. ¿Por qué no hacen más que mirarse?».

—Bien —dijo al fin Harry—. Ya estoy otra vez en casa. —Sí, han pasado muchos años desde que te marchaste. Harry irguió la cabeza. Se pasó la mano por la barbilla, ademán habitual en él que expresaba belicosidad.

—Sí —dijo—. Me alegro de haber vuelto a… mi hogar.

Capítulo II

—Sí, creo que he sido un hombre muy malo —dijo Simeon Lee.

Pilar estaba sentada junto a él, observándole atentamente.

—Sí, he sido un hombre muy malo —repitió—. ¿Qué dices a eso, Pilar?

La muchacha no contestó a la pregunta y se encogió de hombros.

—Todos los hombres son malos —replicó—. Las monjas lo dicen. Por eso tenemos que rogar por ellos. —Pero yo he hecho más cosas malas que la mayoría de los hombres— rió Simeon. —Y no me arrepiento de nada. Me he divertido mucho… Dicen que cuando uno se vuelve viejo se arrepiente. Y te aseguro que he cometido todos los pecados que Dios castiga. He mentido, he robado, he hecho trampas… Y mujeres, siempre mujeres. No sé quién me habló el otro día de un jefe árabe que como guardia de corps tenía a cuarenta hijos suyos, casi todos de la misma edad. Pues bien, creo que si me preocupase de buscar los rebaños, seguramente doblarían esa cifra. ¿Qué te parece eso, Pilar? ¿Te asombra?

Pilar siguió mirando a su abuelo.

—¿Por qué me he de asombrar? Todos los hombres siempre desean a las mujeres. Mi padre también era así. Por eso las esposas son casi siempre desgraciadas y tienen que ir a la iglesia a rezar.

Simeon frunció el ceño.

—Hice muy desgraciada a Adelaide —dijo hablando casi para sí —. ¡Dios, qué mujer! Cuando me casé con ella era alegre, guapa como pocas y con un cutis que parecía hecho de pétalos de rosa. ¿Y luego? Siempre llorando y gimiendo. Cuando un hombre ve que su mujer se pasa el día llorando se convierte en un salvaje. Adelaide no supo estar a su nivel. Se creyó que al casarme con ella dejaría de ser como había sido hasta entonces y que me conformaría con vivir en el hogar, al cuidado de los hijos, olvidando todas las malas

costumbres adquiridas.

Su voz se fue apagando. Su mirada se fijó en las llamas de la chimenea.

—¡Cuidara la familia…! ¡Dios santo, qué familia! —Simeon soltó una irritada carcajada—. Mírala, fíjate en ella. Entre todos no hay un solo hijo capaz de tener iniciativa propia. No sé qué les ha ocurrido. ¿Es que no tienen ni una sola gota de sangre mía en las venas? Por ejemplo Alfred. ¡Cuán harto estoy de él! Se pasa el tiempo mirándome con ojos de perro, siempre dispuesto a hacer lo que yo le ordene. ¡Qué idiota! En cambio, su mujer tiene espíritu. Me encanta. No me quiere nada. Nada en absoluto. Pero tiene que aguantarme por el bien de ese imbécil de Alfred. —Miró a la muchacha y añadió—: Recuerda Pilar, que no hay nada tan aburrido como la devoción.

Pilar sonrió alegremente y Simeon Lee continuó, todavía más incisivo y animado por la presencia de la joven: —¿Y George? ¿Qué es George? Un palo, un bacalao disecado, un globo hinchado, sin cerebro ni inteligencia… y con un amor indignante al dinero. ¿David? David siempre fue un loco y un soñador. Fue el niño mimado de su madre. En lo único que demostró tener cabeza fue en lo de elegir mujer—. Golpeó fuertemente el brazo de su sillón—. ¡Harry es el mejor de todos! El pobre Harry, el incomprendido, por lo menos, tiene sangre en las venas. Pilar se mostró de acuerdo.

—Sí, es simpático. Sabe reír. Me es muy simpático.

—¿De veras, Pilar? Harry siempre ha tenido un gran éxito con las mujeres. En eso ha salido a mí —empezó a reír—. He vivido bien la vida. He tenido mucho de todo. Me he apoderado de todo cuanto me ha apetecido. He vivido como me ha dado la gana.

—¿Y ha pagado el precio de ello?

Simeon dejó de reír y miró a la muchacha.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—Le he preguntado si había pagado el precio de todo eso.

—No… sé —musitó Simeon Lee.

—No… sé —tartamudeó Pilar.

De pronto descargó un puñetazo sobre el brazo del sillón y gritó furioso:

—¡A mí no me engañas! —dijo el viejo—. Si me has escuchado hasta ahora y tienes paciencia conmigo es por mi dinero… ¡Por mi

dinero! ¿O es que me vas a decir que quieres mucho a tu abuelo?

—No, no le quiero a usted —replicó Pilar—. Pero me es simpático. Eso debe usted creerlo, porque es verdad. Está usted más lleno de vida que los demás habitantes de esta casa. Además, tiene usted cosas muy interesantes que contar. Ha viajado, ha llevado vida de aventurero. Si yo fuese hombre, me gustaría ser como usted.

—Te creo, chiquilla —replicó Simeon—. Tenemos sangre gitana en las venas. En mis hijos no se ha revelado mucho. Sólo Harry demuestra que la tiene. En ti también está. Cuando es necesario sé ser paciente. Una vez esperé quince años para vengar una injuria que se me había inferido. No olvides que ésa es otra característica de los Lee. ¡No olvidan! Se vengan aunque les sea necesario esperar años enteros. Un hombre me estafó. Esperé quince años hasta que se me presentó la deseada oportunidad, y entonces pegué y le arruiné. Le dejé limpio y desnudo por completo.

—Rió suavemente.

—¿Fue en África del Sur? —preguntó Pilar.

—Sí, un gran país.

—¿Ha estado allí?

—Sí, cinco años después de casarme. Ésa fue la última vez.

—¿Y antes? ¿Estuvo mucho tiempo?

—Sí.

—Cuénteme algo.

El anciano comenzó a hablar. Pilar le escuchaba atentamente. De súbito, Simeon calló, y poniéndose en pie dijo:

—Espera, voy a enseñarte algo.

Dirigióse con paso lento hasta la caja de caudales, la abrió e hizo seña a Pilar de que se acercase.

—Míralas. Acarícialas. Deja que te resbalen por las manos. —Observando la expresión de extrañeza de la muchacha, se echó a reír—. ¿Sabes lo que son? ¡Diamantes, hija mía; diamantes!

Pilar abrió de par en par los ojos. Inclinándose hacia delante murmuró:

—¡Parecen guijarros! Simeon volvió a reír.

—Son diamantes sin tallar. Están tal como se encuentran.

—¿Y si estuviesen tallados serían brillantes de verdad?

—Desde luego.

—¿Y relucirían?

—Como los demás.

—¡No lo creo! —exclamó Pilar, infantilmente.

—Pues es la pura verdad.

—¿Y valen mucho dinero?

—Desde luego. Claro que no se puede decir nada antes de que hayan sido tallados. De todas formas, esto que hay aquí vale varios miles de libras.

—¿Varios… miles de… libras? —preguntó Pilar dejando un amplio espacio entre cada palabra.

—Nueve o diez mil, por lo menos. Son piedras muy grandes.

—¿Y por qué no las vende?

—Porque me gusta tenerlas en mi poder.

—Pero… valiendo tanto dinero…

—Me gusta verlas aquí, a mi alcance.

—Bueno, pero de todas formas podría hacerlas tallar y entonces serían más bonitas.

—Las prefiero así. —El rostro del viejo habíase ensombrecido. Volvióse y comenzó a hablar como para sí—. Me hacen recordar. Cuando las toco, cuando dejo que se deslicen por entre mis dedos… me siento retornando al sol, al olor del veldt, a los bueyes… al viejo Eb… a todos los muchachos… a aquellas noches…

Sonó una suave llamada a la puerta.

—¡Mételos en la caja y ciérrala! —ordenó el anciano. Luego, en voz alta dijo—: ¡Adelante!

Entró Horbury, avanzando con deferente suavidad.

—El té está servido —dijo.

Capítulo III

—¿Estás aquí, David? —dijo Hilda—. Te he estado buscando por toda la casa. Salgamos de esta habitación. Es terriblemente fría.

David permaneció callado varios minutos. Estaba de pie, con la mirada fija en un sillón de deslucida tapicería.

—Ése es su sillón —dijo—. Ahí era donde estaba siempre sentada… Está igual, exactamente igual. Un poco más viejo, nada más.

Hilda frunció el ceño.

—Está bien —dijo—. Pero salgamos de aquí, David. Hace mucho frío.

David no hizo caso. Mirando a su alrededor, murmuró:

—Casi siempre estaba sentada ahí. Y recuerdo que yo me sentaba en ese taburete mientras ella me leía Jack, el matador de gigantes. Entonces yo debía tener seis años. Hilda le cogió del brazo.

—Volvamos al salón. En este cuarto no hay calefacción.

David obedeció, pero su mujer notó que le recorría el cuerpo un ligero estremecimiento.

—Está igual —musitó David—. Está igual. Como si el tiempo se hubiera inmovilizado.

Hilda sintió cierta precaución. Con voz forzadamente alegre dijo:

—¿Dónde estarán los demás? Ya debe de ser casi la hora del té.

David se soltó de su mujer y fue a abrir una puerta.

—Aquí había antes un piano… ¡Oh, sí, ahí está! Tal vez esté afinado.

Empezó a tocar. Dominaba bastante bien el piano y bajo los dedos fluía la melodía.

—¿Qué es eso? —preguntó Hilda—. Me parece recordarlo.

—Hacía años que no tocaba. Era una de las piezas favoritas de ella. Una de las «Canciones sin palabras», de Mendelssohn.

La dulce, demasiado dulce melodía, llenó la habitación.

—Toca algo de Mozart —pidió Hilda.

David movió negativamente la cabeza, iniciando otra pieza de Mendelssohn. De pronto golpeó furiosamente las teclas. Hilda se aproximó a él.

—¡David! ¡David! —exclamó.

—No es nada —repuso su marido.

Capítulo IV

El timbre sonó agresivamente. Tressilian se levantó de su asiento en la cocina y avanzó lentamente por el corredor. El timbre volvió a sonar. Tressilian frunció el ceño. A través del biselado cristal de la puerta se veía la silueta de un hombre con la cabeza cubierta por un viejísimo sombrero de fieltro. Era como si la escena se repitiera.

El mayordomo abrió la puerta. El que llamaba preguntó:

—¿Vive aquí mister Simeon Lee?

—Sí, señor.

—Quisiera verle.

En Tressilian se despertó un viejo recuerdo. El acento con que hablaba aquel hombre le hizo volver a muchos años atrás, cuando míster Lee acababa de llegar a Inglaterra.

—Míster Lee está inválido —replicó, moviendo dubitativamente la cabeza—. No recibe casi a nadie. Si usted… El desconocido le interrumpió con un ademán, luego sacó un sobre y lo tendió al criado.

—Haga el favor de entregar esto a míster Lee.

—Perfectamente, señor.

Capítulo V

Simeon Lee tomó el sobre. De su interior extrajo la única hoja de papel que contenía. Sus cejas se arquearon, pero a pesar de ello sonrió.

—¡Todo esto es maravilloso! —exclamó. Luego, dirigiéndose al mayordomo, indicó—: Tressilian, haga subir a mister Farr.

—Bien, señor.

Al quedarse solo, Simeon murmuró:

—Hace un momento pensaba en el viejo Ebenezer Farr. Allá en Kimberley fue socio mío. Y ahora viene por aquí su hijo.

Tressilian anunció:

—Míster Farr.

Stephen Farr entró con cierta nerviosidad. Para disimularla remarcó más su acento sudafricano al preguntar:

—¿Míster Lee?

—Encantado de verle, muchacho. ¿Conque tú eres el hijo de Eb?

Stephen Farr sonrió.

—Es mi primera visita a Inglaterra —dijo—. Mi padre siempre me encargaba de que si venía no dejase de visitarle a usted.

—Muy bien hecho. Y ahora te presentaré a mi nieta, miss Pilar Estravados.

Stephen Farr pensó con profunda admiración: «Es todo un carácter. Al verme se llevó una profunda sorpresa, pero apenas lo ha demostrado».

—Tengo un verdadero placer en conocerla, señorita —dijo.

—Encantada de conocerle —murmuró Pilar.

—Siéntate y cuéntame qué ha sido de tu vida —invitó el viejo—. ¿Piensas estar mucho tiempo en Inglaterra?

—No pienso darme mucha prisa en marchar —replicó Stephen, echando hacia atrás la cabeza.

—Muy bien. Entonces te quedarás algún tiempo con nosotros —

dijo Simeon.

—No quiero entrometerme en su casa. Faltan sólo dos días para Navidad.

—Puedes pasarla con nosotros, a menos que tengas otro compromiso.

—No tengo ninguno, pero no me gusta…

—Está resuelto —le interrumpió Simeon Lee. Y volviendo a su nieta, ordenó—: Pilar, ve a decir a Lydia que tendremos otro invitado. Dile que suba.

Pilar salió de la habitación. Stephen la siguió con la mirada. Simeon observó, divertido, el hecho.

—¿Has venido directamente de África del Sur? —preguntó.

—Casi directamente. Empezaron a hablar del país. Lydia entró un momento después.

—Te presento a Stephen Farr, hijo de mi viejo amigo y socio Ebenezer Farr —dijo—. Pasará la Navidad con nosotros si te es posible encontrarle una habitación libre.

—Desde luego —sonrió Lydia. Su mirada estudió al forastero.

—Es mi hija política —exclamó Simeon.

—Me sabe mal venir a estorbarles en una fiesta así —se excusó Stephen.

—Tú eres de la familia, muchacho —declaró Simeon—. No lo olvides.

—Es usted muy amable.

Pilar regresó a la habitación. Sentóse junto al fuego, con la mirada baja y perdida en un punto indefinido.

TERCERA PARTE

(24 de diciembre).

Capítulo I

¿De veras quieres que me quede, papá? —preguntó Harry echando hacia atrás la cabeza—. Mi presencia no parece serle grata a todo el mundo.

—George es un imbécil —afirmó Simeon.

—Me refiero a Alfred, al buen hermano Alfred. No le ha hecho ninguna gracia verme llegar.

—¡Me importa un comino lo que él piense! —dijo Simeon—. Soy el dueño de esta casa.

—De todas formas, creo que Alfred te es muy útil. No quiero despertar malos humores…

—Haz lo que yo te diga —replicó el padre. Harry bostezó.

—No creo poder llevar mucho tiempo una vida de hogar —dijo —. La idea de no correr mundo me abruma. —Vale más que te cases y sientes la cabeza— dijo el anciano.

—¿Con quién quieres que me case? Lástima que uno no pueda casarse con su sobrina. Pilar es endiabladamente atractiva.

—¿Lo has observado?

—Ya que hablamos de sentar la cabeza, debo decir que por lo que hace al respecto, George ha elegido muy bien. ¿Quién es ella?

Simeon se encogió de hombros.

—Yo qué sé. George la pescó en una exposición de modas, según creo. Ella dice que su padre era un marino retirado.

—Seguramente piloto en algún barco de cabotaje —sonrió Harry —. Si no va con cuidado, George tendrá un disgusto con su mujer.

—George es un imbécil —afirmó Simeon.

—¿Por qué se casó con él? ¿Por su dinero? El anciano encogióse de hombros.

—Bueno, ¿crees que podrás calmar a Alfred? —preguntó Harry.

—Eso lo arreglaremos pronto —contestó Simeon. Pulsó el botón del timbre que tenía junto a él. Horbury no tardó en aparecer.

—Dígale a mi hijo Alfred que suba —ordenó Simeon. Cuando Horbury se hubo retirado, Harry comentó—: Ese tipo escucha por la cerradura.

—Probablemente —replicó Simeon.

Alfred llegó presuroso. Su rostro se ensombreció al ver a su hermano. Sin hacer caso de Harry, preguntó:

—¿Me has llamado, papá?

—Sí, siéntate. Estaba pensando que debemos reorganizar un poco las cosas ahora que tenemos a dos personas viviendo en esta casa.

—¿Dos?

—Como es natural, Pilar vivirá con nosotros. Y Harry también debe quedarse.

—¿Harry vendrá a vivir aquí? —murmuró Alfred.

—¿Y por qué no, hermanito? —dijo Harry. Alfred volvióse violentamente hacia él.

—Creí que lo comprenderías tú mismo.

—Pues lo siento, pero no lo comprendo.

—¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Después de tu inexcusable comportamiento? ¿Del escándalo…? Harry agitó una mano.

—Todo eso pertenece al pasado, muchacho.

—Te portaste muy mal con papá, después de lo mucho que él hizo por ti.

—Oye, Alfred, creo que eso es asunto de papá y no tuyo. Si él está dispuesto a perdonar y olvidar…

—Estoy dispuesto —declaró Simeon—. Al fin y al cabo, Harry es hijo mío, ¿sabes, Alfred?

—Sí, pero me sabe mal… por ti papá.

—Harry ha vuelto porque yo se lo pedí —prosiguió Simeon. Y apoyando una mano en el hombro de su hijo, añadió—: Quiero mucho a Harry.

Alfred se levantó y abandonó la estancia. Estaba mortalmente pálido. Harry salió tras él, riendo.

Simeon se quedó solo, mientras una sarcástica sonrisa asomaba a sus labios. De pronto se sobresaltó y dirigió una mirada a su alrededor.

—¿Quién diablos está ahí? —preguntó—. ¡Ah, es usted,

Horbury! Haga el favor de no andar como un gato.

—Le suplico me perdone, señor.

—Está bien. Ahora escúcheme. Tengo unas órdenes que darle. Quiero que después del almuerzo todo el mundo suba aquí. ¿Me entiende? Todos han de subir.

—Sí, señor.

—Hay algo más. Cuando suban, usted les acompañará. Y cuando llegue a la mitad del pasillo levante usted la voz de forma que yo pueda oírle. Hágalo con cualquier pretexto. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

Horbury bajó a la cocina, y al encontrar a Tressilian le dijo:

—Vamos a tener una Navidad muy divertida, míster Tressilian.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó secamente el mayordomo.

—Aguarde y verá. Hoy es víspera de Navidad. Espere hasta mañana… No sé…

Capítulo II

Entraron todos en la habitación, deteniéndose en el umbral. Simeon hablaba por teléfono. Les saludó con un ademán.

—Sentaos; en seguida estoy por vosotros. Continuó hablando por teléfono.

—¿Es Carlton, Hodkin y Brace? ¿Es usted, Carlton? Simeon Lee al habla. Sí, muchas gracias… Sí… No, sólo quería extender un nuevo testamento… Sí, claro, desde que firmé el otro ha pasado mucho tiempo. Las cosas han cambiado. No, no tengo prisa. No quiero estropearle las Navidades. El veintiséis o el veintisiete. Pase por aquí y le diré lo que quiero hacer… Está bien, no creo que hasta entonces me ocurra nada.

Colgó el teléfono en su horquilla y, a continuación, dirigió una mirada a los ocho miembros de su familia. Soltando una seca carcajada, comentó:

—Estáis todos muy serios. ¿Qué os pasa? —Nos mandaste venir…— empezó Alfred.

—¡Ah, sí! No ha sido nada importante. ¿Creíste que íbamos a celebrar un consejo de familia? No, hoy me encuentro muy cansado. Me acostaré temprano. No hace falta que nadie suba a verme después de cenar. Quiero estar fresco para el día de Navidad. Gran institución familiar esa de la Navidad, ¿no te parece, Magdalene?

—¡Oh, sí, sí… claro!

—Tú vivías con un marino retirado… tu padre —siguió el viejo, haciendo una significativa pausa al final de la frase—. Supongo que no celebraríais muy bien las Navidades, ¿no es verdad? Para eso hace falta una gran familia.

—Sí… desde luego.

La mirada de Simeon Lee se posó en George.

—No quiero hablar de cosas desagradables en este día, pero debo decirte, George, que lamentándolo mucho me veré obligado a

reducir tu pensión. De ahora en adelante los gastos de esta casa van a ser mayores.

George se puso muy colorado.

—¡Pero papá, tú no puedes hacer eso!

—¿Por qué no? —preguntó con voz suave Simeon—. Mis gastos son ya muy elevados. Mucho. Aún ahora me resulta sumamente difícil cubrirlos todos. Se necesita la más rigurosa economía.

»Haz que tu esposa economice aún más. Las mujeres saben hacerlo. Pueden economizar en cosas que un hombre jamás hubiera imaginado. Una mujer inteligente puede hacerse sus propios vestidos. Recuerdo que mi esposa era muy diestra con la aguja. Lo era en todo, una buena mujer, pero muy aburrida…

David se puso en pie de un salto.

—Siéntate —le ordenó su padre—. Vas a tirar algo. —¡Mi madre…!— empezó David.

—Tu madre tenía menos seso que un mosquito —estalló Simeon —. Y me parece que sus hijos lo han heredado. —Se incorporó. La sangre se le había agolpado en las mejillas. Su voz elevóse chillonamente—. Ninguno de vosotros vale un comino. ¡Estoy harto de todos! ¡No sois hombres! ¡Sois una cuadrilla de cobardes encanijados! ¡Pilar vale más que todos vosotros juntos! Estoy seguro de que cualquiera de los otros hijos que tengo por el mundo vale más que vosotros, a pesar de haber nacido en la ilegalidad.

—Te pones un poco duro, papá —dijo Harry, cuyo rostro alegre parecía cruzado por una sombra.

—¡Lo mismo te digo a ti! —chilló Simeon—. ¿Qué has hecho en el mundo? De todos los rincones de la tierra me has enviado plañideras demandas de dinero. ¡Os juro que me dais asco todos! ¡Fuera de aquí!

Después de esto dejóse caer en su asiento, jadeando ligeramente.

Lentamente, uno a uno, sus parientes fueron saliendo. George estaba rojo de indignación, Magdalene parecía asustada, David estaba pálido y tembloroso. Harry salió casi corriendo, Alfred se movía como un sonámbulo, Lydia le siguió con la cabeza muy erguida. Sólo Hilda se detuvo junto a la puerta y volvió lentamente atrás. En sus movimientos había algo de amenazador.

—¿Qué pasa? —preguntó Simeon.

—Cuando recibimos su carta creí lo que usted decía en ella —

respondió la mujer—. Pensé que deseaba reunir en torno suyo a su familia en una fiesta tan señalada como la de Navidad. Por ello persuadí a David de que viniese.

—¿Y qué?

—Pues que usted quería agrupar a su alrededor a sus hijos con otro propósito del que afirmaba. Los quería para insultarles, para demostrar que los tiene a todos agarrados por el cuello. ¡Tiene usted una idea muy extraña del humor!

—Siempre la he tenido —rió el anciano—. No pretendo que los demás la compartan.

Hilda Lee permaneció callada unos segundos. Al fin, algo inquieto, su suegro preguntó:

—¿En qué estás pensando?

—Tengo miedo —replicó Hilda.

—¿De mí?

—No, por usted.

Y como juez que acaba de dictar sentencia, volvióse y abandonó lenta y silenciosamente la estancia.

Capítulo III

Alrededor de las siete y cuarto sonó el timbre de la puerta.

Tressilian acudió a abrir. Cuando regresó a la cocina encontró a Horbury que estaba examinando la marca de algunas tazas de café.

—¿Quién es? —preguntó el enfermero.

—Míster Sugden, el inspector de policía… ¡Cuidado con lo que hace!

Horbury había dejado caer una de las tazas, que se partió en mil pedazos.

—Mire lo que ha hecho —se lamentó el mayordomo—. En once años que llevo fregándolas nunca se me había roto una. Y ahora viene usted metiendo las manos donde nadie le ha mandado, y vea lo que ha sucedido.

—Lo siento mucho, míster Tressilian —se excusó el otro con el rostro punteado de sudor—. No sé cómo ha ocurrido. ¿Dice que ha llegado el inspector de policía? —Sí, míster Sugden.

—¿Y qué… quería?

—Viene a recaudar fondos para el sostenimiento del Orfanato de Policía.

—¡Oh! —Horbury pareció verse libre de un gran peso—. ¿Y le han dado algo?

—He avisado a míster Lee y me ha dicho que lo hiciera subir, encargándome que antes llevara una botella de jerez viejo.

—En esta época del año todo el mundo pide. El viejo es generoso. No puede negársele esta cualidad, a pesar de sus otros defectos.

—Míster Lee ha sido siempre muy desprendido —declaró con gran dignidad el mayordomo.

Horbury asintió con un movimiento de cabeza.

—Eso es lo mejor de él. Bien, me marcho. —¿Al cine?

—Eso creo. Adiós, míster Tressilian.

El mayordomo dirigióse al comedor, y después de convencerse de que todo estaba en orden fue a golpear el batintín del vestíbulo.

Cuando se apagaba el último llamado Sugden descendió por la escalera. Era un hombre alto, fornido y de buen semblante. Vestía de azul y caminaba como hombre que está convencido de su propia importancia.

—Me parece que vamos a pasar bastante frío esta noche —comentó—. El tiempo se ha mostrado muy variable. Tressilian se mostró de acuerdo con las palabras del policía.

—La humedad afecta mucho a mi reuma.

Sugden declaró que el reuma era una dolencia muy molesta, y Tressilian le acompañó hasta la puerta principal.

Después de cerrar la puerta, el viejo criado regresó al vestíbulo. Saludó con una inclinación de cabeza a Lydia, que entraba en el salón. George descendía lentamente por la escalera.

Cuando Magdalene entró en el salón, donde estaban va reunidos todos los demás invitados, Tressilian entró solemnemente, anunciando:

—La cena está servida.

A su manera, Tressilian era un gran conocedor de los trajes femeninos. Mientras servía el vino no dejaba de observar y criticar los vestidos de las mujeres que se sentaban a la mesa.

La mujer de Alfred vestía un traje floreado de tafetán negro y blanco. Era muy llamativo, pero Lydia sabía llevarlo como muy pocas mujeres hubieran podido hacerlo. El traje de la esposa de George era un modelo, de eso el mayordomo estaba completamente seguro. Debía de haber costado mucho. Se preguntó cómo era posible que George Lee estuviera conforme en pagar un traje así. A George nunca le había gustado gastar. La esposa de David era una mujer simpática, pero no tenía la menor idea de cómo debe ir vestida una dama. El rojo es una mala elección. En Pilar, el sencillísimo traje resultaba encantador. Míster Lee ya cuidaría de que a la muchacha, por la cual parecía sentir una gran atracción, no le faltara nada. En todos los viejos hacía milagros una cara joven.

Tressilian observó que en el comedor reinaba un extraño silencio. En realidad no era silencio, pues el señorito Harry hablaba por veinte… No, no era Harry sino el caballero sudafricano. Los demás también hablaban, pero no de una manera segura. Había

algo extraño en ellos.

Alfred por ejemplo, parecía abatido, como si hubiera sufrido una conmoción. Jugueteaba con la comida que tenía en el plato, sin probarla apenas. Lydia estaba preocupada por él. George seguía muy rojo, tragando la comida. Si no cuidaba su presión arterial tendría un disgusto. Su mujer no comía. Debía estar a dieta para conservar la línea. Pilar parecía disfrutar mucho con la comida, hablando y riendo con el caballero de África del Sur. A ninguno de los dos parecía preocuparles nada.

¿Y David? Tressilían sentíase preocupado por él. Era exactamente igual que su madre. Aparentaba muchísima menos edad de la que en realidad tenía. Estaba muy nervioso. ¡Ya había vertido el vino! En un momento, Tressilian secó con una servilleta el vino, sin que David, absorto, como inconsciente, pareciera darse cuenta de nada de lo ocurrido.

Cuando acabó la cena, las damas pasaron al salón, donde las cuatro permanecieron sentadas, al parecer muy molestas. No hablaban. Tressilian les sirvió el café.

Cuando regresó a la cocina, Tressilian sentía un extraño abatimiento. Toda aquella tensión y disgusto que dominaba a los invitados era impropia de la Nochebuena… No le agradaba.

Haciendo un esfuerzo regresó al salón para recoger las tazas vacías. La estancia se hallaba vacía. Sólo al fondo, de pie junto a una de las ventanas y con la mirada fija en la noche, se encontraba Lydia.

Regresó lentamente al vestíbulo, y en el momento en que se dirigía a la cocina llegó hasta sus oídos el ruido que hacían al caer numerosas piezas de porcelana, volcar de muebles y otra serie de golpes.

—¡Dios santo! —exclamó Tressilian—. ¿Qué estará haciendo el señor? ¿Qué ocurrirá allí?

Y de pronto, claro y potente, llegó un terrible alarido que se fue apagando poco a poco.

Tressilian quedó un momento paralizado; luego salió al vestíbulo y echó a correr escaleras arriba. Por el camino encontró a otros. El grito se había oído claramente en toda la casa.

Corrieron por el pasillo que conducía a la habitación de míster Lee. Míster Farr e Hilda se encontraban ya ante la puerta. La mujer

de David trataba de abrirla.

—¡Está cerrada! —exclamó.

Harry Lee se abrió paso y, a su vez, probó de abrir.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá, abre!

Levantó una mano pidiendo silencio. Todos escucharon. No llegó ninguna respuesta.

Sonó el timbre de la puerta, pero nadie hizo caso.

—Tendremos que echar la puerta abajo —dijo Stephen Farr—. Es la única manera de poder entrar.

—Va a ser difícil —replicó Harry—. Estas puertas son muy fuertes. Vamos, Alfred.

Precipitáronse varias veces contra la puerta, y al fin tuvieron que ir a buscar un banco para utilizarlo como ariete. Por último, la puerta salió del marco.

Por un momento, todos permanecieron inmóviles, con la mirada fija en el interior del cuarto. El espectáculo que se ofreció a sus ojos nunca sería olvidado.

Era indudable que había habido una lucha feroz. Pesados muebles estaban caídos. Jarrones de porcelana estaban hechos añicos en el suelo. En medio de ellos, frente a la chimenea, estaba Simeon Lee, en medio de un enorme charco de sangre… A su alrededor la sangre lo salpicaba todo.

La voz de Lydia musitó, repitiendo una frase de Macbeth:

—¿Quién hubiera creído que el viejo tuviese tanta sangre dentro de él?

Capítulo IV

El inspector Sugden había llamado tres veces al timbre. Por fin, desesperado, golpeó furiosamente con el llamador.

Walter, el otro criado, acudió al fin a abrirle. Al ver al policía, un profundo alivio se reflejó en su rostro.

—Iba a llamar a la policía —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Sugden—. ¿Qué ocurre?

—Han matado a míster Lee, al viejo —murmuró con voz reprimida Walter.

El inspector le empujó a un lado y subió corriendo por la escalera. Llegó a la habitación de Simeon Lee sin que ninguno de los que allí estaban se diera cuenta de su presencia. En el momento en que entraba vio que Pilar recogía algo del suelo. David Lee se había cubierto los ojos con las manos. Los demás formaban un pequeño grupo. Alfred Lee era el que estaba más cerca del cadáver de su padre.

George Lee declaraba con voz engolada:

—Que nadie toque nada… recordadlo bien… Nada, hasta que llegue la policía. Eso es muy importante. —Ustedes perdonen— dijo Sugden, avanzando y echando a un lado a las señoras.

Alfred Lee le reconoció.

—¿Es usted, míster Sugden? —dijo—. Ha venido muy deprisa.

—Sí, míster Lee. —El inspector no perdió tiempo en explicaciones—. ¿Qué significa esto?

—Mi padre ha sido asesinado —explicó Alfred con voz quebrada.

Magdalene empezó a sollozar histéricamente. Con un autoritario ademán, Sugden ordenó:

—Hagan el favor de salir todos de aquí. Todos menos míster Alfred Lee y George Lee.

Los demás retrocedieron de mala gana hacia la puerta. El policía

cerró el paso a Pilar.

—Usted perdone, señorita —dijo amablemente—. No debe tocarse nada de cuanto se encuentra en el lugar del crimen.

La joven le miró y Stephen Farr dijo impaciente:

—Desde luego. La señorita ya lo ha comprendido. Siempre con la misma amabilidad, el inspector añadió:

—¿Recogió algo del suelo hace un momento?

Pilar le miró incrédulamente y al fin contestó:

—No, señor.

El policía seguía mostrándose amable.

—La vi recogerlo, señorita —explicó—. ¡Oh!

—Tenga la bondad de entregármelo. En estos momentos lo tiene en la mano.

Poco a poco, Pilar abrió la mano. En la palma tenía una especie de vejiga de goma y un pequeño objeto de madera. El inspector Sugden los guardó en un sobre que se metió en un bolsillo.

Después de dar las gracias a Pilar, se volvió hacia el centro de la habitación. Stephen Farr reflejó en sus ojos un sorprendido respeto. Era como si reconociese haber subestimado la capacidad del alto y atractivo policía.

Luego salieron de la habitación. Detrás de ellos se oyó la voz del inspector que solicitaba:

—Y ahora tengan la bondad…

Capítulo V

—No hay como un buen fuego —declaró el coronel Johnson mientras añadía otro tronco y acercaba más un sillón a la chimenea —. Sírvase usted mismo —prosiguió, indicando una botella y un sifón.

El invitado rechazó cortésmente. También acercó con precaución su sillón al fuego, aunque en su opinión el asarse las suelas de los zapatos no reducía el frío de las heladas ráfagas que se arremolinaban a su espalda.

El coronel Johnson, jefe de policía de Middleshire, podía opinar que nada había mejor que un buen fuego de leña, pero en cambio, Hércules Poirot estaba convencido de que la calefacción central le daba ciento y raya.

—Desconcertante asunto el del caso Carwright —murmuró el dueño de la casa, sumido en lejanos recuerdos—. ¡Qué hombre más asombroso! ¡Y tan encantador! Nos tuvo engañados a todos.

El coronel movió la cabeza.

—Nunca más tendremos un caso como aquél —declaró—. Por fortuna, el envenenamiento por nicotina es raro.

—Hubo un tiempo en que usted consideraba que el envenenamiento era impropio de los criminales ingleses —declaró Poirot—. No era deportivo. Era cosa digna de extranjeros.

—Me cuesta trabajo creer que yo haya dicho semejante cosa. Se han dado muchos casos de envenenamiento por arsénico, muchos más de los que generalmente se sospecha.

—Es posible.

—Siempre es desagradable un caso de envenenamiento —declaró Johnson—. Los forenses van con mucha cautela antes de dictaminar si se trata verdaderamente de envenenamiento. Siempre es un caso difícil para presentarlo al jurado. Es preferible mil veces un crimen que no ofrezca duda alguna de que es un crimen.

Poirot sonrió.

—Usted prefiere el balazo, la garganta abierta de una cuchillada, el cráneo machacado de un martillazo, ¿no? —No diga usted que lo prefiero. El crimen no me gusta. ¡Ojalá nunca más se me ofrezca un caso de asesinato! De todas formas, por ahora no hay peligro de que su visita se vea turbada por ningún caso semejante. Poirot comentó modestamente:

—Mi fama…

—Estamos en Navidad —le interrumpió el coronel—. Paz y buena voluntad, etcétera, etcétera.

Hércules Poirot echóse hacia atrás, juntando las yemas de los dedos y observando atentamente a su anfitrión. —¿Cree usted que las Navidades son inapropiadas para el crimen?— inquirió.

—Eso he dicho. —¿Por qué?

—Pues por lo que antes le he dicho. Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. Eso se dice mucho.

—Ustedes, los ingleses, son muy sentimentales —murmuró Poirot.

—¿Y qué, si lo somos? —preguntó el coronel—. ¿Hacemos daño a alguien por amar nuestras tradiciones?

—Ninguno. Al contrario, todo ello es muy encantador. Pero atengámonos por un momento a la realidad. Usted dice que las Navidades son la época apropiada para la alegría, la buena voluntad y la paz. Eso significa, a mi entender, mucha comida y bebida en abundancia, ¿no? Del mucho comer salen las indigestiones. Y de las indigestiones resultan los humores malos.

—Nadie comete un crimen por estar de mal humor.

—No estoy tan seguro, coronel. Sigamos estudiando el caso. El ambiente navideño es de buena voluntad, ¿no? Se olvidan viejos rencores, se reanudan las amistades, aunque sólo sea temporalmente.

Johnson asintió.

—Se entierra el hacha de guerra —dijo.

—Y las familias que durante todo el año han estado separadas se reúnen. Por lo tanto, mon ame, deberá usted reconocer que la tensión nerviosa de muchas de esas personas será muy elevada. La gente que no siente buena voluntad debe esforzarse en aparentar lo

que no siente. En Navidad abunda mucho la hipocresía, hipocresía honorable, hipocresía utilizada pour le bon motif,
c'est
entendu, más no por ello dejará de ser hipocresía.

—Yo no lo definiría así —murmuró, con acento de duda, el coronel.

—Desde luego, usted no lo definiría así. Soy yo quien lo define. Insisto en el hecho de que las Navidades cubren muchos malos humores, que debido a la tensión nerviosa se transforman en odios más fuertes. El resultado de pretender pasar por más amable, más comprensivo, más bueno de lo que se es, ha de ser el acrecentamiento de los odios, rencores y demás.

El coronel Johnson miró, vacilante, a su amigo. —Nunca sé si habla usted en serio o en broma— gruñó. Poirot sonrió.

—No hablo en serio; pero de todas formas, sí es verdad que las condiciones artificiales provocan una reacción natural.

El criado del coronel entró en la estancia.

—El inspector Sugden al teléfono, señor —anunció.

—Voy en seguida.

Con una palabra de excusa, el jefe de policía salió, regresando un momento después, serio y turbado.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Un asesinato! ¡Y en la víspera de Navidad!

Poirot arqueó las cejas.

—¿Es verdaderamente un crimen? —preguntó.

—¿Eh? Sí, sí, desde luego. No hay otra solución posible. Un crimen y de los salvajes.

—¿Quién es la víctima?

—El viejo Simeon Lee. Uno de los hombres más ricos de la región. Hizo su dinero en África del Sur. Oro o diamantes, no estoy seguro. Ha ganado una fortuna con un aparato especial para minería. Invención suya, me parece. Dicen que es multimillonario.

—¿Se le apreciaba?

—Creo que nadie le quería —murmuró lentamente el coronel—. Era un hombre muy extraño. Desde hace varios años estaba convertido casi en un inválido. En realidad, no sé mucho acerca de él. Pero, desde luego, era una de las figuras principales de por aquí.

—Por lo tanto, el caso va a causar sensación, ¿no?

—Sí. Tengo que ir en seguida a Longdale.

El coronel Johnson vaciló un momento, mirando a su huésped.

—¿Le gustaría que le acompañase? —preguntó suavemente Poirot.

—Me da vergüenza pedírselo. Pero usted ya comprende la situación, ¿no? El inspector Sugden es uno de mis mejores hombres, trabajador, cuidadoso en todos los detalles…, pero sin imaginación. Me agradaría mucho tenerle a usted a nuestro lado y aprovechar sus consejos.

—Pues tendré un gran placer en acompañarle —se apresuró a responder Poirot—. Puede usted contar con mi ayuda para todo. Pero no debemos herir los sentimientos de nuestro buen inspector. El caso debe ser suyo, no mío. Yo no seré más que un consejero no oficial.

—Es usted un buen amigo —afirmó calurosamente Johnson.

Y tras estas palabras, los dos hombres salieron de la habitación.

Capítulo VI

Un policía les abrió la puerta y saludó. Detrás de él avanzó el inspector, diciendo:

—Me alegro de que haya usted venido, señor. ¿Quiere que entremos en esa habitación de al lado? Quisiera explicarle brevemente lo ocurrido.

Sugden les hizo pasar a una habitación que había sido estudio de míster Lee. En ella se veía una gran mesa cubierta de papeles, un teléfono, y en las paredes un buen número de cuadros y grandes estantes llenos de libros.

El jefe de policía anunció:

—Sugden, le presento a monsieur Hércules Poirot. Habrá usted oído hablar de él. Por casualidad estaba en mi casa. Poirot, le presento al inspector Sugden.

Poirot inclinó levemente la cabeza, examinando rápidamente al otro. Sugden era alto, cuadrado de hombros, porte militar, nariz aguileña, barbilla saliente y un abundante bigote castaño. Sugden dirigió una dura mirada a Poirot después de saludarle. Hércules Poirot miró largamente, como fascinado, el poblado bigote de Sugden.

—Desde luego, he oído hablar de usted, monsieur Poirot —afirmó el inspector—. Hace algunos años estuvo usted en esta parte del país, si no recuerdo mal. Fue cuando el asesinato de sir Bartholomew Strange. Un caso de envenenamiento. Nicotina. No fue en mi distrito, pero me enteré de todo.

—Está bien, Sugden —interrumpió el coronel—. Cuéntenos lo ocurrido. Dice usted que el caso está claro, ¿no?

—Sí, señor. Desde luego se trata de un asesinato. De ello no cabe la menor duda. Míster Lee tenía la yugular cortada según ha declarado el forense. Pero en todo el asunto hay algo raro.

—¿Qué quiere usted decir?

—Vale más que antes le cuente todo lo que ha pasado. Esta tarde, alrededor de las cinco, mientras yo estaba en la delegación de policía de Addlesfield, míster Lee me telefoneó. Se mostró muy raro por teléfono, y me pidió que viniera a verle esta noche a las ocho, insistiendo mucho en la hora. Además me encargó que le dijera al criado que venía a recaudar fondos para alguna institución benéfica de la policía.

—Buscaba un pretexto lógico para que usted entrara en la casa, ¿no? —inquirió Johnson.

—En efecto, señor. Como se trataba de una persona importante accedí a su demanda. Me personé aquí antes de las ocho y me presenté como solicitando suscripciones para el Orfanato de la Policía. El mayordomo fue a anunciar mi llegada a míster Lee, haciéndome subir luego al primer piso, donde se encuentra dispuesta la habitación del dueño de la casa.

Sugden calló un momento, para cobrar aliento, y luego prosiguió:

—Míster Lee estaba sentado junto al fuego. Llevaba una bata. Cuando el criado hubo cerrado la puerta, míster Lee me pidió que me sentara junto a él. Luego, con ciertas vacilaciones, me dijo que deseaba darme detalles sobre un robo. Le pregunté qué era lo robado y me replicó que tenía motivos para pensar que se trataba de diamantes sin tallar por valor de varios miles de libras, y que habían sido robados de su caja de caudales.

—Diamantes, ¿eh? —comentó el jefe de policía—. Sí, señor. Le hice algunas preguntas de rutina, pero se mostró muy vacilante y sus respuestas fueron algo vagas. Al fin dijo: «Debe usted comprender, inspector, que puedo estar equivocado». Yo le repliqué: «No entiendo, señor. Una de dos, o los diamantes han desaparecido o no». Entonces me contestó: «Desde luego los diamantes han desaparecido, pero cabe dentro de lo posible que sea una broma que se me ha querido gastar». Eso me pareció extraño, pero no dije nada. Él siguió: «Me es muy difícil explicárselo con todo detalle, pero en resumen el caso es el siguiente: Que yo sepa, sólo dos personas han podido hacerse con los diamantes. Una de esas personas puede haberlo hecho como broma. Si los tiene otra persona, entonces es un robo». «¿Y qué desea usted que yo haga?», pregunté. Y él me contestó: «Deseo que vuelva exactamente dentro

de una hora. Mejor dicho, vuelva a las nueve y cuarto. Por entonces ya podré decirle a ciencia cierta si me han robado o no». Todo eso me desconcertó mucho, pero le prometí volver y me marché.

—Curioso, muy curioso —comentó el coronel—. ¿Qué dice usted, Poirot?

—¿Puedo preguntarle, míster Sugden, qué conclusiones ha sacado usted? —replicó Poirot.

El inspector se acarició la barbilla mientras replicaba con el mayor cuidado:

—Se me han ocurrido varias ideas, pero en conjunto tengo la siguiente impresión: no se trataba de ninguna broma. No cabe duda de que los diamantes han sido robados. Pero míster Lee no estaba seguro de quién era el ladrón. Creo que decía la verdad al asegurar que era una de dos personas. Y esas personas debían ser: un criado o un miembro de la familia.

—Trés bien —aprobó Poirot—. Eso explica perfectamente la actitud del anciano.

—De ahí su deseo de que yo volviera más tarde. Entretanto pensaba entrevistarse con las personas en cuestión. Les diría que había hablado conmigo, pero que si se restituía en seguida lo robado se abandonaría el asunto.

—¿Y si el sospechoso no respondía a la petición de míster Lee? —comentó Poirot.

El coronel Johnson frunció el ceño y se retorció las puntas de su bigote.

—¿Y por qué no dio ese paso antes de llamarle?

—Porque entonces el ladrón hubiera creído que todo era una pura fanfarronada del viejo y se hubiera dicho que no llamaría a la policía por mucho que sospechase. Pero si míster Lee podía decirle: «Ya he hablado con la policía. El inspector acaba de salir de aquí», la cosa varía mucho. Y si el culpable interrogaba a los criados y éstos le confirmaban mi presencia en esta casa antes de la cena, entonces sí que el ladrón estaría convencido de que el anciano pensaba obrar sin contemplaciones, y se apresuraría a devolver las piedras.

—Ya lo entiendo, Sugden —replicó el coronel Johnson—. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser ese miembro de la familia?

—No, señor.

—¿Ningún indicio por pequeño que sea?

—Ninguno.

Johnson movió la cabeza.

—Bien, sigamos adelante —dijo al fin. El inspector continuó:

—A las nueve y cuarto en punto regresé a la casa. En el momento en que llegaba a la puerta oí un alarido espantoso y luego un ruido como de muebles que caen y piezas de loza que se rompen. Llamé varias veces al timbre y luego con el llamador. Pasaron tres o cuatro minutos antes de que contestaran y abriesen la puerta. Cuando, por fin, el criado acudió, comprendí que había ocurrido algo. Estaba temblando de pies a cabeza y parecía a punto de desmayarse. Me dijo que míster Lee había sido asesinado. Corrí al primer piso y encontré la habitación de míster Lee en plena confusión. Era indudable que se había luchado mucho en ella. El propio míster Lee estaba junto a la chimenea, degollado y en medio de un enorme charco de sangre.

—¿Pudo haber sido un suicidio? —preguntó el jefe de policía.

Sugden negó con la cabeza.

—Imposible, señor. Las mesas y las sillas estaban volcadas, se habían roto muchas figurillas y no se veía ni rastro de la navaja o cuchillo con que se cometió el crimen.

—Desde luego, estos detalles parecen completamente significativos —declaró el jefe de policía—. ¿Había alguien en la habitación?

—Casi toda la familia estaba reunida alrededor del cadáver.

—¿Tiene alguna sospecha, Sugden?

—Es un mal asunto —murmuró el inspector—. A mí me hace el efecto de que el asesino es uno de ellos, pues me parece imposible que ningún extraño pudiera hacerlo y escapar a tiempo.

—¿Y la ventana? ¿Cerrada o abierta?

—La habitación tiene dos ventanas. Una de ellas estaba cerrada. La otra, levantada unos centímetros, pero asegurada en aquella posición por un tornillo. Debe de hacer varios años que no ha sido abierta. La pared es lisa completamente. No hay plantas trepadoras y tampoco tuberías de desagüe. No creo que nadie pudiese escapar por allí.

—¿Cuántas puertas tiene la habitación?

—Una sola. La habitación está al final de un corredor. La puerta

estaba cerrada por dentro. Cuando la familia oyó el grito del viejo y el ruido de la lucha, subió corriendo, y para entrar tuvo que utilizar como ariete un banco.

—¿Y quién se hallaba dentro de la habitación? —inquirió Johnson.

—En la habitación sólo se encontraba la víctima, que había sido asesinada unos minutos antes.

Capítulo VII

El coronel Johnson miró durante unos minutos a Sugden antes de exclamar:

—¿Es que pretende decirme, inspector, que éste es uno de los casos que encontramos en las novelas detectivescas, en que un hombre es asesinado dentro de una habitación cerrada, en la cual nadie ha podido entrar?

—No creo que la cosa se presente tan oscura —sonrió el inspector.

—¡Suicidio! —exclamó el coronel—. ¡Tiene que ser suicidio!

—Entonces, ¿dónde está el arma? No, jefe, nada de suicidio.

—Entonces, ¿cómo pudo escapar el asesino? ¿Por la ventana?

Sugden negó con la cabeza.

—Juraría que no…

—Pero usted dice que la puerta estaba cerrada por dentro.

El inspector asintió. Luego sacó del bolsillo una llave y la dejó sobre la mesa.

—No hay huellas dactilares —anunció—. Pero fíjese en la llave. Mírela con la lente de aumento.

Poirot inclinóse hacia delante. Él y Johnson examinaron juntos la llave. El coronel lanzó una exclamación.

—¡Ya lo veo! Estas huellas en el extremo de la llave. ¿Las ve usted, Poirot?

—Sí. Eso significa que, valiéndose de una herramienta especial, acaso tan sólo de unas pinzas, hicieron presa del extremo de la llave y le dieron vuelta en la cerradura por fuera.

El inspector asintió.

—Puede hacerse perfectamente.

—La intención del asesino era que se supusiera que se trataba de un suicidio —dijo Poirot—. Esto sería lo más lógico desde el momento en que la puerta estaba cerrada por dentro y en la

habitación no había nadie.

—No cabe duda alguna de que eso pretendía el ladrón. Poirot movió dubitativamente la cabeza.

—¿Y el desorden en la habitación? Eso solo descarta toda idea de suicidio. Seguramente el asesino debiera haber puesto en orden la estancia.

—No tuvo tiempo —reconoció Sugden—. Este detalle es de gran importancia. No tuvo tiempo. Supongamos que esperaba encontrar desprevenido a míster Lee. Esto le fracasó. Hubo lucha. Y esa lucha se oyó perfectamente en la habitación de abajo, o sea en el salón; y, además, el viejo pidió socorro. Todos subieron corriendo. El asesino sólo tuvo tiempo de escapar de la habitación y cerrar por fuera.

—Eso es verdad —admitió Poirot—. El asesino tuvo que escapar. Pero ¿por qué no dejó, al menos, el arma con que se cometió el crimen? Porque, como es natural, no habiendo arma no hay suicidio. Ése fue un error muy grave.

—Los criminales cometen muchos errores —declaró fríamente Sugden—. Lo tenemos experimentado.

Poirot lanzó un ligero suspiro.

—Pero de todas formas, y a pesar de sus errores, ese criminal ha escapado —suspiró.

—No creo que haya escapado.

—¿Quiere decir que sigue en la casa?

—No veo en qué otro lugar puede hallarse. El crimen lo cometió alguien de dentro de la casa.

—Pero tout de méme se ha escabullido. Usted no sabe quién es.

Con suave firmeza el inspector declaró:

—Estoy seguro de que pronto lo sabremos. Aún no hemos interrogado a nadie.

—Oiga, Sugden —intervino el coronel—. Quien haya hecho girar la llave desde fuera debe ser, forzosamente, un hombre habituado a esos trabajos. Esas herramientas no son de fácil manejo.

—¿Cree usted que ha debido ser trabajo de un profesional?

—Eso mismo.

—Lo parece. Tal vez algún ladrón profesional entre los criados. Eso explicaría el robo de los diamantes, al cual debería seguir, forzosamente, el asesinato.

—¿Y no le parece buena esta teoría?

—Ya se me ocurrió al principio, pero en la casa hay ocho criados, seis de ellos mujeres, y de ellas, cinco llevan cuatro años o más trabajando aquí. Luego tenemos al mayordomo y al otro criado. El mayordomo lleva cuarenta años aquí, todo un récord, ¿no es cierto? El otro criado es hijo del jardinero y se ha criado aquí. No se ve la posibilidad de que sea un profesional del robo. La única persona que queda es el enfermero de míster Lee. Hace poco que está aquí; en el momento del crimen estaba fuera de casa, y sigue estándolo. Se marchó un momento antes de las ocho.

—¿Ha hecho alguna lista de los que se encontraban en casa cuando ocurrió el suceso?

—Sí, jefe. Me la dictó el mayordomo. ¿Quiere que se la lea?

—Sí, por favor, Sugden.

—Míster Alfred Lee y su esposa; George Lee, miembro del Parlamento, y su esposa. Míster Harry Lee, David Lee y su esposa. La señorita… —el inspector hizo una pausa para pronunciar debidamente el nombre—: Pilar… Estravados, Stephen Farr. Luego los criados: Edward Tressilian, mayordomo; Walter Champion, criado; Emily Reeven, cocinera; Queenie Jones, pinche de cocina; Gladys Spent, doncella; Grace Best, segunda doncella; Beatriz Moscombe, tercera doncella; Joan Kench, criada; Sidney Horbury, enfermero.

—¿No hay más? —No, jefe.

—¿Tiene alguna idea de dónde se encontraba cada uno de ellos en el momento del crimen?

—Una idea muy vaga. Como ya le he dicho, aún no he interrogado a nadie. Según Tressilian, los caballeros estaban aún en el comedor y los demás se hallaban en el salón. Tressilian había servido el café. Según su declaración, regresaba a la cocina, cuando oyó arriba un gran estrépito seguido de un grito. Echó a correr escalera arriba, detrás de los otros.

—¿Cuántos miembros de la familia viven en la casa y cuántos están de paso? —preguntó el coronel.

—Míster Alfred Lee y su esposa viven aquí. Los demás están sólo de visita.

—¿Y dónde están ahora? —inquirió Johnson.

—Les pedí que no se movieran del salón hasta que estuviera en condiciones de tomarles declaración.

—Bien. Por ahora será mejor que subamos a echar un vistazo al lugar del crimen.

Al entrar en aquella habitación, Johnson lanzó un profundo suspiro.

—¡Es horrible! —exclamó.

Durante unos instantes observó las derribadas sillas, las porcelanas rotas y las manchas de sangre.

Un hombre delgado y de cierta edad estaba de pie junto al cadáver.

—Buenas noches, Johnson —saludó—. ¡Vaya destrozo! ¿No crees?

—Es verdad. ¿Tiene algo que decirnos, doctor? El hombre se encogió de hombros, replicando:

—Las palabras científicas las reservo para la vista. El caso no tiene nada de complicado. Ha sido degollado como un cerdo. Se desangró en menos de un minuto. Ninguna señal del arma.

Poirot atravesó la habitación, dirigiéndose hacia las ventanas. Como había dicho el inspector, una de ellas estaba cerrada herméticamente. La otra aparecía ligeramente abierta.

Sugden aclaró:

—Según declaración del mayordomo, esa ventana no se cierra nunca, tanto si llueve como si hace buen tiempo. En el suelo se colocó un linóleum para protegerlo lo suficiente de la lluvia, aunque no hacía falta, pues el alero ya lo protege sobradamente.

Poirot regresó junto al cadáver. Éste tenía los dientes casi al descubierto y las manos engarfiadas.

—No me parece que fuera muy fuerte —comentó Poirot.

—Pues era muy resistente —explicó el forense—. Resistió varias enfermedades que le tuvieron a las puertas de la muerte y que hubiesen acabado con otros hombres.

—No quiero decir eso —replicó Poirot—. Yo me refiero a que no era físicamente fuerte.

—No, era bastante débil.

Poirot alejóse del muerto para examinar los muebles tumbados. Había un pesado sillón de roble, una mesa de la misma madera, fragmentos de una gran lámpara, de unas botellas de whisky y dos vasos. Un pisapapeles de cristal seguía entero, algunos libros y un jarrón japonés hecho añicos. Una estatuilla de bronce representando

una muchacha desnuda completaba aquella desconcertante ruina.

—¿Le sorprende algo, Poirot? —preguntó el jefe de policía.

Lanzando un suspiro, Hércules Poirot murmuró:

—Un hombre tan débil y… sin embargo, todo esto. Johnson se mostraba extraño. Luego se volvió hacia el sargento, que estaba ocupado en su trabajo. —¿Alguna huella dactilar?

—Muchas, jefe. En todo el cuarto.

—¿Y en la caja de caudales?

—Nada bueno. Sólo huellas del muerto. Johnson dirigióse al forense.

—¿Qué hay de las manchas de sangre? —preguntó—. Seguramente el asesino debió de mancharse.

—No se puede asegurar —declaró el médico—. Toda la sangre ha brotado de la yugular. Y con esa vena no ocurre como en las arterias, donde la sangre salta violentamente.

—Sin embargo, se ve mucha sangre.

—Sí, hay mucha —asintió Poirot—. Es sorprendente.

—¿Le sugiere a usted algo, monsieur Poirot? —preguntó el inspector.

Perplejo, Poirot miró a su alrededor, moviendo la cabeza.

—No sé…, pero me parece que hay demasiada sangre. Sangre en las sillas, en las mesas, en la alfombra. Un hombre tan frágil, tan delgado, tan reseco, y sin embargo, en su muerte, tanta sangre…

Su voz se apagó. El inspector le miraba con los ojos muy abiertos y sorprendidos; al fin, con voz afectada murmuró:

—Es curioso… eso mismo fue lo que dijo la señora…

—¿Qué señora? —preguntó Poirot—. ¿Qué dijo? —La mujer de Alfred Lee. Se detuvo junto a la puerta y dijo algo así como: «¿Quién hubiera creído que el viejo tuviese tanta sangre dentro de él?».

—Las palabras de lady Macbeth —dijo Poirot—. Son muy interesantes.

Capítulo VIII

Alfred Lee y su mujer entraron en el pequeño estudio donde Poirot, Sugden y el jefe de policía se hallaban reunidos, esperando. El coronel Johnson se adelantó.

—¿Cómo está usted, míster Lee? Es la primera vez que nos vemos, pero supongo que ya está usted enterado de que corre a mi cargo la jefatura de la policía de la región. Me llamo Johnson. Debo decirle que este lamentable suceso me ha trastornado enormemente.

Alfred, con la mirada de perro paciente, inclinó la cabeza y con voz ronca murmuró:

—Muchas gracias… Es horrible, horrible. Le presento a mi esposa.

—Ha sido un golpe muy duro para todos —dijo Lydia—. Pero sobre todo para mi esposo.

—Tenga la bondad de sentarse, mistress Lee. Y permítame que aproveche esta ocasión para presentarle a monsieur Hércules Poirot.

Éste se inclinó. Su mirada iba rápidamente del marido a la mujer.

Lydia apoyaba suavemente una mano en la espalda de Alfred.

—Siéntate, Alfred —pidió.

Alfred Lee obedeció, murmurando:

—¿Hércules Poirot? Creo que… lo… recuerdo… Y se pasó una mano por la frente.

—El coronel Johnson quiere hacerte algunas preguntas, Alfred —le dijo su mujer.

El jefe de policía dirigió una aprobadora mirada a Lydia. Le era muy agradable comprobar que la esposa de Alfred fuera una mujer tan comprensiva y competente.

—Sí, claro, claro —replicó Alfred.

El suceso visiblemente parecía haberle desconcertado por completo.

—Tengo una lista de todas las personas que se encontraban aquí esta noche —dijo Johnson—. Tal vez usted pueda decirme si está conforme.

Hizo una leve inclinación a Sugden y éste sacó la lista, leyéndola en voz alta. Este procedimiento pareció devolver a Alfred Lee la serenidad. Había recobrado el dominio de sí mismo, y cuando Sugden terminó movió afirmativamente la cabeza, declarando:

—Está conforme.

—¿Podría decirme algo más acerca de los invitados? —pidió el coronel—. Tengo entendido que míster George Lee y su esposa y míster David Lee y su mujer son parientes suyos.

—Son mis hermanos y sus esposas.

—¿Se encuentran aquí incidentalmente?

—Sí, han venido a pasar las Navidades.

—¿Míster Harry Lee es también hermano suyo?

—Sí.

—¿Y los otros dos? Me refiero a la señorita Estravados y a míster Farr.

—La señorita Estravados es sobrina mía. Míster Farr es el hijo de un antiguo socio de mi padre de África del Sur.

—Ya entiendo, un viejo amigo.

—No le habíamos visto nunca —intervino Lydia.

—Pero de todas formas le invitaron a pasar las Navidades con ustedes.

Después de una breve vacilación, Alfred volvióse hacia su mujer, y ésta, con toda claridad, dijo:

—Míster Farr presentóse ayer inesperadamente. Estaba cerca de aquí y vino a ver a mi suegro. Al enterarse de que era el hijo de un viejo amigo suyo, míster Lee insistió en que se quedara con nosotros.

—Bien, ya hemos acabado con los invitados —dijo el coronel—. En cuanto a los criados, ¿los considera usted, señora, dignos de confianza?

Lydia reflexionó un momento antes de responder. Por fin dijo:

—Sí, creo que todos son de fiar. La mayoría han estado muchos años a nuestro servicio. Tressilian, por ejemplo, trabaja en esta casa desde que mi esposo era un niño. Los únicos nuevos son Joan y el enfermero que atendía a mi suegro.

—¿Y qué sabe de ellos?

—Joan es una muchacha algo tonta. Eso es lo peor que puede decirse de ella. Sé muy poco acerca de Horbury. Trabaja aquí desde hace un año. Sabe hacer su trabajo y mi suegro estaba muy satisfecho de él.

—Pero usted no estaba tan satisfecha, ¿verdad, señora? —preguntó Poirot.

Lydia se encogió ligeramente de hombros.

—Eso no tenía nada que ver conmigo.

—Sin embargo, usted hacía aquí las veces de ama de casa. ¿No corrían a su cargo los criados?

—Sí, claro; pero Horbury estaba aquí tan sólo para cuidar a mi suegro y no entraba en mi jurisdicción.

—Ya entiendo.

—Pasemos ahora a los sucesos de esta noche —indicó el coronel —. Temo que esto sea muy doloroso para usted, míster Lee, pero me gustaría que me explicase lo que ha pasado.

—Desde luego —asintió Alfred en voz baja.

—¿Cuándo vio usted por última vez a su padre? —preguntó el coronel.

—Después del té. Estuvimos juntos un momento. Por fin le di las buenas noches y me separé de él a… creo que eran las cinco y cuarto.

—¿Y a esa hora le dio usted las buenas noches? —observó Poirot —. ¿Es que no esperaba volverle a ver durante la noche?

—No. A mi padre le subían siempre la cena a las siete. Después de cenar se acostaba o se quedaba sentado junto al fuego, pero en ninguno de los casos recibía a ninguno de sus familiares, a menos que él lo enviara a buscar.

—Bien, continúe, míster Lee.

—Nosotros cenamos a las ocho —siguió Alfred—. Cuando terminamos, mi esposa y las otras damas pasaron al salón. Nosotros nos quedamos sentados a la mesa. De pronto oímos arriba un gran estrépito. Sillas que caían, mesas que eran volcadas, porcelanas que se rompían… ¡Dios mío, aún parece oírse el grito de muerte de mi padre…!

Se puso en pie, cubriéndose el rostro con las manos. Lydia le tocó en el brazo. El coronel Johnson dijo amablemente:

—Continúe.

—Creo que por varios segundos permanecimos todos desconcertados, sin saber qué hacer ni qué ocurría. Luego nos pusimos en pie y corrimos hacia la habitación de mi padre. No pudimos entrar. Cuando forzamos la puerta…

—No siga, los otros detalles no nos hacen falta —dijo el coronel, observando el trastorno de Alfred—. Volvamos un poco atrás. ¿Puede decirme quiénes estaban en el comedor cuando se oyó el grito?

—¿Quiénes estábamos allí? Pues todos… No, a ver… Estaba allí mi hermano Harry…

—¿Nadie más?

—No, nadie más.

—¿Dónde se encontraban los demás?

Alfred suspiró e hizo un esfuerzo por recordar.

—No sé… hace muy poco que ha ocurrido y, sin embargo, parece como si todo ello hubiera pasado hace siglos. George… Sí, él estaba telefoneando. Luego empezamos a hablar de asuntos de familia y míster Farr dijo algo acerca de que valía más que habláramos solos, y se fue. Se portó con mucho tacto.

—¿Y su hermano David?

—¿David? No sé. No me di cuenta de cuándo se marchaba.

—¿Dice usted que tenía que discutir acerca de asuntos familiares? —inquirió Poirot—. ¿Y sólo entre los miembros de la familia?

—Mi cuñado Harry ha permanecido muchos años en el extranjero —dijo Lydia—. Era natural que él y mi marido tuvieran cosas que decirse.

—Perfectamente —declaró Johnson—. ¿Se fijó en los que subían con usted hacia la habitación de su padre?

—No sé. No me fijé en nadie en particular. Estaba tan alarmado por aquel horrendo grito…

El coronel pasó a otro asunto.

—Tengo entendido, míster Lee, que su padre poseía cierta cantidad de diamantes.

—Sí, es verdad —contestó, sorprendido, Alfred.

—¿Dónde los guardaba?

—Pues en su cuarto, en la caja de caudales.

—¿Puede usted describirme esos diamantes?

—No, porque eran piedras sin tallar.

—¿Por qué las guardaba su padre?

—Eran un capricho suyo. Se trataba de piedras que trajo con él de África del Sur. Nunca quiso que se tallaran. Ya he dicho que eran su capricho.

—Ya entiendo —afirmó el coronel.

Pero por su tono se advertía claramente que no entendía nada.

—¿Eran de mucho valor? —Siguió.

—Mi padre estimaba su valor en unas diez mil libras.

—Es curioso que las guardase en su caja de caudales.

—Mi suegro era un hombre un poco raro —declaró Lydia—. Sus ideas se apartaban de lo vulgar. En resumen, aquellas piedras le causaban placer.

—Tal vez le recordaban su pasado —comentó Poirot.

—Eso creo —asintió Lydia.

—¿Estaban aseguradas? —inquirió el coronel.

—No lo creo.

Johnson inclinóse hacia Alfred y preguntó:

—¿Sabía usted que esas piedras han sido robadas?

—¿Qué?

—¿No le dijo nada su padre acerca de su desaparición?

—Ni una palabra.

—¿Ignoraba que llamó al inspector Sugden y que le comunicó la pérdida de dichos diamantes?

—¡No tenía la menor idea de semejante cosa!

—¿Y usted, mistress Lee?

Lydia movió negativamente la cabeza.

—No me enteré de nada. ¿Fue por eso que le mataron?

—Tenemos que averiguarlo —declaró Johnson. Y siguió—: ¿Tiene alguna idea, señora, de quién pudo ser el ladrón?

—No. Estoy convencida de que los criados son todos decentes. Además les hubiera sido muy difícil llegar a la caja. Mi suegro estaba siempre en su habitación. Nunca bajaba.

—¿Quién limpiaba su cuarto?

—Horbury. Él hacía la cama y limpiaba el polvo. La segunda doncella entraba por las mañanas a encender el fuego. Lo demás lo hacía todo Horbury.

—O sea que Horbury es la persona que mayores oportunidades ha tenido, ¿no? —dijo Poirot.

—Sí.

—¿Cree usted que fue él quien robó los diamantes? —Es posible. Pero en realidad no sé qué pensar—. Su esposo, señora, nos ha contado cómo pasó la noche —dijo el coronel—. ¿Podría usted hacer lo mismo? ¿Cuándo vio por última vez a su suegro?

—Esta tarde, antes del té, subimos todos a su habitación. Fue entonces cuando le vi por última vez.

—¿Dónde estaba cuando ocurrió el crimen?

—En el salón.

—¿Escuchó el ruido de la lucha?

—Creo que oí caer algo muy pesado. Pero la habitación de mi suegro se encuentra sobre el comedor, no sobre el salón, por lo tanto no pude oír gran cosa.

—Pero oyó el grito, ¿verdad?

—Sí, fue algo horrible. Salí corriendo y seguí a mi marido y a Harry escaleras arriba.

—¿Quién más se encontraba en el salón en aquellos momentos?

—No recuerdo exactamente. David estaba en la estancia inmediata, interpretando unas piezas de Mendelssohn. Creó que Hilda había ido a reunirse con él.

—¿Y las otras dos señoras?

—Magdalene fue al teléfono. No recuerdo si habían vuelto o no. Tampoco sé dónde estaba Pilar.

—O sea que estaba usted sola en el salón, ¿no? —inquirió Poirot.

—Sí, creo que sí.

—En cuanto a los diamantes, debiéramos asegurarnos de lo que ha sido de ellos —dijo el coronel—. ¿Conoce usted, míster Lee, la combinación de la caja de caudales de su padre? Creo que es un poco anticuada.

—La encontrarían escrita en el cuaderno de notas que llevaba en el bolsillo de su bata.

—Bien. Iremos a comprobarlo en seguida. Pero quizá sea mejor interrogar antes a los demás invitados. Las damas desearán acostarse.

—¿Quiere que los haga venir a todos? —preguntó Lydia.

—Uno a uno será mejor, mistress Lee.

—Desde luego.

Lydia dirigióse hacia la puerta, seguida de su marido. Éste se volvió de pronto hacia los demás.

—¡Claro! —exclamó—. ¡Usted es Hércules Poirot! No sé dónde he tenido la cabeza. Debiera haberme dado cuenta de ello en seguida.

Con voz nerviosa añadió apresuradamente:

—¡Es una suerte que esté usted aquí! Debe averiguar la verdad, monsieur Poirot. No repare en gastos. Yo haré frente a todos. ¡Pero descubra quién es el asesino de mi pobre padre!

—Le aseguro, míster Lee, que vengo dispuesto a hacer todo lo posible por ayudar al coronel Johnson y al señor inspector —declaró Poirot.

—Quiero que trabaje usted para mí —insistió Alfred Lee—. ¡Mi padre debe ser vengado!

Empezó a temblar violentamente. Su mujer regresó junto a él, instándole:

—Vamos, Alfred, que tienen que entrar los demás. Su mirada tropezó con la de Poirot. Los ojos de Lydia eran de los que saben guardar un secreto. No parpadearon.

Luego, Lydia, al lado de su marido, salió bruscamente de la habitación.

Capítulo IX

George Lee se mostró solemne y correcto.

—Un suceso terrible —declaró, moviendo la cabeza—. Muy lamentable. Por fuerza tiene que ser obra de un loco. —¿Ésa es su creencia?— preguntó cortésmente el coronel.

—Sí, sí, desde luego. Un loco homicida. Tal vez se ha escapado de algún manicomio de los alrededores.

—¿Y cómo se explica que ese loco consiguiera entrar en la casa? —preguntó Sugden—. ¿Y cómo salió? —Eso debe averiguarlo la policía.

—En cuanto se descubrió el crimen registramos toda la casa —explicó Sugden—. Todas las ventanas estaban cerradas. La puerta del servicio y la principal estaban también cerradas. Por la cocina tampoco pudo huir nadie, pues allí se encontraban los criados.

—¡Eso es absurdo! —exclamó George Lee—. Acabarán diciendo que mi padre ni siquiera fue asesinado.

—De que fue asesinado no cabe duda alguna —declaró el inspector Sugden.

—¿Y dónde estaba usted en el momento en que se cometió el crimen? —preguntó el coronel.

—En el comedor. Acababa de cenar. Pero… no, creo que en realidad estaba en esta misma habitación. Acababa de telefonear.

—¿Estuvo usted telefoneando?

—Sí, llamé al agente electoral del Partido Conservador en Westeringham, mi circunscripción. Tenía que comunicarle algo urgente.

—¿Y fue después de eso que oyó usted el grito?

—Sí, fue muy desagradable —replicó George Lee, estremeciéndose—. Acabó en una especie de gorgoteo. Con un pañuelo enjugóse la frente, perlada de sudor.

—Un suceso horrible —murmuró.

—¿Y luego corrió escaleras arriba?

—Sí.

—¿Vio usted a sus hermanos, a míster Alfred y a míster Harry?

—No. Debieron subir antes que yo.

—¿Cuándo vio por última vez a su padre?

—Esta tarde. Nos reunimos todos en su cuarto.

—¿Después no volvió a verle?

—No.

El jefe de policía hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Estaba usted enterado de que su padre poseía una gran cantidad de valiosos diamantes?

George Lee movió afirmativamente la cabeza.

—Sí, los guardaba en su caja de caudales, cosa muy mal hecha. Muchas veces se lo dije. Se exponía a que le asesinasen por robárselos… Bueno… quiero decir…

—¿Está usted enterado de que esas piedras han desaparecido? —le interrumpió el coronel.

George le miró boquiabierto.

—Entonces… le asesinaron para robárselas.

—Unas horas antes de su muerte su padre echó de menos las piedras y avisó a la policía.

—Entonces…, no comprendo… Yo…

—Tampoco nosotros comprendemos —sonrió Poirot.

Capítulo X

Harry Lee entró orgullosamente en la habitación. Por un momento, Poirot se le quedó mirando. Tenía la impresión de haber visto antes en algún sitio a aquel hombre. Observó sus facciones: la nariz pronunciadamente aguileña; la arrogante posición de la cabeza; el saliente mentón. Y notó también que, a pesar de que Harry era un hombretón y su padre había sido un hombre más bien bajo, existía un gran parecido entre ambos.

Observó también algo más. A pesar de sus orgullosos modales, era indudable que Harry Lee estaba nervioso. Trataba de exteriorizar una seguridad en sí mismo que no ocultaba lo que ocurría en su alma.

—Bien, señores —dijo—. ¿En qué puedo servirles?

—Le agradecemos toda la luz que pueda echar sobre los sucesos de esta tarde —dijo el coronel.

—No sé nada en absoluto —replicó Harry Lee, moviendo negativamente la cabeza—. Todo ha sido muy horrible e inesperado.

—Creo que hace poco que ha regresado usted del extranjero, míster Lee —dijo Poirot.

Harry se volvió hacia el detective.

—Sí —contestó—. Desembarqué en Inglaterra hace una semana.

—¿Ha estado fuera mucho tiempo? —preguntó Poirot.

Harry Lee echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—Más vale que se lo cuente yo mismo, pues de lo contrario alguien se lo dirá a ustedes. Soy el hijo pródigo, caballeros. Hacía casi veinte años que no pisaba el suelo de esta casa.

—¿Y podría decirnos por qué ha vuelto? —inquirió Poirot.

Siempre con la misma apariencia de franqueza, Harry contestó:

—Es el caso de la vieja parábola. Me cansé de cuidar cerdos y pasar hambre y me dije que en casa me esperaba un carnero bien

cebado, alimento que introducía una variedad muy agradable en mis comidas. Recibí una carta de mi padre pidiéndome que volviera, y obedecí la llamada. Eso es todo.

—¿Vino para estar poco tiempo o mucho? —preguntó Poirot.

—Vine a quedarme en casa para siempre.

—¿Estaba conforme su padre?

—El viejo estaba encantado. —Harry volvió a reír—. El pobre estaba ya harto y aburrido de vivir con Alfred. Mi hermano es el hombre menos divertido que se conoce. Muy útil, muy inteligente para los negocios, pero como compañero es un desastre. En su juventud mi padre fue un hombre que vivió intensamente. Deseaba mi compañía.

—¿Estaban contentos su hermano y su cuñada de que usted se quedara aquí?

Al hacer la pregunta, Poirot arqueó las cejas. —Alfred estaba lívido de rabia. No sé lo que pensaría Lydia. Puede que le supiera un poco mal por Alfred, pero estoy seguro de que al fin se hubiera alegrado. Lydia me es muy simpática. Es una mujer encantadora. Con ella me hubiese llevado muy bien. Pero Alfred es muy distinto —. Harry volvió a reír—. Siempre ha tenido celos de mí.

Somos muy distintos. Él ha sido un hombre fiel y trabajador, y a cambio de ello le esperaba lo que a todos los buenos: un puntapié. Créanme, caballeros, la virtud es un mal negocio.

Miró a los tres hombres.

—No les extrañe mi franqueza. Lo que a ustedes les interesa es conocer la verdad. Al fin sacarán a relucir toda la ropa sucia de la familia. Por lo tanto, lo mismo da que yo les presente la mía. No me ha dolido mucho la muerte de mi padre. Al fin y al cabo no le había visto desde que yo era un niño. Sin embargo, era mi padre y le han asesinado. Estoy dispuesto a vengar su muerte. —Se pasó una mano por la barbilla—. En nuestra familia somos muy vengativos. Ninguno de los Lee olvida fácilmente. Quiero que el asesino sea detenido y ahorcado.

—Puede confiar en que haremos lo posible porque así sea —declaró Sugden.

—Si ustedes no lo hacen me tomaré la justicia por mis propias manos.

—¿Tiene alguna idea acerca de la identidad del asesino? —

preguntó el coronel.

—No. He estado pensando mucho en ello y no lo veo claro. Sin embargo, no me parece que sea obra de una persona de fuera de casa. Pero, sea quien sea, ¿cómo ha podido hacerlo? No puedo sospechar de los criados. Ni Tressilian, ni el idiota de Walter. Horbury… Ése es más sospechoso, pero Tressilian me ha dicho que se había ido al cine. De forma que pasando por alto a Stephen Farr, que no es fácil que viniera desde África del Sur para matar a un desconocido, sólo queda la familia. Y, en verdad, que no me imagino a uno de nosotros cometiendo un crimen. ¿Alfred? Adoraba a papá. ¿George? No tiene empuje para una cosa así. ¿David? David siempre ha sido un enamorado de la luna. Se desmayaría ante una gota de sangre, aunque hubiera brotado de su propia mano. ¿Las mujeres? Ninguna de ellas es capaz de degollar a un hombre. ¿Qué queda? ¡Ojalá pudiera saberlo! Pero es verdaderamente perturbador.

El coronel carraspeó, preguntando:

—¿Cuándo vio usted por última vez a su padre esta noche?

—Después del té. Acababa de pelearse con Alfred por culpa de este humilde servidor. El viejo se volvía loco por los disgustos y las sorpresas. Por eso no comunicó a nadie mi llegada. Quería ver el efecto que producía mi súbita aparición. Por lo mismo, habló también de cambiar el testamento.

—¿Su padre mencionó su testamento? —preguntó Poirot.

—Sí. Lo dijo delante de todos, observándonos para ver cómo reaccionábamos. Le dijo al notario que viniera a verle después de Navidad.

—¿Y qué cambios pensaba hacer? —preguntó Poirot.

—Eso no lo dijo —replicó Harry—. Tengo la sospecha de que el cambio debía favorecer a un servidor de ustedes. Me imagino que debí ser excluido de los anteriores testamentos. Ahora supongo que debía volver a figurar en él. Para Pilar el golpe ha sido bastante duro. El viejo empezaba a encariñarse con ella. ¿Aún no la han visto? Es mi sobrina española. Es una criatura bellísima, con todo el encanto del sur. Ojalá no fuera su tío.

—¿Dice usted que su padre sentía un gran cariño por esa joven?

—Sí. Pilar le entendía muy bien. Se pasaba muchas horas con él en su cuarto. Supongo que la chica sabía lo que se hacía. Mala

suerte. El testamento no será alterado en favor de ella ni en favor mío.

Harry Lee frunció el ceño y permaneció callado durante un minuto, luego siguió, cambiando de tono:

—Pero me desvío del punto más importante. Ustedes querían saber cuándo vi por última vez a mi padre, ¿no? Como ya les he dicho, fue después del té. Algo después de las seis. Mi padre estaba de muy mal humor. Tal vez un poco cansado. Al marcharme le dejé con Horbury. No le volví a ver.

—¿Dónde se hallaba usted en el preciso momento de su muerte?

—En el comedor, con mi hermano Alfred. No fue una sobremesa muy armoniosa. Estábamos en medio de una acalorada discusión cuando oímos el ruido de arriba. Parecía como si diez hombres estuvieran luchando juntos. Luego, mi pobre padre lanzó un grito. Fue como si mataran a un cerdo. Alfred, al oírlo, se quedó paralizado. Se quedó con la boca abierta. Tuve que hacerle recobrar, de un empujón, la noción de las cosas. Luego corrimos hacia arriba. La puerta estaba cerrada. Tuvimos que echarla abajo. Nos llevó bastante tiempo el hacerlo. No comprendo cómo diablos podía estar cerrada la puerta. En la habitación sólo estaba mi padre, y no creo que nadie pudiera escapar por aquellas ventanas.

—La puerta fue cerrada por fuera —explicó el inspector Sugden.

—¿Qué? ¡Pero si yo juraría que la llave estaba dentro! —exclamó Harry.

—¿Lo observó usted? —preguntó Poirot.

—Es costumbre mía fijarme en las cosas —declaró Harry, mirando fijamente a los tres hombres—. ¿Desean saber algo más, caballeros?

Johnson movió negativamente la cabeza.

—Muchas gracias, míster Lee. De momento no tenemos que preguntarle nada más. ¿Tendría la bondad de decir a otro miembro de la familia que puede pasar? —Con mucho gusto.

Harry dirigióse hacia la puerta sin volver la vista atrás.

—¿Qué le parece, Sugden?

El inspector se encogió de hombros.

—Tiene miedo de algo. ¿De qué?

Capítulo XI

Magdalene Lee se detuvo teatralmente en el umbral de la puerta. Una de sus manos acarició su platinada cabellera. El traje de terciopelo verde se amoldaba perfectamente a su cuerpo. Parecía muy joven y algo asustada.

Los tres hombres se quedaron un momento mirándola. Los ojos de Johnson revelaron sorpresa. Sugden sólo evidenció impaciencia y deseo de acabar su trabajo. Hércules Poirot estaba observando, no la belleza de la mujer, sino el uso que ésta sabía hacer de ella. Magdalene ignoraba que el detective estaba pensando: «Jolie mannequin, la petite. Mais elle a les yeux durs».

Por su parte, el coronel Johnson pensaba: «¡Vaya mujer atractiva! Si no va con cuidado, George Lee va a tener algún disgusto con ella».

Y el inspector Sugden decía: «Una cabeza bonita, pero vacía. ¡Ojalá acabemos pronto con ella!».

—Tenga la bondad de sentarse, señora. Usted es…

—La esposa de míster George Lee —replicó Magdalene aceptando la silla con una cálida sonrisa—. Todo esto es muy horrible —murmuró, retorciéndose las manos—. Estoy asustada.

—Vamos, vamos, señora. La emoción ha sido grande, pero todo ha pasado ya. Le rogamos que nos explique lo mejor posible cuanto ha sucedido esta noche.

—Les aseguro que no sé absolutamente nada —declaró Magdalene, mirando al coronel.

—Claro, claro —asintió éste.

—Llegamos ayer. George me hizo venir a pasar las Navidades… ¡Ojalá no hubiéramos venido! Estoy segura de que nunca me recuperaré de esta emoción.

—Sí, comprendo que esté usted trastornada.

—Casi no conozco a la familia de George. Sólo había visto un

par de veces a su padre. El día de la boda y otra vez… A Alfred y a Lydia los he visto más, pero de todas formas, son casi extraños para mí.

De nuevo la desorbitada expresión de niña temerosa. Hércules Poirot lo observó y dijo: «Elle joue trés bien la comédie, cette petite…».

—Ahora cuénteme cuándo vio por última vez, vivo, a su suegro —pidió el coronel.

—Fue esta tarde. ¡Fue una cosa muy desagradable!

—¿Por qué desagradable?

—¡Estaban tan enfadados!

—¿Quiénes?

—Todos, George no, claro. Su padre no le dijo nada a él. Pero sí a los demás.

—¿Qué fue lo que sucedió?

—Pues, cuando entramos en su cuarto, debido a su llamada, le encontramos hablando por teléfono con su notario acerca de su testamento. Luego le dijo a Alfred que estaba muy fúnebre. Creo que eso se debía al hecho de que Harry volviera a vivir en casa. A Alfred eso le disgustó mucho. Harry hizo algo muy malo en otros tiempos. Luego mi suegro habló de su mujer. Hace mucho tiempo que murió, pero, según dijo, tenía menos seso que un mosquito. David se puso en pie de un salto y pareció como si fuera a matar a su padre… ¡Oh! —Magdalene se interrumpió reflejando una gran inquietud en los ojos—. No he querido decir eso… No, no he querido decirlo.

—Lo comprendo —sonrió el coronel—. Ha sido una forma gráfica de expresar un incidente.

—Hilda, la mujer de David, le calmó y… Bueno, creo que eso es todo. Míster Lee dijo que no quería ver a nadie más esta noche. Por tanto, nos fuimos todos.

—¿Y ésa. fue la última vez que le vio usted?

—Sí, hasta… hasta…

—Perfectamente. ¿Y puede decirnos ahora dónde estaba en el momento del crimen?

—Creo que en el salón.

—¿No está segura? Magdalene parpadeó, diciendo al fin:

—Sí, claro. ¡Qué tonta! Fui a telefonear. Con las emociones…

—¿Dice usted que fue a telefonear? ¿Lo hizo desde esta habitación?

—Sí, éste es el único teléfono, excepto el que hay en el cuarto de mi suegro.

—¿Había alguien más en la habitación? —preguntó Sugden.

—No. Estaba completamente sola.

—¿Estuvo allí mucho rato?

—Un poco. De noche lleva mucho tiempo conseguir que le contesten a uno desde la central.

—¿Se trataba de una conferencia?

—Sí, para Westeringham.

—¿Y luego?

—Oí aquel horrible grito, todo el mundo echó a correr… tuvieron que echar abajo la puerta. ¡Fue como una pesadilla! ¡Nunca lo olvidaré!

—¿Sabía usted que su suegro guardaba una valiosa colección de diamantes en su caja de caudales?

—No. ¿De veras? ¿Diamantes de verdad?

—Diamantes que valían diez mil libras —explicó Poirot.

—¡Oh!

—Creo que de momento esto es todo —dijo Johnson—. No es preciso que la molestemos más, señora.

—Muchas gracias.

—¿Tendrá la bondad de decir a su cuñado, míster David Lee, que entre?

—Parece que empezamos a sacar algo en limpio. ¿Se han dado cuenta de que George Lee estaba telefoneando cuando oyó el grito? Su mujer también telefoneaba en aquel momento. Este detalle no encaja. ¿Qué le parece, Sugden?

—No quisiera hablar ofensivamente contra la señora —declaró el inspector—, pues aunque es de ésas que no vacilan en sacarle dinero a un hombre, no me parece capaz de degollar a un ser humano. No está dentro de su tipo.

—Uno nunca sabe, mon vieux —murmuró Poirot. El jefe de policía se volvió hacia el detective.

—¿Y usted qué piensa, Poirot?

Éste enderezó el secante que tenía frente a él, quitó un poco de polvo de un candelabro, y contestó:

—Creo que ya vamos conociendo el carácter de míster Simeon Lee. Creo que toda la importancia del caso estriba en el carácter del muerto.

El inspector volvióse hacia él.

—No estoy de acuerdo con usted, monsieur Poirot —dijo—. ¿Qué tiene que ver el carácter del muerto con su asesinato?

—El carácter de la víctima siempre tiene algo que ver con el asesino. La franqueza y la carencia de sospechas fue la causa de la muerte de Desdémona. Una mujer más suspicaz hubiese advertido las maquinaciones de Yago. La enfermedad de Marat le hizo morir en el baño. El temperamento de Mercurio le hizo morir de una estocada.

—¿Adónde pretende ir a parar con todo eso, Poirot? —preguntó el coronel.

—Digo que por ser Simeon Lee cierta clase de hombre, puso en movimiento determinada clase de fuerzas que al fin le originaron la muerte.

—¿No cree que los diamantes tuviesen algo que ver? Poirot sonrió ante la perplejidad de Johnson.

—Mon cher. Al peculiar carácter de Simeon Lee se debe que conservara en una vieja caja de caudales diez mil libras en diamantes. Eso desde luego no lo suelen hacer todos los hombres.

—Es verdad, monsieur Poirot —declaró el inspector, moviendo la cabeza como si al fin se diera cuenta de lo que quería decir el detective—. Realmente, míster Lee era muy raro. Guardaba las piedras cerca de él para poder juguetear con ellas y rememorar el pasado. Por eso nunca las hizo tallar.

—Eso mismo —asintió Poirot—. Tiene usted una inteligencia muy despejada, inspector.

Sugden no pareció apreciar demasiado el cumplido. El coronel siguió:

—Hay algo más, Poirot. No comprendo cómo ha observado usted esas características…

—Mais oui. La señora de George Lee nos reveló más cosas de lo que ella pensó. Nos ofreció una imagen perfecta de la última entrevista familiar. Indicó muy inocentemente que Alfred estaba enfadado con su padre y que David parecía a punto de cometer un crimen. Creo que eso es verdad. Pero de todo ello puede sacarse una

conclusión muy importante. ¿Por qué reunió Simeon Lee a su familia? ¿Por qué llegaron a tiempo de oírle telefonear a su notario? Parbleu, eso no fue ningún error. Él quería que le oyesen. El pobre viejo llevaba mucho tiempo sentado en su sillón, recordando las diversiones de su juventud. Por ello inventó una nueva distracción. Decidió divertirse con las ambiciones y ansias de la naturaleza humana. De eso se desprende otra deducción. En ese juego no podía omitir el atacar a ninguno de sus hijos. Forzosamente tuvo que zaherir también a George Lee. Pero la esposa de nuestro político oculta cuidadosamente este detalle. También ella tuvo que recibir algún venenoso dardo disparado por el anciano. Creo que los demás nos dirán lo que Simeon Lee dijo a George Lee y a su mujer.

Poirot se interrumpió, pues en aquel momento entraba David Lee.

Capítulo XII

David Lee se mostraba muy dueño de sí. Su serenidad era casi normal. Sentóse frente a los tres hombres, dirigiendo una interrogadora mirada al coronel.

—Bien, caballeros, ¿en qué puedo serles útil? —preguntó.

—Tengo entendido, míster Lee, que esta tarde se celebró en la habitación de su padre una especie de reunión familiar, ¿no? —inquirió el coronel.

—En efecto, pero no puede decirse que fuese un consejo de familia, ni cosa por el estilo.

—¿Y qué ocurrió en ella?

—Mi padre estaba de mal humor —respondió David—. Era muy viejo, estaba casi inválido y hay que excusar su genio. Parecía que nos hubiera reunido allí para… para escupirnos a la cara.

—¿Puede recordar lo que dijo?

—Casi todo fueron tonterías. Dijo que ninguno de nosotros servía para nada… que en toda la familia no había un solo hombre de verdad. Afirmó que Pilar, mi sobrina española, vale más que todos nosotros. Dijo… —David se interrumpió.

—Por favor, míster Lee, repita las palabras exactas —pidió Poirot.

—Dijo, muy agriamente, que por el mundo tenía repartidos hijos mejores, aunque hubieran nacido en la ilegalidad…

El inteligente rostro de David evidenciaba el disgusto que le producía el repetir aquello. De pronto, el inspector pareció sentir un gran interés. Inclinándose hacia delante, preguntó:

—¿Dijo su padre algo especial a su hermano George?

—¿A George? No recuerdo. ¡Oh, sí!, creo que le dijo que tendría que reducir sus gastos, pues le disminuiría la pensión que le pasaba. George se afectó mucho. Estaba rojo como un pavo. Afirmó que no podía pasar con menos. Mi padre declaró fríamente que tendría que

pasar. Le aconsejó que su mujer le ayudase a economizar. Eso fue una cosa muy desagradable, pues George siempre ha sido ahorrador. Ha evitado siempre gastar superfluamente. En cambio, su mujer parece tener gustos un tanto costosos y extravagantes.

—¿También ella se disgustó? —preguntó Poirot.

—Mucho. Además, mi padre mencionó con bastante crudeza que Magdalene había estado viviendo con un marino retirado; claro que se refería a su padre, pero en el tono con que lo dijo se notaba que ponía en duda la afirmación de Magdalene. Ella se puso muy colorada, y no me extraña.

—¿Mencionó su padre a su esposa, quiero decir a la madre de usted? —preguntó Poirot.

La sangre fluyó a las mejillas de David. Sus manos se cerraron sobre el borde de la mesa que tenía enfrente. Con voz temblorosa declaró:

—Sí. La insultó.

—¿Qué dijo? —preguntó el coronel.

—No recuerdo. Alguna referencia molesta.

—¿Hace mucho que murió su madre, míster Lee? —preguntó Poirot.

—Murió cuando yo era un niño.

—¿No vivió feliz en esta casa?

—¿Quién podría ser feliz con un hombre como mi padre? —inquirió David con una carcajada—. Mi madre era una santa. Murió con el corazón destrozado.

—¿Apenó mucho a su padre la muerte de su madre? —preguntó Poirot.

—No lo sé. Me marché de casa —y después de una pausa añadió —: Puede que ignoren ustedes que al volver aquí hacía veinte años que no veía a mi padre. Por lo tanto, no puedo hablar de sus costumbres y enemigos.

—¿Puede usted descubrirnos lo que ha hecho esta noche?

—Pues me levanté de la mesa muy pronto. Me aburre esa costumbre de estar sentados frente a una botella de oporto. Además, noté que Harry y Alfred se preparaban para pelearse. Como me disgustan las peleas y discusiones, fui al salón de música y me puse a tocar él piano.

—El salón de música está junto al otro salón, ¿verdad? —

preguntó Poirot.

—Sí… estuve tocando el piano durante un rato, hasta… que ocurrió el suceso.

—¿Qué fue lo que oyó?

—Pues un ruido lejano de muebles caídos, porcelanas rotas y otras cosas. Luego un grito como de alma en el infierno.

—¿Estaba usted solo en la sala de música?

—No. Mi mujer estaba conmigo. Venía del salón. Subimos con los demás al oír el grito… No querrá que le explique lo que vi, ¿verdad?

—No, no es necesario —declaró el coronel—. Muchas gracias, míster Lee. No tengo nada más que preguntarle. Supongo que no tendrá la menor sospecha acerca de quién puede ser el asesino de su padre, ¿verdad?

—Pudieron ser muchos, pero no sospecho de nadie en particular.

Salió rápidamente, cerrando tras de sí la puerta.

Capítulo XIII

El coronel Johnson apenas tuvo tiempo de carraspear antes de que se volviera a abrir la puerta y entrase Hilda Lee.

Hércules Poirot la examinó atentamente. Había que reconocer que los Lee habíanse casado todos con mujeres dignas de estudio.

—Todo lo ocurrido habrá sido para usted muy doloroso —declaró el coronel—. Creo que es la primera vez que visita usted esta casa, ¿no? Vivía usted alejada de toda la familia, ¿eh?

Hilda asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Conocía usted a su suegro?

—No. Nos casamos poco después que David abandonara su casa. No quería saber nada de su familia.

—¿A qué se debió, pues, esta visita?

—David recibió una carta de su padre en la cual éste le decía que anhelaba ver a su alrededor a todos sus hijos en las fiestas de Navidad.

—¿Y su marido accedió a venir?

—Aceptó debido a mi insistencia. No comprendí la situación.

—¿Podría usted explicarse con más claridad, madame? —dijo Poirot.

—Yo no conocía a mi suegro —replicó Hilda—. No tenía la menor idea acerca de cuáles eran los móviles que le impulsaban a reunir a sus hijos. Pensé que, al hacerse viejo, sentía anhelos de calor de hogar y deseaba reconciliarse con los suyos.

—Y en su opinión, señora, ¿cuál fue el verdadero motivo?

Después de una breve vacilación, Hilda respondió:

—No me cabe la menor duda de que mi suegro, más que la paz, deseaba aumentar la discordia. Le gustaba despertar los peores instintos de la naturaleza humana. No sé cómo decirlo, pero en realidad deseaba enzarzar, unos contra otros, a todos los miembros de la familia.

—¿Y lo consiguió? —preguntó Johnson.

—Sí; lo logró.

—Se nos ha hablado, señora, de una escena algo violenta que tuvo lugar esta tarde —dijo Poirot——. ¿Podría usted describírnosla lo más detalladamente que sea posible?

Hilda reflexionó un momento.

—Cuando entramos en el cuarto de mi suegro le encontramos telefoneando.

—A su notario, ¿verdad?

—Sí. Estaba hablando de extender un nuevo testamento. Creo que dijo que el anterior estaba ya muy fuera de lugar.

—¿Podría decirme usted si cree que su suegro procuró que todos escucharan la conversación telefónica o bien si la oyeron por pura casualidad? —inquirió Poirot.

—Estoy casi segura de que quería que le oyéramos.

—¿Con objeto de fomentar el desacuerdo entre ustedes?

—Sí.

—Entonces, ¿cree usted que no pensaba alterar su testamento?

—No, estoy segura de que deseaba extender uno nuevo, pero quiso aprovechar para hacer sufrir un poco a los suyos.

—Madame —dijo Poirot—. Mi representación no es oficial y, desde luego, mis preguntas no son las que haría un policía inglés. Pero tengo un gran deseo de que me diga si sospecha usted cómo hubiera estado redactado el nuevo testamento. No le pregunto lo que sabe, sino lo que opina. Les femmes son de rápida comprensión, Dieu merci. Hilda sonrió.

—No tengo inconveniente en decir lo que pienso. Jennifer, la hermana de mi marido, se casó con un español, Juan Estravados. Su hija, Pilar, ha llegado hace muy poco aquí. Es muy atractiva y, desde luego, es la única nieta que hay en la familia. Míster Lee estaba encantado con ella. A mi parecer pensaba dejarle una gran cantidad en su nuevo testamento. Es muy posible que en el anterior testamento le dejase muy poco o nada.

—¿Sienten los demás miembros de la familia simpatía por Pilar?

—Creo que a todos nos ha sido muy simpática.

—¿Y Pilar? ¿Estaba contenta de hallarse aquí?

—No sé. Para una muchacha criada en el sur, el ambiente inglés debe de resultarle bastante raro.

—Desde luego, pero siempre lo será más el que respiraría ahora en España. Pero tenga la bondad de seguir explicándonos lo que ha ocurrido esta tarde.

—Cuando mi suegro hubo terminado de telefonear nos miró a todos muy serio. Luego declaró que estaba cansado y que se acostaría temprano. Dijo que quería estar en forma para Navidad.

»Después empezó a hablar de dinero. Dijo a George y a Magdalene que tendrían que economizar. A ella le dijo que tendría que hacerse sus propios vestidos y aseguró que su esposa era muy diestra con la aguja. Magdalene se disgustó.

—¿Fue eso todo cuanto dijo acerca de su mujer? —inquirió Poirot.

—Hizo alguna referencia poco amable a su cerebro. Mi marido quería mucho a su madre y eso le enfureció. A continuación míster Lee empezó a gritarnos: estaba furioso con nosotros. Comprendo sus motivos.

—¿Cuáles son? —preguntó Poirot.

—Todos le decepcionamos. No hay nietos. No hay ningún Lee que prolongue la familia. No pudiendo contenerse ya más, estalló contra sus hijos, diciéndoles que no servían para nada. Me dio pena, comprendiendo lo mucho que su orgullo debió de sufrir.

—¿Y luego?

—Luego nos marchamos todos.

—¿No le volvió a ver?

—No.

—¿Dónde estaba usted en el momento en que se cometió el crimen?

—Con mi marido, en el salón de música. Oímos ruido de sillas y mesas, de romperse porcelanas, y subimos a ver qué había pasado. Aquel horrible grito…

—¿Qué efecto le produjo ese grito? —preguntó Poirot—. ¿El de un alma en el infierno?

—Era mucho peor. Era como de algo sin alma. Era inhumano, bestial…

Capítulo XIV

Pilar entró en la habitación con el andar de un animal que recela una trampa. Miró rápidamente a derecha e izquierda. Parecía menos asustada que suspicaz.

El coronel le ofreció una silla. Luego comenzó:

—Creo que usted entiende perfectamente el inglés, ¿no?

—Desde luego. Mi madre era inglesa. Yo, en realidad, soy muy inglesa.

Una leve sonrisa iluminó los ojos del coronel, mientras miraba la negra cabellera de la joven, la orgullosa mirada y los rojos labios. ¡Muy inglesa! Ese calificativo resulta muy incongruente aplicado a Pilar Estravados.

—Tenemos entendido que míster Lee era abuelo de usted, señorita —siguió Johnson—. La envió a buscar a España. Usted llegó hace unos días. ¿Es cierto?

Pilar asintió con un movimiento de cabeza.

—Es verdad. Corrí muchas aventuras al salir de España. Nos bombardearon y el chófer resultó muerto. Como yo no sabía conducir, tuve que seguir mi camino a pie. Me cansé mucho.

—Pero al menos ha llegado aquí —sonrió el coronel—. ¿Le había hablado mucho su madre de su abuelo?

—¡Ya lo creo! Me decía que era un viejo diablo. Poirot sonrió ante la alegre respuesta de Pilar, y preguntó:

—¿Qué opinión le causó el verle?

—Pues que era un hombre muy viejo que tenía que estarse todo el día sentado. Pero de todas formas, me fue simpático. Estoy segura de que cuando era joven debía de ser muy atractivo… muy atractivo… como usted —añadió Pilar, dirigiéndose a Sugden, quien, ante el piropo, enrojeció hasta la raíz de los cabellos.

El coronel Johnson contuvo una carcajada. Era la primera vez que veía turbarse al inspector.

—Claro que no podía ser tan alto como usted —añadió Pilar.

—¿Pasó mucho tiempo con su abuelo después de su llegada a esta casa, señorita?

—Sí. Subía a hacerle compañía. Me explicó muchas cosas. Me dijo que había sido muy malo, y luego me habló de África del Sur.

—¿Le contó que guardaba unos diamantes en su caja de caudales?

—Sí, pero no parecían diamantes. Hubiera creído que se trataba de una colección de guijarros.

—¿Sabe usted que esos diamantes han sido robados? —preguntó el coronel.

—¿Robados?

—Sí. ¿Tiene alguna idea de quién puede ser el ladrón? —Sí. Debió de ser Horbury.

—¿Horbury? ¿Quiere usted decir el enfermero?

—Sí.

—¿Por qué lo cree?

—Porque tiene cara de ladrón. Siempre mira a todos lados, anda sin hacer ruido y escucha tras las puertas. Parece un gato. Y los gatos son perfectos ladrones.

—¡Hum! —murmuró el coronel—. Dejemos las cosas tal como están. Ahora cuéntenos lo que pasó cuando toda la familia se reunió en la habitación de su abuelo.

—Los hizo enfadar a todos. Fue muy divertido.

—¿Le divirtió a usted?

—Sí. Me gusta ver enfadarse a la gente. Pero aquí no se enfadan como en España. Allí gritan y se pegan, y hasta sacan navajas. En Inglaterra no hacen nada. Se ponen colorados y nada más.

—¿Dijo algo su abuelo acerca del dinero?

—No recuerdo.

—¿Qué más pasó?

—Pues salimos y la mujer de David se quedó atrás, hablando con mi abuelo. Yo me fui a bailar con Stephen. Hay un gramófono magnífico y muchos discos.

—¿Se refiere usted a Stephen Farr?

—Sí. Es de África del Sur. Hijo de un socio de mi abuelo. Es muy guapo. Muy alto y muy fuerte.

—¿Dónde estaba usted cuando se cometió el crimen?

—¿Dónde estaba yo?

—Sí.

—Fui al salón de Lydia. Luego subí a mi cuarto a arreglarme. Pensaba volver a bailar con Stephen. De pronto oí, muy lejos, un grito y todo el mundo echó a correr y yo también. Harry y Stephen tuvieron que echar abajo la puerta de la habitación de mi abuelo. Los dos son muy fuertes.

—¿Sí?

—Sí. Y cuando entramos descubrimos que mi abuelo estaba muerto. Le habían degollado —y Pilar hizo un significativo ademán sobre el cuello.

—Bien, creo que por ahora eso es todo, señorita. Puede retirarse.

Pilar dirigió una alegre sonrisa a cada uno de los tres hombres y salió rápidamente de la habitación.

Capítulo XV

Al abrirse de nuevo la puerta, el coronel Johnson levantó la cabeza, imaginando que la persona que entraba era Harry Lee. Pero cuando Stephen Farr se hubo acercado un poco más, comprendió su error.

—Siéntese, míster Farr —invitó.

Farr obedeció, observando rápidamente al coronel Johnson y a sus compañeros.

—Temo no poderles ser de gran utilidad —dijo—. De todas formas, pregunten todo lo que deseen. Quizá sea preferible que empiece por explicar quién soy. Mi padre, Ebenezer Farr, fue socio de Simeon Lee, en África del Sur. De eso hace unos cuarenta años.

Farr hizo una pausa, luego prosiguió:

—Mi padre me habló mucho de Simeon Lee. Me dijo qué clase de persona era. Lee se marchó a casa con una gran fortuna. Mi padre también ganó lo suyo. Siempre me decía que si alguna vez venía a Inglaterra debía visitar a Simeon Lee. Yo replicaba que había pasado mucho tiempo y que seguramente no se acordaría de quién era. Pero mi padre se reía de eso diciendo: «Cuando los hombres han pasado juntos lo que Simeon y yo, no olvidan». Bien, pues, mi padre murió hace un par de años. Al venir ahora por primera vez a Inglaterra pensé seguir el consejo de mi padre e ir a ver a míster Lee.

Con una ligera pausa prosiguió:

—Al llegar aquí estaba un poco nervioso, pero no debía haberlo estado. Míster Lee me acogió cariñosamente e insistió en que me quedara a pasar aquí las Navidades. No quiso aceptar mis excusas.

»Todos se portaron muy amablemente conmigo. Lamento mucho que les haya ocurrido esta desgracia.

—¿Cuánto hace que está usted aquí?

—Desde ayer.

—¿Vio usted a míster Lee?

—Sí. Esta mañana charlé con él. Estaba de muy buen humor y me preguntó acerca de un sinfín de sitios y personas.

—¿Fue ésa la última vez que lo vio?

—Sí.

—¿Le dijo algo acerca de unos diamantes?

—No. ¿Creen que se trata de un crimen y un robo?

—Aún no estamos seguros. Y ahora, volviendo a los sucesos de esta noche, le agradeceré que me explique, a su manera, lo que ocurrió.

—Desde luego. Pues… cuando las señoras se retiraron al salón, los hombres nos quedamos tomando unas copas de oporto. Al poco rato me di cuenta de que los demás tenían que hablar de asuntos familiares y que mi presencia les estorbaba. Me levanté y salí.

—¿Y adónde fue usted?

—A una habitación muy grande, que parece un salón de baile, y donde hay un gramófono y muchos discos. Puse algunos de ellos.

—Tal vez tenía usted la esperanza de que alguien se reuniera con usted allí, ¿no? —inquirió grave Poirot. Una leve sonrisa curvó en seguida los labios de Stephen Farr.

—Es posible.

—La señorita Estravados es realmente muy bella.

—No cabe duda de que es la más bonita que he visto en Inglaterra desde mi llegada.

—¿Se reunió con usted la señorita Estravados? —preguntó Johnson.

—No. Cuando se oyó aquel ruido tan grande yo estaba aún allí. Salí corriendo para ver qué ocurría. Ayudé a Harry Lee a echar abajo la puerta.

—¿No tiene nada más que decirnos?

—Creo que no.

—Sin embargo, estoy seguro de que usted podría decirnos aún mucho más —declaró Poirot.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Farr.

—Podría usted decirnos algo que es muy importante en este caso. Se trata del carácter de Simeon Lee. Usted ha dicho que su padre hablaba mucho de él. ¿De qué forma se lo describió?

—Ya entiendo lo que usted desea —contestó lentamente Stephen Farr—. Usted quiere saber cómo era Simeon Lee en su juventud.

Supongo que deseará que hable con entera franqueza.

—Se lo agradeceré.

—Pues bien, no creo que Simeon Lee fuera un hombre de gran moralidad. No quiero decir que fuese un delincuente, pero no le faltaba mucho. Su moralidad no era digna de ejemplo. Sin embargo, era un hombre atractivo. Y muy generoso, fantásticamente generoso. Nadie que acudiera a él contándole una pena se iba con las manos vacías. Bebía, pero no demasiado. Tenía gran éxito con las mujeres. Una característica suya es que era muy vengativo. Mi padre me explicó que en algunos casos Lee aguardó varios años para vengarse de alguien que le había jugado una mala pasada.

—¿Y no sabe usted de nadie a quien Simeon Lee hubiera jugado una mala pasada y tuviese ese mismo carácter vengativo? —preguntó Sugden—. ¿No hay nada en el pasado que explique el crimen de hoy?

Stephen Farr movió negativamente la cabeza.

—Siendo la clase de hombre que era, forzosamente tuvo que crearse enemistades. Pero no conozco ningún caso preciso. Tengo entendido, pues he hecho algunas preguntas a Tressilian, que no se ha visto a ningún desconocido cerca de la casa.

—A excepción de usted, míster Farr —dijo Poirot.

—¿Ah, sí? —Stephen Farr sonrió—. Se equivoca usted de puerta, señor. Por más que busque, no descubrirá que Simeon Lee hubiera jugado ninguna mala pasada a Ebenezer Farr. Ninguno de ellos tenía nada contra el otro. Yo no he venido a satisfacer ninguna venganza. Como les dije, vine por simple curiosidad. Además, supongo que un gramófono puede ser una buena coartada. No dejé de poner disco tras disco y seguramente alguien debió oírlos. El tiempo que tarda en sonar un disco no me hubiera permitido subir, asesinar a míster Lee, limpiarme la sangre y volver atrás antes de que los otros empezaran a subir por la escalera. Es una idea completamente tonta.

—Nadie le acusa de nada, míster Farr —dijo el coronel.

—No me ha gustado el tono de monsieur Poirot.

—No sabe cuánto lo lamento —declaró el detective. Stephen Farr le dirigió una furiosa mirada.

El coronel Johnson se apresuró a intervenir.

—Muchas gracias por todo, míster Farr. De momento no le

molestaremos más. Pero conviene que no abandone la casa.

Cuando la puerta se cerró tras él, Johnson declaró:

—Ahí va X, el factor desconocido. La historia que nos ha contado parece verídica. Pero al mismo tiempo también pudiera ser que hubiese venido a robar los diamantes, protegido por una historia que sabe Dios cómo habrá descubierto. Será mejor que consiga usted sus huellas dactilares, Sugden, y averigüe si es conocido.

—Ya las tengo —contestó con una sonrisa el inspector.

—Muy bien, veo que no descuida nada. Supongo que ya habrá tomado las disposiciones de rigor.

Sugden contestó rápidamente, llevando la cuenta con los dedos.

—Comprobar si han existido dos llamadas telefónicas, etcétera. Averiguar quién es Horbury, lo que hizo, a la hora en que salió, quién le vio marchar. Comprobar todas las entradas y salidas, la situación monetaria de todos los miembros de la familia. Visitar al notario y examinar el testamento. Registrar la casa en busca del arma homicida o de huellas de sangre. Y también dar con los diamantes.

—Creo que eso es todo —asintió el coronel, aprobatoriamente—. ¿Se le ocurre a usted algo más, monsieur Poirot?

—No. Veo que míster Sugden lo ha tenido todo en cuenta.

El jefe de policía se mostraba tan decepcionado como el hombre cuyo perro se niega a hacer determinado truco.

—No se me ocurre nada más —contestó el detective—. Pero le pediré una cosa. Me gustaría poder hablar muy a menudo con los familiares del muerto.

—¿Quiere volver a interrogarlos?

—No, no quiero interrogar, quiero hablar.

—¿Por qué?

—Pues porque en una conversación surgen infinidad de detalles y, además, resulta más difícil ocultar la verdad.

—Entonces cree usted que alguien ha mentido, ¿no? —preguntó Sugden.

—Todo el mundo miente en algo. Conviene separar las mentiras inocentes de las otras más importantes.

—Todo este asunto resulta increíble —declaró el coronel Johnson—. Tenemos un asesinato brutal y… ¿quiénes son los

sospechosos? Alfred Lee y su esposa, los dos muy simpáticos, bien educados y tranquilos; George Lee, miembro del Parlamento y la respetabilidad personificada. ¿Su esposa? Es una linda mujercita moderna. David Lee parece un ser inofensivo, y además tenemos la palabra de su hermano Harry de que no puede soportar la visión de la sangre. Su mujer parece un ser enteramente vulgar. Queda la muchacha española y el visitante de África del Sur. Las beldades españolas tienen fama de irritarse con mucha facilidad, pero no puedo imaginarme a esa joven cita degollando a su abuelo. Y mucho menos teniendo en cuenta que a ella le convenía mucho más que siguiera vivo. El único que puede ser culpable del crimen y del robo es Stephen Farr. Acaso se trata de un ladrón profesional que, sorprendido por míster Lee, tuvo que matarlo para que no hablase. La coartada del gramófono no es demasiado consistente.

Poirot movió la cabeza.

—Amigo mío —dijo—. Compare usted el aspecto físico de Stephen Farr y del viejo Simeon. Si Farr hubiese decidido matar al viejo habría podido hacerlo en un minuto. Simeon Lee no hubiese podido luchar mucho contra él. ¿Puede alguien imaginar que un anciano resistiera varios minutos contra un hombre tan fuerte como míster Farr?, increíble.

El coronel Johnson entornó los ojos.

—¿Quiere usted decir que fue un hombre débil el que mató a Simeon Lee?

—O una mujer —dijo Sugden.

Capítulo XVI

Tressilian entró lentamente en la habitación. El coronel le invitó a sentarse.

—Muchas gracias, señor —dijo el mayordomo—. Se lo agradezco, pues con las emociones, casi no puedo tenerme en pie. ¡Que haya ocurrido una cosa así en una casa donde había reinado siempre la tranquilidad!

—En una casa bien ordenada, pero no feliz, ¿verdad? —inquirió Poirot.

—No le entiendo, caballero.

—¿Era feliz antes, cuando toda la familia estaba en casa?

—Pues… tal vez no reinara una gran armonía.

—La esposa de míster Simeon Lee era una especie de inválida, ¿no?

—Sí, señor.

—¿La querían sus hijos?

—Míster David la quería mucho. Parecía más una hija que un hijo. Cuando ella murió, tuvo que marcharse por no poder soportar la casa.

—¿Y míster Harry? ¿Qué clase de hombre es?

—Un poco alocado, pero de gran corazón. Cuando le vi entrar ayer, me llevé una sorpresa muy agradable. A veces parece como si el pasado no fuera el pasado. Se tiene la impresión de que lo que se está haciendo ya se ha hecho antes. Cuando llamó míster Farr y fui a abrirle, tuve la impresión de que iba a encontrarme con míster Harry. Y lo mismo me ocurrió luego. Siempre tengo la impresión de que estoy haciendo algo que ya he hecho antes.

—Es muy interesante, mucho —dijo Poirot. Tressilian le dirigió una mirada de agradecimiento. Johnson, algo impaciente, carraspeó, interviniendo en la conversación:

—Nos interesa comprobar ciertas declaraciones —dijo—. Tengo

entendido que cuando sonó aquel ruido arriba, sólo míster Alfred y míster Harry se encontraban en el comedor. ¿Es verdad eso?

—No puedo decírselo, señor. Cuando serví el café, todos los caballeros estaban en el comedor, pero eso fue un cuarto de hora antes.

—Míster George Lee fue a telefonear. ¿Estaba usted enterado de eso?

—Estoy seguro de que alguien telefoneó. El timbre de llamada está en el office, y cuando se llama desde la casa se oye un ligero repiqueteo. Recuerdo que oí ese ruido, pero no presté ninguna atención.

—¿No se acuerda de cuándo fue que lo oyó?

—No. Sólo sé que lo oí después de haber servido el café a los señores.

—¿Y sabe dónde estaban las señoras en el momento a que me refiero?

—La esposa de míster Alfred estaba en el salón cuando entré a buscar la bandeja del café. Eso fue un minuto o dos antes de que se oyeran los gritos arriba.

—¿Qué estaba haciendo? —preguntó Poirot.

—Estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia fuera.

—¿Ninguna de las otras señoras estaba con ella?

—No, señor.

—¿Sabe usted dónde estaban?

—No podría decirlo.

—¿Sabe dónde estaban los demás miembros de la familia?

—Creo que míster David estaba tocando el piano en la sala de música, que se halla inmediata al salón.

—¿Le oyó tocar?

—Sí, señor. —El mayordomo se estremeció—. Precisamente estaba interpretando la Marcha Fúnebre. Recuerdo que en aquellos momentos me hizo estremecer.

—Es curiosa la coincidencia —comentó Poirot—. Y en cuanto a ese Horbury, ¿podría usted jurar que a las ocho de la noche estaba fuera de la casa?

—¡Oh, sí! Se marchó poco después de llegar míster Sugden. Lo recuerdo porque rompió una taza. En once años que yo las fregaba nunca había roto una.

—¿Y qué hacía míster Horbury con las tazas? —preguntó Poirot.

—En realidad no era trabajo suyo tocarlas —declaró el mayordomo—. Las estaba admirando, pues son de excelente calidad, y al mencionar yo a míster Sugden la dejó caer.

—¿Pronunció usted el nombre de míster Sugden o se refirió a la policía? —preguntó Poirot.

Tressilian pareció ligeramente sobresaltado.

—Ahora que recuerdo, dije que había llegado el señor inspector.

—¿Y Horbury rompió la taza? —Sonrió Poirot.

—Parece significativo —declaró el jefe de policía—. ¿Hizo Horbury alguna pregunta acerca del motivo de la visita del señor inspector?

—Sí, señor. Preguntó qué venía a hacer. Yo le dije que venía a solicitar un donativo para el Orfanato de la Policía y que míster Lee le había hecho subir a su habitación.

—¿Pareció aliviado Horbury al contestar usted eso?

—Ahora que usted lo dice, recuerdo que sí. Su expresión cambió en seguida. Hizo algunos comentarios poco respetuosos acerca de la liberalidad de míster Lee, y salió de casa.

—Está comprobado por las declaraciones de la cocinera y las demás sirvientas —dijo Sugden.

—Bien. Ahora, Tressilian, ¿podría decirme si es posible que Horbury volviese a entrar en la casa sin que nadie le viera?

—Lo dudo mucho, señor. Todas las puertas están cerradas por dentro.

—¿Y si tenía la llave de alguna de ellas?

—Eso no es posible. Además, todas las puertas tienen corridos los cerrojos.

—Pues, ¿cómo iba a entrar al volver?

—Por la puerta de servicio. Todos los criados entramos por allí.

—Entonces pudo volver a entrar por ese sitio, ¿no?

—No sin atravesar la cocina. Y la cocina debía estar ocupada hasta las nueve y media o las diez.

—Está bien, Tressilian. Muchas gracias por todo.

El viejo mayordomo salió de la habitación, saludando a los tres hombres. Un momento después volvió a entrar, anunciando:

—Horbury acaba de llegar, míster Johnson. ¿Desea usted que le haga pasar?

—Sí, haga el favor de decirle que venga.

Capítulo XVII

Sidney Horbury entró en la habitación. Se hallaba evidentemente nervioso. Se restregaba las manos una contra la otra y dirigía rápidas miradas a su alrededor.

Después de las preguntas de ritual acerca de su persona y ocupación en la casa, el coronel preguntó:

—¿A qué hora salió usted de aquí y adónde fue?

—Salí de la casa poco antes de las ocho. Fui al Superb, a cinco minutos de aquí. Pasaban la película Amor en la vieja Sevilla.

—¿Le vio alguien allí?

—La taquillera me conoce. Y el portero también. Además… estuve con una señorita. Me había citado allí. —¿De veras? ¿Cómo se llama?

—Doris Buckle. Trabaja en las Lecherías Reunidas, Markham Road, veintitrés.

—Bien. Veremos. ¿Vino usted directamente a casa?

—Antes acompañé a casa a la señorita. Después vine directamente aquí. No tengo nada que ver con esto. Yo…

—Nadie le acusa de nada —dijo secamente el coronel.

—Ya lo sé, señor. Pero no es nada agradable que un crimen ocurra en la casa en que uno está…

—Nadie ha dicho que lo sea. ¿Cuánto hace que estaba al servicio de míster Lee?

—Un año, señor.

—¿Le gusta su empleo?

—Estaba satisfecho, señor. El sueldo es bueno. Claro que a veces míster Lee se ponía un poco difícil, pero ya estoy acostumbrado a tratar a inválidos.

»He trabajado en casa del comandante West, del honorable Jasper Finch…

—Después podrá dar esos detalles a Sugden —le interrumpió

Johnson—. Lo que me interesa es cuándo vio usted por última vez a míster Lee.

—Hacia las siete y media. A las siete cenaba todas las noches, después le preparaba para que se acostase. Generalmente se quedaba junto al fuego hasta que le entraba sueño.

—¿Y a qué hora ocurría eso?

—Variaba, señor. A veces, cuando estaba cansado, se acostaba a las ocho. En otras ocasiones se quedaba levantado hasta las once o más tarde.

—¿Qué hacía cuando quería acostarse?

—Generalmente me llamaba por medio del timbre.

—¿Y usted le ayudaba a acostarse?

—Sí, señor.

—Pero esta noche era fiesta para usted, ¿no? ¿Tenía todos los viernes libres?

—Sí, señor. En esas ocasiones, Tressilian o Walter le ayudaban a acostarse.

—Pero ¿no podía moverse?

—Sí, señor, pero con bastante dificultad. Sufría artritis reumática. Unos días se encontraba peor que otros.

—¿No hizo llamar a nadie de su familia por medio de usted?

—No, señor. Antes de marcharme procuré que todo estuviera en orden, di las buenas noches a míster Lee y salí de la habitación.

—¿Arregló usted el fuego antes de marcharse? El enfermero vaciló.

—No era necesario, señor. La chimenea estaba ya bien cargada.

—¿La cargó míster Lee?

—No creo. Sin duda lo hizo míster Harry Lee.

—¿Estaba míster Harry con su padre cuando usted entró con la cena?

—Sí, señor. Entonces se marchó.

—¿De qué humor estaban?

—Míster Harry parecía de muy buen humor. Echó atrás la cabeza y rió mucho.

—¿Y míster Lee? —Estaba serio y pensativo.

—Bien, Horbury. Ahora quiero preguntarle una cosa más: ¿qué puede usted decirnos de los diamantes que míster Lee guardaba en la caja de caudales?

—¿Diamantes? Nunca vi ninguno.

—Míster Lee guardaba una gran cantidad de piedras sin tallar. Sin duda le vio usted alguna vez jugueteando con ellas.

—¿Aquellos guijarros? Sí, le vi sacarlos en varias ocasiones. Pero no sabía que fueran diamantes. Ayer o anteayer los estaba enseñando a la señorita extranjera.

—¡Esas piedras han sido robadas! —exclamó de pronto Johnson.

—Espero que no creerá que yo las haya robado.

—No le acuso de nada, Horbury. ¿Puede decirnos algo más de este asunto?

—¿De los diamantes o del crimen?

—De las dos cosas.

Horbury reflexionó. Humedecióse con la lengua los pálidos labios y, con una mirada algo furtiva, respondió:

—Creo que no.

—¿No ha escuchado, en el curso de sus trabajos, algo que nos pueda ser de utilidad? —preguntó Poirot.

Los ojos del enfermero parpadearon.

—No, señor —respondió—. Entre míster Lee y algunos de sus familiares parecía haber cierta desunión.

—¿Qué familiares?

—Creo que el regreso de míster Harry produjo cierto disgusto a míster Alfred. Entre él y su padre hubo una discusión, pero no se habló de piedras robadas. Estoy seguro de que míster Alfred no dirá eso de su hermano.

—La entrevista con míster Lee y su hijo Alfred fue después de haberse descubierto el robo de los diamantes, ¿verdad? —preguntó Poirot.

—Sí, señor.

Poirot inclinóse hacia el enfermero.

—Tenía entendido —empezó suavemente— que usted no se había enterado del robo de los diamantes hasta que nosotros se lo comunicamos hace un momento. ¿Cómo sabe, pues, que míster Lee había descubierto el robo antes de hablar con su hijo?

Horbury se puso rojo como un ladrillo.

—Es inútil mentir —dijo Sugden—. ¿Cuándo se enteró?

De mala gana, Horbury respondió:

—Le oí hablar de ello con alguien por teléfono.

—¿No estaba usted en la habitación?

—No, señor. No pude oír gran cosa. Sólo un par de palabras.

—¿Qué fue exactamente lo que oyó? —inquirió Poirot.

—Oí las palabras «robo» y «diamantes». Luego le oí decir: «No sé de quién sospechar» y algo más acerca de esta noche a las ocho.

Sugden asintió con un movimiento de cabeza.

—Estaba hablando conmigo —dijo—. Fue a eso de las cinco y diez, ¿no?

—Sí, señor.

Cuando Horbury se hubo retirado, el coronel Johnson bostezó. Después de consultar su reloj, se puso en pie.

—Bien, creo que ya podemos dar por terminada la noche, ¿no? Pero antes de marcharnos será mejor que echemos una mirada a la caja de caudales. También sería posible que durante todo este tiempo los diamantes hubieran estado allí.

Pero los diamantes no estaban en la caja de caudales. Encontraron las cifras de la combinación donde Alfred Lee les había indicado. En la caja hallaron un maletín vacío. Entre los documentos que contenía la caja sólo había uno de interés.

Era un testamento fechado quince años antes. Después de varios legados y donaciones, la base del testamento era muy simple. La mitad de la fortuna debía pasar a manos de Alfred Lee. La otra mitad tenía que repartirse en partes iguales entre los restantes hijos: Harry, George, David y Jennifer.

CUARTA PARTE

(25 de diciembre).

Capítulo I

Bajo el brillante sol del mediodía de Navidad, Poirot entró en los jardines de Gorston Hall. La casa no tenía ninguna pretensión arquitectónica. En el extremo sur veíase una amplia terraza de piedra. En los intersticios de las losas crecían numerosas hierbas y plantas. Unos pequeños sumideros estaban dispuestos en jardines en miniatura.

Poirot los examinó aprobatoriamente, murmurando:

—

C'est
bien imaginé, ça!

A lo lejos descubrió dos figuras. Pilar era fácilmente reconocible; en cuanto a la otra, Poirot creyó, de momento, que era Stephen Farr, luego observó que el compañero de Pilar era Harry Lee. De cuando en cuando echaba hacia atrás la cabeza y soltaba una alegre carcajada.

—Ése sí que no está triste —se dijo Poirot.

Al notar un ruido a su espalda, Poirot se volvió. A su lado descubrió a Magdalene Lee. También ella miraba a Pilar y a Harry.

—¡Qué día más hermoso! —comentó, dirigiendo una deslumbrante mirada a Poirot—. Resulta difícil creer que son ciertos los horrores de ayer, ¿verdad, monsieur Poirot?

—Tiene usted razón, señora. Magdalene suspiró:

—Es la primera vez que me veo mezclada en una tragedia. Por cierto, que es muy rara la aparición de Pilar. Se presentó de repente.

—Tengo entendido que su suegro la envió a buscar. El consulado británico en Madrid le había tenido siempre al corriente de los movimientos de su hija Jennifer.

—Pues lo guardó muy secreto. Ni Alfred ni Lydia sabían nada.

—¡Ah!

Magdalene se acercó más.

—Hay algún misterio en relación con el marido de Jennifer. Murió al poco tiempo de casarse. Alfred y Lydia parece que saben la verdad. Debiéramos conocer mejor los antecedentes de la muchacha. Si su padre fue un criminal…

Magdalene hizo una pausa, pero Poirot no replicó nada. Parecía admirar la belleza de aquel día de invierno. La esposa de George continuó:

—No puedo dejar de pensar en que la muerte de mi suegro es muy significativa. No tiene nada de inglesa. Hércules Poirot volvióse lentamente hacia Magdalene, mirándola con afectada inocencia.

—¿Cree usted que se advierte la huella española?

—Los españoles son muy crueles, ¿no? Todo eso de las corridas de toros y otras cosas…

Amablemente, Poirot inquirió:

—¿Opina usted que mademoiselle Estravados degolló a su abuelo?

—¡Oh, no! —exclamó Magdalene—. Nunca he dicho semejante cosa.

—Puede que no.

—Pero, de todas formas, opino que resulta sospechosa. Por ejemplo, la forma tan furtiva que tuvo de recoger algo del suelo del cuarto, ayer noche, al descubrirse el crimen. La voz de Poirot sufrió una alteración.

—¿Dice usted que mademoiselle Estravados recogió algo del suelo al entrar en la habitación de míster Lee?

—Sí. Dirigió una rápida mirada a su alrededor, como si buscara algo, y luego lo recogió en seguida. Pero el inspector la vio e hizo que se lo diera.

—¿Sabe usted qué fue lo que recogió?

—No estaba lo bastante cerca para verlo —se excusó Magdalene —. Pero era algo pequeño.

Poirot frunció el ceño.

—Es muy interesante eso que me ha dicho.

—Sí, creí que convenía que usted lo supiera. Al fin y al cabo, nada sabemos de cómo se ha criado Pilar. Alfred es tan bueno y Lydia tiene tantas cosas que hacer… Tal vez sea mejor que vaya a

ayudarla a escribir algunas cartas.

Se separó de él, con una sonrisa, y se alejó por la terraza, dejando a Poirot sumido en profundas meditaciones.

Capítulo II

El inspector Sugden se acercó al detective.

—Buenos días —saludó bastante sombrío—. No se presta mucho el momento para desearle unas alegres Navidades.

—Mon cher collégue, realmente no observo en usted la menor alegría. ¿No ha progresado nada?

—He comprobado la verdad de muchas de las declaraciones. La coartada de Horbury es perfecta. El portero del cine le vio entrar con la muchacha y aseguró que no salió durante la representación. La muchacha que iba con él también lo afirma. Eso nos devuelve a donde estábamos antes. El crimen tiene que haber sido cometido por alguno de los que estaban en la casa. Pero ¿quién fue?

—¿No tiene nuevos datos o pistas?

—Sí, míster George Lee llamó por teléfono a Westeringham a las nueve menos dos minutos. La conferencia duró seis minutos.

—¡Ah!

—Y no hizo ninguna otra llamada a Westeringham ni a ningún otro sitio.

—Muy interesante —aprobó Poirot—. Míster George Lee afirma que estaba acabando de telefonear cuando oyó el ruido arriba, y ahora descubrimos que terminó diez minutos antes. ¿Dónde estuvo durante esos diez minutos? Su esposa afirma que fue a telefonear, pero ahora sabemos que no lo hizo. ¿Dónde estaba?

—Hace un momento estaba usted hablando con ella, ¿verdad, monsiem Poirot?

—Está en un error.

—¿Eh?

—No era yo quien hablaba con ella, sino al revés, ella conmigo.

—¡Oh! ¿Dice que ella hablaba con usted?

—En efecto. Acudió a mí con ese definitivo propósito. Deseaba poner de relieve ciertos puntos. El carácter extranjero del crimen; la

posibilidad de indeseables antecedentes en la ascendencia de mademoiselle Estravados y el hecho de que la señorita española recogiera furtivamente algo del suelo en la habitación del crimen.

—¿Eso le dijo? —preguntó Sugden con visible interés.

—Sí. ¿Qué fue lo que recogió la señorita?

—Lo que en todas las novelas policíacas resuelve el misterio —suspiró Sugden—. Si saca usted en limpio algo de ello, me retiro del servicio.

—Enséñemelo.

Sugden sacó un sobre y vació su contenido en la palma de la mano. En su rostro se dibujaba una sonrisa.

—Aquí lo tiene. ¿Qué le parece?

En la amplia palma de la mano del inspector veíase un trocito triangular de goma roja y una chapita de madera.

—Este trozo de goma debe de haber sido cortado de una esponja —comentó Poirot.

—Sí. De una esponja del cuarto de baño de míster Lee. Ha sido cortado con unas tijeras muy afiladas. Tal vez lo hizo el mismo míster Lee, aunque no comprendo por qué lo haría. En cuanto a la chapita de madera es del mismo tamaño que una ficha de póker, pero ésas generalmente las hacen de marfil.

—Es realmente muy curioso —comentó Poirot.

—Guárdelo si quiere —indicó Sugden—. A mí no me hace ninguna falta.

—No deseo privarle de su hallazgo.

—¿No le indica nada?

—En absoluto.

—¡Magnífico! —exclamó con perceptible sarcasmo el policía—. No cabe duda de que vamos progresando.

—La señora de George Lee declara que mademoiselle Pilar Estravados recogió esos objetos de una manera furtiva. ¿Es cierto?

—No… no puede decirse, exactamente, que lo hiciera así. Lo único sospechoso es que lo recogió muy de prisa. Y estoy seguro de que no se dio cuenta de que yo la había visto. Cuando le pedí que me lo entregara se sobresaltó.

—Entonces es que había algún motivo. Pero ¿cuál? Ese trozo de goma no parece haberse utilizado para nada. Y sin embargo…

—Bien, puede usted seguir preocupándose por ello —dijo

Sugden con cierta impaciencia—. Yo tengo otras cosas en qué pensar.

—¿Y qué opina usted de la situación del caso? Sugden sacó su cuaderno de notas.

—Aquí tengo hechas algunas notas que acaso le interesen. Primero he anotado los nombres de las personas que no pudieron cometer el crimen: Alfred y Harry Lee. Ambos tienen una magnífica coartada. También la señora de Alfred Lee, que fue vista por Tressilian un minuto antes de que se oyera el ruido de la lucha. Esos tres están limpios de culpa. En cuanto a los otros, aquí están sus nombres. Los he anotado así para mayor claridad.

Y Sugden tendió su cuaderno a Poirot.

EN EL MOMENTO DEL CRIMEN

George Lee…	¿Dónde estaba?
Su esposa…	¿Dónde estaba?
David Lee…	Estaba tocando el piano en la sala de música. (Su esposa confirma su declaración.)
Su esposa…	Estaba en la sala de música. (Su esposo confirma su declaración.)
La señorita Estravados…	Estaba en su dormitorio. (Nadie lo confirma.)
Stephen Farr……	Estaba en la sala de baile tocando el gramófono. (Lo confirman tres criados que estuvieron oyendo la música.)

—Como ve, George Lee pudo matar al viejo —siguió Sugden—. Su mujer también pudo matarle. También puede ser Pilar la asesina. Y también David Lee o su mujer, pero no los dos.

—Entonces, ¿no cree usted en la coartada? Sugden movió enfáticamente la cabeza.

—No puedo creer una declaración sostenida por un matrimonio que se adora. Es indudable que alguien se encontraba en la sala de música, haciendo sonar el piano, pero aunque es casi seguro que ese alguien era David, también podía ser su esposa, que estaba interpretando la Marcha Fúnebre mientras su marido subía a cometer el crimen. Es un caso completamente distinto del que tenemos en el comedor. Alfred y Harry son hermanos, pero se odian a muerte. Ninguno de ellos juraría en falso por salvar al otro.

—¿Y Stephen Farr?

—Es un posible sospechoso, ya que la coartada del gramófono es muy poco consistente. Por otra parte, pertenece a la clase de coartadas reales. Cuando es demasiado consistente hay muchas probabilidades de que haya sido preparada de antemano.

Poirot inclinó la cabeza.

—Ya entiendo —dijo pensativo—. Es la coartada de un hombre que ignora que se hallaría en la necesidad de probarla.

—Eso mismo. Además no creo que en este crimen haya intervenido ninguna mano extraña.

—Estoy de acuerdo con usted —declaró Poirot—. Se trata de un asunto de familia. Hay mucho odio en él y va a ser difícil la solución. Míster Lee no era ningún santo.

—Cierto que no. Era de esos hombres que venderían su alma al diablo y se quedarían muy satisfechos con el negocio. Era orgulloso como Lucifer.

—¡Orgulloso como Lucifer! —repitió Poirot—. Eso me da una idea.

—No creerá que le asesinaron porque era orgulloso.

—No, quiero decir que hay mucho de cierto en la herencia del carácter. Simeon Lee pudo legar su orgullo a sus hijos…

Poirot se interrumpió. Hilda Lee había salido de la casa y estaba mirando a su alrededor.

Capítulo III

—Deseaba hablar con usted, monsieur Poirot. Sugden se excusó, separándose de ellos. Viéndole alejarse, Hilda dijo:

—No sabía que estaba. Me pareció verle con Pilar. Parece un buen hombre, muy considerado.

—¿Decía usted que deseaba verme? —preguntó Poirot.

—Sí, creo que usted puede ayudarme.

—Tendré un gran placer en hacerlo.

—Usted es un hombre muy inteligente, monsieur Poirot. Lo noté ayer noche. Estoy segura de que descubrirá fácilmente ciertas cosas. Quisiera que comprendiese a mi marido.

—Usted dirá, señora.

—Al inspector Sugden no podría hablarle de eso. Él no me entendería, pero usted sí.

—Me hace usted mucho honor —declaró Poirot, inclinándose.

Hilda siguió serenamente:

—Desde que me casé con él, mi marido ha sido un desecho mental.

—¡Ah!

—Los dolores físicos pasan pronto, la carne se cicatriza y los huesos vuelven a unirse. De todo ello sólo queda algún dolorcillo, una pequeña cicatriz, pero nada más. En cambio, mi marido, monsieur Poirot, sufrió un golpe mortal en la edad peor. Adoraba a su madre y la vio morir. Consideraba a su padre culpable directo de aquella muerte. En realidad, nunca se ha recobrado de aquel golpe. Su resentimiento contra su padre nunca se debilitó. Fui yo quien logró persuadirlo de que viniera y se reconciliase con su padre. Lo hice para bien de él, para curar esa herida moral. Ahora me doy cuenta de que al venir aquí cometí un error. Simeon Lee se divirtió hurgando en aquella vieja herida. Y con ello hizo algo muy peligroso. —¿Me va usted a decir, señora, que su marido mató a su

padre?

—No, pero sí le digo que pudo haberlo hecho… Y también le diré que… no lo hizo. Cuando Simeon Lee fue asesinado, mi marido estaba interpretando la Marcha Fúnebre. El ansia de matar estaba en su corazón. Se deslizó por sus dedos y murió en ondas sonoras. Ésta es la verdad.

Poirot permaneció callado durante unos instantes. Luego dijo:

—¿Y cuál es su veredicto, señora, en el pasado drama?

—¿Se refiere a la muerte de la madre de David?

—Sí.

—Conozco lo bastante la vida para saber que no puede juzgarse un caso por sus apariencias exteriores. Para casi todo el mundo Simeon Lee fue el culpable de los sufrimientos y de la muerte de su mujer, a quien dicen que trató de una manera abominable. Al mismo tiempo creo honradamente que cierta disposición al martirio y la debilidad despiertan en el hombre de determinada clase los peores instintos. Simeon Lee estaba irritado por la paciencia de su mujer y por sus lágrimas.

—Su marido dijo ayer que su madre nunca se quejaba. ¿Es verdad eso?

—Claro que no —declaró impacientemente Hilda—. Se pasaba el día quejándose a David. Sobre sus débiles hombros descargó todo el peso de su infelicidad. Y él era muy joven, demasiado joven, para soportar todo cuanto ella quería que llevase.

Poirot la miró pensativamente.

—Ya entiendo.

—¿Qué es lo que entiende? —preguntó Hilda.

—Comprendo que usted ha tenido que hacer las veces de madre de su marido, cuando su mayor deseo hubiera sido ser simplemente su esposa.

Hilda desvió la mirada. En aquel momento, David Lee salió de la casa y dirigióse hacia ellos. Con voz clara y alegre dijo:

—¡Qué día tan hermoso! Parece primavera en vez de invierno.

En su expresión y en sus ojos se notaba vibrar la alegría.

—Vayamos al lago, Hilda —siguió.

Mientras Poirot les veía alejarse, Hilda volvióse y le dirigió una rápida mirada. En sus ojos el detective leyó ansiedad… o acaso miedo.

Lentamente, Poirot se dirigió hacia el otro extremo de la terraza, murmurando para sí:

«Siempre he dicho que soy el padre confesor. Y puesto que las mujeres acuden a confesarse más que los hombres no me extrañaría que alguna más quisiera exponerme sus preocupaciones esta mañana».

Al torcer hacia la izquierda descubrió a Lydia que avanzaba hacia él.

Capítulo IV

—Buenos días, monsieur Poirot —saludó Lydia—. Tressilian me dijo que le encontraría aquí con Harry. Prefiero haberle encontrado solo. Mi marido me ha estado hablando de usted. Sé que tiene muchas ganas de comunicarle algo.

—¿Sí? ¿Debo ir a verle ahora?

—No, aún no. Esta noche apenas ha dormido. Al fin tuve que hacerle tomar un somnífero. Aún sigue durmiendo y no quiero despertarle.

—Hace usted bien. Ya noté la noche pasada que la emoción le había trastornado mucho.

—A él le afectó más que a los otros, monsieur Poirot. Él amaba a su padre.

—Comprendo.

—¿Tiene alguna sospecha de quién puede ser el asesino?

—Tenemos algunas ideas acerca de quién no es, señora.

—¿Qué hay de Horbury? ¿Estaba en el cine, tal como dijo?

—Sí, señora. Se ha comprobado su declaración. Lydia inclinóse a arrancar una hierbecita.

—¡Eso es horrible! —exclamó—. Sólo queda… la familia.

—Exactamente.

—Monsieur Poirot, no puedo creerlo.

—Señora, usted puede creerlo y, además, lo cree. Pareció que Lydia iba a protestar. Pero se contuvo y, sonriendo, dijo:

—¡Qué hipócrita es una!

—Si usted quisiera ser franca conmigo, señora, reconocería que usted considera muy natural que uno de sus familiares asesinase a su suegro.

—Esa idea es completamente increíble, monsieur Poirot.

—Sí, pero su suegro era un hombre increíble, ¿no?

—Pobre hombre. Ahora siento pena por él. Pero cuando vivía

me molestaba mucho, no puedo negárselo a usted.

Poirot se inclinó sobre uno de los pequeños sumideros de piedra.

—Son muy ingeniosos estos jardincitos. Muy bonitos…

—Me alegro de que le gusten. Es uno de mis caprichos… ¿Le gusta este paisaje ártico con los pingüinos y el hielo?

—Encantador. Y este otro, ¿qué figura?

—El mar Muerto o, por lo menos, quiere serlo. Aún no está terminado. No lo mire. Este otro quiere ser Piana.

QUINTA PARTE

(26 de diciembre).

Capítulo I

El jefe de policía y el inspector Sugden miraron incrédulamente a Poirot. Éste colocó de nuevo un montoncito de guijarros dentro de una caja de cartón y la tendió a Sugden.

—Sí, son diamantes —declaró.

—¿Y dice que los encontró en el jardín?

—En uno de los jardincitos hechos por la señora de Alfred Lee.

—¿La esposa de Alfred Lee? —Sugden movió la cabeza—. No me parece lógico.

—¿Qué es lo que no le parece lógico? ¿Que Lydia Lee degollara a su suegro?

—Sabemos que no lo hizo —se apresuró a decir el inspector—. No es lógico que se apoderase de los diamantes.

—Realmente nadie la tomaría por una ladrona —dijo Poirot.

—Cualquiera pudo esconder los diamantes en aquel lugar.

—Desde luego. En el sitio donde los encontré había otros guijarros muy parecidos.

—No lo creo —declaró el coronel Johnson—. ¿Por qué tenía que robar esos diamantes?

—La respuesta es bastante fácil —dijo Poirot—. Pudo apoderarse de ellos para sugerir un motivo para el crimen. También podríamos decir que aunque no tomando parte activa en él sabía que el crimen iba a cometerse.

Johnson frunció el ceño:

—Todo eso es posible —dijo—. La considera usted cómplice de alguien. Pero ¿de quién? Sólo puede serlo de su marido. Y sabemos positivamente que él no pudo ser el asesino, por lo tanto toda esa teoría se viene abajo.

—Desde luego, existe la posibilidad de que mistress Lee se apoderase de los diamantes, aunque es una posibilidad un poco exagerada. En ese caso, habría preparado el jardincito aquél como

lugar ideal para esconder las piedras. Más también pudo ser elegido por el ladrón, en caso de que éste sea otra persona. Acaso le llamó la atención la similitud entre los guijarros que en él había y decidió depositar allí los diamantes hasta que se hubiera calmado un poco el revuelo originado por el crimen.

—Es muy posible —admitió Poirot.

—Sea cual sea la verdad acerca de los diamantes, estoy seguro de que míster Lee no tuvo nada que ver con el asesinato —declaró el coronel—. Recuerden que el mayordomo la vio en el salón.

—No lo he olvidado —aseguró Poirot.

El jefe de policía se volvió hacia su subordinado.

—¿Ha descubierto algo más en sus indagaciones, Sugden? —preguntó.

—Sí, señor. Ya sé por qué Horbury se asustó al oír mencionar la policía. Hace tiempo fue conducido ante los tribunales para responder de un cargo de obtener dinero por medio de amenazas. Una especie de chantaje. Le dejaron en libertad por falta de pruebas. Pero lo más probable es que fuese culpable.

—¡Hum! —gruñó el coronel—. ¿Y qué más?

—Hemos descubierto algo en la vida de la esposa de míster George Lee. Vivió con un tal comandante Jones. Pasaba por su hija, pero no era hija suya. Míster Simeon Lee, que conocía mucho a las mujeres, debió comprender la verdad y disparó al azar cuando dijo aquello. Y, por lo tanto, dio en el blanco.

—Esto hace entrar en escena otro motivo —comentó el coronel —. Tal vez Magdalene Lee temió que su suegro supiera algo de la verdad y lo descubriera a su hijo. Lo de la llamada telefónica me pareció muy burdo.

—¿Y por qué no llama al matrimonio y hace que ellos aclaren ese punto? —sugirió el inspector.

—Me parece una buena idea —replicó el coronel. Por medio del timbre llamó a Tressilian y le pidió:

—Diga a míster George Lee y a su esposa que hagan el favor de venir.

Cuando el viejo mayordomo se volvía, Poirot le dijo:

—¿No se ha cambiado la fecha del calendario de pared desde que se cometió el crimen?

—¿Qué calendario, señor? —preguntó Tressilian, volviendo la

cabeza.

—El que está en la pared.

Los tres hombres se hallaban sentados en el pequeño despacho de Alfred Lee. El calendario en cuestión era muy grande, con un bloc de hojas en cada una de las cuales iba impreso el día.

Tressilian entornó los ojos y avanzó hasta quedar a medio metro del calendario.

—Usted perdone, señor —dijo—. El calendario está al día. Hoy es veintiséis.

—¡Oh! ¿Y quién habrá arrancado las hojas?

—Míster Lee lo hace todas las mañanas. Es un caballero muy metódico.

—Ya entiendo. Muchas gracias, Tressilian.

Cuando el mayordomo se hubo retirado, Sugden inquirió, extrañado:

—¿Hay algo en ese calendario, monsieur Poirot? Encogiéndose de hombros, Poirot contestó:

—El calendario no tiene ninguna importancia. Sólo quería hacer un pequeño experimento.

Capítulo II

George Lee entró en la habitación acompañado de su esposa.

—Tengan la bondad de sentarse —invitó el coronel—. Deseo hacerles unas preguntas. Se trata de algo que no veo claro.

—Tendré un gran placer en presentarle toda la ayuda que me sea posible —aseguró George con vanidoso alarde.

—Claro, desde luego —dijo Magdalene, algo más débilmente.

El jefe de policía hizo una seña a Sugden, que prosiguió:

—Se trata de las llamadas telefónicas de la noche del crimen. Creo que usted llamó a Westeringham, ¿no, míster Lee?

—Sí —replicó fríamente George—. A mi agente electoral. Puedo hacer que él certifique…

Con un ademán, el inspector contuvo el torrente de palabras de George.

—Perfectamente, míster Lee. No se trata de eso. La llamada telefónica tuvo lugar, exactamente, a las nueve menos un minuto.

—No podría decir con toda exactitud la hora…

—Pero nosotros sí —replicó Sugden—. La policía siempre comprueba las declaraciones de los testigos. La llamada desde esta casa fue hecha a las nueve menos un minuto y terminó a las nueve y cuarto. Su padre, míster Lee, fue asesinado a las nueve y cuarto. Por ello ruego que vuelva a explicarnos detalladamente lo que hizo aquella noche.

—Ya lo he dicho. Estaba telefoneando.

—No, míster Lee, no telefoneaba usted.

—Puede que me haya equivocado. Creo recordar que después de haber llamado a Westeringham estuve pensando en la conveniencia de telefonear a otro sitio. Estaba dudando si valía la pena el gasto, cuando oí el ruido arriba.

—¿Y estuvo diez minutos debatiéndose en la duda? George enrojeció.

—¿Qué quiere usted decir? —estalló—. ¡Se necesita cinismo para decir lo que usted insinúa! ¿Es que duda de mi palabra? ¿Por… qué tengo que dar cuenta de todos mis movimientos?

—Es lo corriente —replicó Sugden sin inmutarse. George volvióse hacia el coronel.

—Coronel, ¿apoya usted esta indecorosa actitud?

—En caso de asesinato, míster Lee, estas preguntas tienen que ser hechas y contestadas sin regateo —replicó secamente el coronel.

—Ya he contestado. Estaba en esa habitación…

—¿Seguía en ella cuando se oyó el ruido arriba?

—Claro.

Johnson volvióse hacia Magdalena.

—Creo recordar, señora, que usted declaró haber estado telefoneando cuando sonó la alarma, y nos aseguró que estaba sola en la habitación.

Magdalene enrojeció intensamente. Volvióse hacia su marido, hacia Sugden y luego, suplicantemente, hacia el coronel.

—¿De veras? Realmente no recuerdo lo que dije… ¡Estaba tan trastornada…!

—Tenemos escrita su declaración —dijo Sugden.

—Yo telefoneé… claro…, pero no recuerdo exactamente cuándo lo hice.

—¿Qué significa esto? —preguntó George—. ¿Desde dónde telefoneaste? Desde aquí, no.

—Creo, mistress Lee, que usted no telefoneó —dijo Sugden—. En tal caso, ¿dónde estaba y qué hacía? Magdalene dirigió una mirada de desesperación a su alrededor y rompió en sollozos.

—¡George, no dejes que me traten así! —pidió—. Ya sabes que si me hacen tantas preguntas no sabré qué contestar y no recordaré nada. Ya no sé lo que dije aquella noche. Fue todo tan horrible… y yo estaba tan trastornada… Son tan malos conmigo…

Se puso en pie y, llorando, abandonó la habitación. George Lee estaba furioso.

—No toleraré que se asuste a mi mujer —dijo—. La pobre es muy sensible. Presentaré una moción en el Parlamento acerca de los brutales métodos que utiliza la policía.

Y salió muy furioso de la habitación dando un violento portazo.

El inspector echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada.

—¡Vaya salida! —comentó.

—Un suceso extraordinario —gruñó el coronel—. Me parece todo muy turbio. Tenemos que tomar nueva declaración a esa mujer.

—Volverá dentro de un par de minutos —aseguró Sugden—. En cuanto haya decidido lo que tiene que decir. ¿No le parece, monsieur Poirot?

Éste parecía sumido en un sueño, y al oírse llamar se sobresaltó.

—Pardon.

—Decía que la esposa de míster Lee volverá dentro de un momento.

—Es posible… sí… es muy posible…

—¿Qué le ocurre, monsieur Poirot? —inquirió Sugden—. ¿Ha visto algún fantasma?

—Tal vez sí, tal vez sí —murmuró el detective.

En aquel instante se abrió la puerta y Magdalene entró en la habitación. Respiraba agitadamente, y la sangre se le agolpaba en las mejillas. Se detuvo junto a la mesa y dijo con voz lenta:

—Mi marido cree que estoy acostada. He salido de mi habitación sin que nadie me viera. Coronel Johnson, ¿si le digo la verdad, no lo sabrá nadie? Quiero decir si será posible que no hagan pública mi declaración.

—¿Se refiere usted a algo que no tiene nada que ver con el crimen? —preguntó el jefe de policía.

—Sí, señor. No tiene nada que ver. Se trata de algo privado.

—Es mejor que nos lo cuente usted todo, sin reservas, y deje que nosotros juzguemos lo que es más conveniente.

—Bien, confiaré en usted —declaró Magdalene—. Sé que puedo hacerlo. Parece usted tan bueno. Pues… bien. Hay alguien…

—Siga usted, señora —pidió el coronel viendo que Magdalene se interrumpía.

—Quería telefonear a alguien… a un amigo mío, y no quería que George se enterase. Ya sé que hice mal, pero ésa es la verdad. Por ello, después de la cena, fui a telefonear, pensando que George estaría en el comedor. Pero al llegar a la puerta de esta habitación oí que él estaba telefoneando, y por lo tanto esperé.

—¿Dónde aguardó usted, señora?

—Detrás de la escalera hay un sitio donde se cuelgan abrigos. La

oscuridad allí es completa. Me metí en ese sitio y esperé a que George saliera. Pero no salió y al fin se oyó todo aquel ruido y entonces yo eché a correr.

—Por lo tanto, su marido no salió de esa habitación hasta el momento del crimen, ¿no? ¿Y usted se estuvo hasta las nueve y cuarto escondida detrás de la escalera?

—Sí, pero no podía decirlo. Hubieran querido saber qué hacía allá. Cometí una torpeza muy grande, ¿verdad?

—Sí, ciertamente —asintió el coronel con seco acento. Y cuando se quedaron solos, añadió, con un suspiro—: Puede que fuera como ella dice. La historia es muy posible.

—Pero tal vez no fue así —replicó Sugden—. No sabemos realmente la verdad.

Capítulo III

Lydia Lee se hallaba de pie junto a la ventana del fondo del salón. Estaba medio oculta entre los pliegues de la cortina. Un ruido en la estancia le hizo volverse sobresaltada, descubriendo a Poirot junto a la puerta.

—Me ha asustado usted, monsieur Poirot —dijo.

—Lo siento, señora. Ando sin hacer ruido.

—Creí que era Horbury.

—Es verdad. También él anda como un gato… o un ladrón —Poirot hizo una pausa y se quedó mirando atentamente a Lydia.

—Nunca me ha gustado ese hombre —declaró la esposa de Alfred, haciendo una mueca de disgusto—. Me alegraré de verme libre de él.

—Creo que hará usted muy bien, señora.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Tiene algo contra él?

—Es un hombre que recoge secretos… y los emplea en su propio beneficio.

—¿Es que sabe algo… del crimen? Poirot se encogió de hombros.

—Tiene los pies ligeros y los oídos muy finos. Tal vez ha oído algo que guarda para él.

—¿Quiere decir que tratará de hacer víctima de algún chantaje a alguno de nosotros? —preguntó Lydia.

—Cabe dentro de lo posible. Pero no ha sido eso lo que he venido a decirle.

—¿Pues qué ha venido a decirme?

—He estado hablando con su esposo, señora. Me ha hecho una proposición. Antes de aceptarla o rechazarla deseo discutirla con usted. Sin embargo, al entrar en la estancia me quedé admirado ante el maravilloso efecto que produce usted de pie junto a la cortina.

—¿Es necesario que perdamos el tiempo en cumplidos, monsieur Poirot?

—Usted perdone, señora. Pero son muy pocas las damas inglesas que tienen el sentido de la toilette. El traje que llevaba la primera noche que la vi era una maravilla de sencillez, gracia y buen gusto.

Lydia comenzaba a impacientarse.

—¿De modo que quería usted verme? Poirot adoptó una expresión más seria.

—Por lo siguiente, señora: su marido desea que me haga cargo en serio de la investigación de este crimen. Me ha pedido que me quede en la casa a fin de poder trabajar sobre el terreno.

—¿Y qué? —preguntó secamente Lydia.

—Pues que no he querido aceptar una invitación que no estuviera avalada por la dueña de la casa.

—Como es lógico, estoy de acuerdo con mi marido —declaró, con frialdad, Lydia.

—Perfectamente. Pero me hace falta algo más. ¿Verdaderamente quiere usted que me quede?

—¿Y por qué no?

—Hablemos con franqueza. Lo que yo pregunto es: ¿desea usted sinceramente que la verdad salga a relucir?

—Desde luego.

Después de pronunciar estas palabras, Lydia se mordió los labios y añadió:

—Quizá sea mejor que hablemos con franqueza. Comprendo lo que usted quiere decir. La situación no tiene nada de agradable. Mi suegro fue asesinado brutalmente, y a menos que se puedan presentar pruebas concluyentes contra Horbury, cosa que parece que no se va a lograr, resultará que el asesino es un miembro de la familia. Llevar ante los tribunales a ese culpable sería echar una mancha imborrable sobre todos nosotros. Si he de hablar con franqueza, diré que, en verdad, no deseo que eso ocurra.

—¿Prefiere que el asesino escape sin castigo?

—Creo que son muchos los asesinos insospechados que andan sueltos por el mundo.

—Desde luego.

—¿Qué importa que haya uno más?

—¿Y los demás miembros de la familia? Me refiero a los

inocentes. ¿No comprende usted que si la verdad no sale a relucir la mancha pesará sobre todos, pues ninguno dejará de resultar sospechoso?

—No había pensado en eso… —murmuró, vacilante, Lydia.

—Nadie sabrá jamás quién es el culpable… —dijo Poirot. Y añadió nuevamente—: A menos que usted ya lo sepa seguro.

—¡No diga usted eso! —exclamó Lydia—. ¡No es verdad! ¡Ah! Si al menos fuese un extraño y no un miembro de la familia.

—Puede ser ambas cosas —declaró Poirot.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que puede pertenecer a la familia… y ser al mismo tiempo un extraño. ¿No me entiende? Eh bien, es una idea que se le ha ocurrido a Hércules Poirot.

Después de un breve silencio, Poirot inquirió:

—Bien, señora, ¿qué debo contestar a su esposo? Lydia levantó las manos y luego las dejó caer en un gesto de desesperación.

—Debe usted aceptar, desde luego.

Capítulo IV

Hércules Poirot estaba examinando un retrato que acababa de descolgar de la pared cuando Pilar y Stephen aparecieron en el pasillo que conducía a la puerta del jardín.

—¡Ajá! Llegan ustedes oportunamente —dijo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Pilar.

—Estudiaba algo muy importante. La cara de Simeon Lee cuando era joven.

—¡Oh! ¿Ése es mi abuelo?

—Sí, señorita.

Pilar examinó la pintura.

—¡Qué distinto! Ahora estaba mucho más viejo y arrugado. Se parece a Harry. Tal vez como Harry debía de ser hace diez años…

—Sí, señorita, Harry Lee es el vivo retrato de su padre. En cambio… —Poirot avanzó unos pasos—. Aquí tenemos a su señora abuela… cara larga, amable, cabello rubio, suaves ojos azules…

—Igual que David —dijo Pilar.

—También se parece a Alfred —hizo notar Stephen.

—La ley de herencia es muy interesante —siguió Poirot—. Míster Lee y su mujer eran dos tipos físicamente opuestos. Casi todos los hijos se parecen a la madre. Mire aquí, señorita.

Poirot señaló el retrato de una muchacha de unos diecinueve años, de cabellos dorados y ojos grandes, azules y risueños. Se parecía a la mujer de Simeon Lee, pero había una viveza en aquellos ojos que no se encontraba en las serenas facciones de la esposa de Simeon Lee.

—¡Oh! —exclamó Pilar—. Es mi madre. —Y sacó del pecho un medallón dentro del cual se hallaba recortada la cabeza de aquella misma muchacha.

Poirot asintió. Dentro del medallón había otro retrato. Era el de un hombre joven y guapo, de cabellos negros y ojos azul oscuro.

—¿Su padre? —preguntó el detective.

—Sí, mi padre —asintió Pilar—. Era muy guapo, ¿verdad que sí?

—Sí, señorita. Pocos españoles tienen los ojos azules, ¿verdad, señorita?

—En el norte abundan bastante. Además, la madre de mi padre era irlandesa.

—De manera que tiene usted sangre española, irlandesa y británica y un poco de gitana —murmuró Poirot—. Con tales herencias, debía resultar un enemigo peligroso.

—¿Recuerda lo que dijo usted en el tren, Pilar? —preguntó Stephen—. A los enemigos hay que degollarlos. ¡Oh!

Se interrumpió, dándose cuenta, de pronto, de la importancia de sus palabras.

Hércules Poirot se apresuró a desviar la conversación.

—Tenía que pedirle algo, señorita. Su pasaporte. Mi amigo el inspector lo necesita. En este país se exigen muchas cosas a los extranjeros. Usted, según la ley, es una extranjera y tiene que someterse a esos aburridos trámites. Pilar arqueó las cejas.

—¿Mi pasaporte? Lo iré a buscar. Está en mi habitación.

Mientras caminaba junto a ella, Poirot se excusó.

—Lamento mucho molestarla, señorita.

Subieron al primer piso y al llegar a la puerta de la habitación de Pilar ésta dijo:

—Entraré a buscarlo.

Poirot y Stephen Farr se quedaron allí esperando.

—Ha sido una torpeza por mi parte decir aquello —se lamentó Stephen Farr.

Poirot no replicó. Tenía la cabeza inclinada a un lado, escuchando. Al fin dijo:

—A los ingleses les encanta extraordinariamente el aire fresco. Mademoiselle Estravados debe de haber heredado esa característica.

—¿Por qué?

—Pues porque, a pesar de que hoy el día es sumamente frío, mademoiselle Estravados acaba de abrir la ventana. Es increíble que ame tanto estar en contacto con el aire puro.

De pronto oyóse una exclamación en español y Pilar reapareció, riendo.

—¡Qué torpe soy! —exclamó—. Mi maleta está junto a la

ventana y con las prisas se me ha caído el pasaporte por el alféizar. Está abajo, entre las flores. Iré a buscarlo.

—Iré yo —se ofreció Stephen; pero Pilar se había adelantado ya.

Stephen Farr pareció inclinado a seguirla, pero el detective le agarró del brazo diciéndole:

—Vayamos por aquí.

Siguieron hacia el fondo de la casa, hasta llegar al final de la amplia escalera principal.

—No bajemos aún —dijo Poirot—. Si quiere usted acompañarme hasta la habitación del crimen le preguntaré algo.

Atravesaron el pasillo que conducía al cuarto de Simeon Lee. A la izquierda vieron un espacio entrante dentro del cual había dos ninfas de mármol cubriéndose con sus ropas. Todo ello muy del siglo pasado.

Stephen Farr les dirigió una mirada y murmuró:

—De día resultan horribles. La otra noche me pareció que había tres estatuas. Por fortuna sólo hay dos.

—No son modernas —reconoció Poirot—. Pero, sin duda, en otros tiempos costaron un dineral. De noche están mucho mejor.

—Sí, entonces uno no ve más que una figura brillante.

—De noche todos los gatos son pardos —dijo Poirot. En la habitación encontraron a Sugden. Estaba arrodillado junto a la caja de caudales y la examinaba con una lupa. Al oírles entrar levantó la cabeza.

—La abrieron con la llave —dijo—. Alguien que conocía la combinación. No se descubre ninguna señal de violencia.

Poirot se acercó al inspector y le dijo algo al oído. Sugden asintió con la cabeza y salió de la habitación.

Poirot se volvió hacia Stephen Farr, cuya mirada se hallaba fija en el sillón donde se había sentado Simeon Lee. Tenía el ceño fruncido, y las venas se le marcaban en relieve en la frente. Poirot le miró en silencio, y al cabo de unos minutos dijo:

—¿Le asaltan a usted recuerdos?

—Sí. Hace dos días estaba ahí, sentado, vivo. En cambio, ahora…

Luego, alejando con un movimiento de cabeza aquellas ideas, añadió:

—¿No dijo usted que quería preguntarme algo, monsieur Poirot?

—¡Ah, sí! Creo que fue usted la primera persona que llegó aquí aquella noche, ¿verdad?

—No recuerdo. Pero no. Me parece que una de las señoras llegó antes.

—¿Qué señora?

—La señora de George o la de David.

—Me parece que dijo usted que no había oído el grito, ¿verdad?

—No estoy seguro. De todas formas oí un grito, pero debió de ser alguien que estaba abajo.

—¿Oyó un grito así? —preguntó Poirot echando hacia atrás la cabeza y soltando un estridente chillido.

Fue tan inesperado que Stephen se echó hacia atrás y estuvo a punto de caer. Enfadado, dijo:

—¿Es que quiere asustar a toda la casa? No, no oí nada que se pareciese a eso. Va a hacer saltar los nervios de todos los de la casa. Se creerán que se ha cometido otro crimen.

—Es verdad —dijo—. Ha sido una tontería.

Salió de la habitación a toda prisa. Lydia y Alfred se hallaban al pie de la escalera, mirando hacia arriba.

George se les reunió y Pilar entró en aquel momento con su pasaporte en la mano.

—No es nada —declaró Poirot—. No se alarmen. Ha sido un experimento. Nada más.

Alfred se mostró disgustado y George lleno de indignación. Poirot dejó que Stephen explicara a los demás lo ocurrido y dirigióse a toda prisa hacia el otro extremo de la casa. Al llegar a la habitación de Pilar vio salir de ella a Sugden.

—¿Eh bien? —preguntó Poirot.

—No se ha oído absolutamente nada —declaró el policía, mirando significativamente a Poirot.

Capítulo I

—¿Acepta usted, monsieur Poirot? —preguntó Alfred Lee.

Mientras hablaba se llevó nerviosamente la mano a la boca. En sus ojos había febril excitación. Al hablar tartamudeaba ligeramente. Lydia le miraba con cierta ansiedad.

—No sabe usted lo que eso significa para mí —siguió Alfred—. El asesino de mi padre debe ser descubierto.

—Puesto que me dice usted que ha reflexionado bien sobre ello, míster Lee, acepto su proposición —dijo Poirot—. Pero tenga en cuenta que no podrá volverse atrás. Yo no soy de esos perros a quienes se lanza sobre una pista y luego se les quiere hacer retroceder porque la caza que levantan no es del agrado del amo.

—Claro, claro. Todo está ya preparado. Su dormitorio… Estése aquí todo el tiempo que desee.

—No les molestaré mucho tiempo —aseguró gravemente el detective.

—¿Cómo?

—Digo que no tardaré mucho en descubrir la verdad. Este crimen se mueve en un círculo tan restringido que no puede pasar mucho tiempo sin que se descubra la verdad. Es más; creo que el fin está muy próximo.

—¡Imposible! —exclamó Alfred Lee.

—No lo crea. Todos los hechos señalan más o menos directamente en una dirección. Sólo falta por aclarar algún detalle insignificante. Cuando eso se haya logrado relucirá la verdad.

—¿Quiere decir que ya sabe…? —preguntó Alfred, incrédulamente.

—¡Oh, sí! —Sonrió Poirot—. Ya sé.

—¡Mi padre… mi padre! —exclamó Alfred, volviéndose hacia la puerta.

—Tengo que pedirle dos cosas, míster Lee —dijo Poirot.

Con voz opaca, Alfred Lee replicó:

—Lo que usted quiera… lo que usted quiera.

—En primer lugar, quisiera que se colocase en la habitación que me ha sido destinada el retrato de Lee cuando era joven.

Alfred y Lydia miraron al detective.

—¿El retrato de mi padre? —preguntó Alfred—. ¿Para qué?

Con un leve encogimiento de hombros, Poirot replicó:

—Pues… para inspirarme.

—¿Es que pretende descubrir el crimen por medio del espiritismo? —preguntó Lydia.

—Digamos que no sólo pienso utilizar los ojos del cuerpo, sino también los del cerebro. Y ahora, míster Lee, me gustaría saber exactamente en qué circunstancia murió Juan Estravados, el marido de su hermana.

—¿Es eso necesario? —preguntó Lydia.

—Necesito conocer la verdad de todo.

—A causa de una pelea por una mujer, Juan Estravados mató a un hombre —dijo Alfred.

—¿Cómo lo mató?

Alfred dirigió una mirada suplicante a Lydia. Ésta replicó:

—Le apuñaló. Como la pelea fue provocada por la víctima, Juan Estravados fue condenado a dos años de cárcel y murió en ella.

—¿Sabe su hija la verdad?

—Creo que no.

—No, Jennifer nunca se lo dijo —afirmó Alfred.

—Muchas gracias.

—¿Cree usted que Pilar…? —preguntó Lydia—. ¡Es absurdo!

—Ahora, míster Lee, le agradecería que me dijera algo acerca de su hermano Harry.

—¿Qué desea usted saber?

—Creo que le consideran como una vergüenza para la familia, ¿no? ¿Por qué?

—Es un suceso ya muy viejo —dijo Lydia. Con el rostro enrojecido, Alfred contestó:

—Si quiere usted saberlo, monsieur Poirot, robó una gran cantidad de dinero falsificando la firma de mi padre en un cheque. Como es natural, mi padre no le llevó a los tribunales. Harry siempre ha sido así. Por todo el mundo se ha metido en líos.

Siempre enviando cablegramas pidiendo dinero para salir de algún apuro. Ha salido de una cárcel para meterse en otra.

—Eso no lo sabes, Alfred —advirtió Lydia.

—¡Harry no es bueno! —exclamó Alfred—. ¡No lo ha sido nunca!

—Veo que no se quieren mucho —comentó Poirot.

—Mi padre fue una víctima suya —declaró Alfred. Lydia lanzó un impaciente suspiro. Poirot, al oírlo, volvió la cabeza hacia ella.

—Si al menos se encontrasen esos diamantes —dijo—. Estoy segura de que en ellos está la solución del problema.

—Ya han sido hallados, señora —anunció Poirot.

—¿Qué?

—Fueron encontrados en su jardín del Mar Muerto…

—¿En mi jardín? ¡Qué cosa tan extraordinaria!

—Sí que lo es, señora —asintió Poirot.

SEXTA PARTE

(27 de diciembre).

Capítulo I

Míster Carlton carraspeó y procedió a la lectura del testamento a todos los miembros de la familia reunidos a su alrededor. Leía con evidente placer, deteniéndose en los pasajes de más oscura fraseología y saboreando sus complicaciones técnicas.

Llegó al fin, se quitó los lentes y, después de limpiarlos con un pañuelo, dirigió una mirada a sus oyentes, como invitándoles a hacer las preguntas que creyeran pertinentes.

—Todas esas frases legales son difíciles de comprender —dijo Harry—. ¿No podría explicarnos su significado de una manera más sencilla?

—Sin embargo, es un testamento muy fácil —declaró míster Carlton.

—¡Dios mío! —exclamó Harry Lee—. Pues, ¿cómo serán los difíciles?

El notario le dirigió una fría mirada.

—El testamento es muy sencillo. La mitad de las propiedades de míster Lee, pasan a su hijo, míster Alfred. El resto debe dividirse entre los restantes hijos.

Harry soltó una desagradable carcajada.

—Como de costumbre, Alfred ha tenido suerte —dijo—. ¡La mitad de la fortuna de mi padre! No está mal.

Alfred enrojeció e Hilda se apresuró a intervenir.

—Alfred se portó como un hijo leal con su padre. Durante muchos años él ha llevado el peso de los negocios, y suya ha sido toda la responsabilidad.

—Sí, ya lo sé. Alfred siempre ha sido un buen muchacho.

—Puedes darte por dichoso —replicó Alfred—. Mi padre no debía de haberte dejado nada.

Harry soltó una carcajada, echando hacia atrás la cabeza.

—Te hubiera gustado mucho más, ¿no?

Míster Carlton carraspeó. Estaba ya muy habituado a aquellas desagradables escenas que seguían a la lectura de los testamentos. Deseaba marcharse antes de que la pelea familiar llegara a su punto culminante.

—Creo que esto es todo —dijo levantándose—. Me…

—¿Y qué hay de Pilar? —preguntó Harry.

Míster Carlton volvió a carraspear.

—Su nombre no figura en el testamento —dijo.

—Pero ¿no le corresponde la parte de su madre?

—Si la señora Estravados hubiera vivido, habría compartido con los demás hermanos la fortuna —explicó el notario—. Más habiendo muerto, su parte pasa a engrosar la de los otros.

—Entonces…, ¿no me toca nada? —preguntó Pilar.

—Nosotros cuidaremos de ti, querida —se apresuró a decir Lydia.

George Lee intervino.

—Podrás vivir aquí, con Alfred, ¿no, Alfred? Eres nuestra sobrina… y es nuestra obligación cuidar de ti. —Nosotros tendremos un gran placer en que Pilar viva con nosotros— dijo Hilda.

—Debiera recibir su parte —dijo Harry.

—Bueno… yo… tengo que marcharme —dijo el notario—. Si necesitan consultarme…

Y se alejó apresuradamente. Su experiencia le anunciaba que allí estaban dispuestos todos los ingredientes para una buena pelea familiar.

Al cerrarse tras él la puerta, Lydia dijo con voz clara.

—Estoy de acuerdo con Harry. Creo que Pilar merece la parte de su madre. El testamento fue redactado muchos años antes de la muerte de Jennifer.

—Tonterías —gruñó George—. Ésa es una manera de pensar muy ilegal, Lydia. La ley es la ley. Debemos atenernos a ella.

—Es pura mala suerte —intervino Magdalene—. Todos lamentamos lo que le ha ocurrido a Pilar, pero George tiene razón. La ley es ley.

Lydia se puso en pie y tomó la mano a Pilar.

—Todo esto debe de ser muy desagradable para ti. Sal un momento, mientras arreglamos esto. Y no te preocupes. Yo cuidaré

de que todo se resuelva bien.

Entretanto, la discusión entre Harry y George se había agriado hasta llegar al insulto personal.

—¿Es que no podemos discutir con menos gritos? —preguntó Hilda, levantando ligeramente la voz.

Lydia le dirigió una mirada de agradecimiento.

—¿Por qué hablar de cosas tan desagradables como el dinero? —se lamentó David.

—Nos estamos portando como chiquillos —insistió Hilda—. Alfred, tú eres el cabeza de familia…

Alfred pareció despertar de un sueño.

—Tanto grito me confunde las ideas —dijo. Lydia intervino:

—Alfred debe hablar primero, puesto que es el mayor de todos. ¿Qué crees que se debe hacer con Pilar?

—Desde luego debe quedarse aquí —declaró Alfred—. Y debemos hacerle un legado. Claro que no tiene ningún derecho al dinero que correspondía a su madre. Debemos recordar que no es una Lee, que es española.

—Puede que legalmente no pueda reclamar nada —dijo Lydia—. Pero moralmente le corresponde una parte de la fortuna. Según el testamento, Harry, David, George y Jennifer debían recibir cada uno una parte igual de la fortuna. Jennifer murió el año pasado. Estoy segura de que cuando nuestro padre llamó a míster Carlton lo hizo con intención de incluir a Pilar en el testamento. Incluso es muy posible que hubiera hecho mucho más por ella. Debemos recordar que es la única nieta. Y lo menos que podemos hacer es reparar la injusticia que nuestro padre iba a borrar.

—Muy bien, Lydia —declaró Alfred—. Estaba equivocado. Creo, como tú, que Pilar debe recibir la parte de Jennifer.

—¿Y tú qué dices? —preguntó Lydia a Harry—. También estoy de acuerdo, Lydia; has expuesto muy bien el caso.

—¿Y tú, George? —siguió preguntando Lydia.

—¡De ninguna manera! Que se le disponga un hogar y se le pase una pensión decente para vestirse. Creo que ya es bastante.

—¿Te niegas a cooperar? —preguntó Alfred.

—Sí.

—Y haces muy bien —intervino Magdalene—. Ya es una vergüenza que su padre no le dejara una mayor cantidad, puesto

que es el único de todos que ocupa un lugar importante en el mundo.

—¿Y tú, David? —inquirió Lydia.

—Creo que tienes razón —contestó David—. Es una lástima que por una cosa así se entable una discusión tan desagradable.

—Bien, de toda la familia sólo George se niega a ayudar —dijo Harry—. Está en minoría.

—No se trata de mayorías ni menorías —dijo George—. Mi parte de la herencia es absolutamente mía. De ella no cederé ni un penique.

—Si quieres librarte de hacer una buena obra, nadie te obligará —dijo Lydia—. Los demás cubriremos tu parte. Al salir de la habitación, Hilda y Lydia quedaron rezagadas. Cuando salieron al vestíbulo descubrieron a Magdalene junto a la mesita, con un paquete entre las manos.

—Debe de ser algo que monsieur Poirot compró en el pueblo —dijo mirando a sus cuñadas—. Me gustaría saber qué hay dentro.

Miró a derecha e izquierda, y luego, riendo, abrió un poco el paquete.

—Echaré sólo un vistazo —dijo.

De pronto Lydia e Hilda, que se iban a retirar, se detuvieron, asombradas ante lo que Magdalene sostenía con los dedos.

—Es un bigote postizo —dijo Magdalene—. Pero… ¿Por qué…?

—¿Un disfraz? Pero… —empezó Hilda. Lydia terminó la sentencia:

—Pero monsieur Poirot posee un magnífico bigote natural.

Magdalene rehízo el paquetito.

—No lo entiendo —declaró—. ¿Por qué habrá comprado monsieur Poirot un bigote postizo?

Capítulo II

Cuando Pilar salió del salón encontró a Stephen Farr.

—¿Ya ha terminado el cónclave familiar? —preguntó éste—. ¿Se ha leído el testamento?

—No me han dejado nada —explicó Pilar—. El testamento fue redactado hace años. Mi abuelo dejaba dinero a mi madre, pero como ella está muerta, el dinero vuelve a la familia. Claro que si él hubiese vivido hubiera hecho un nuevo testamento y me hubiera dejado mucho dinero. Tal vez, incluso, me lo hubiese dejado todo.

—Lo cual no hubiera estado bien, ¿verdad? —Sonrió Stephen.

—¿Y por qué no?

—Es usted una buscadora de oro, una vampiresa.

—El mundo es muy cruel con las mujeres —afirmó Pilar—. Tenemos que cuidar de nosotras mismas mientras somos jóvenes. Cuando somos viejas y feas no le importamos nada a nadie.

—Bueno, no se preocupe, Pilar. Seguramente los Lee cuidarán de usted.

—Lo cual no será nada agradable —declaró la muchacha.

—No, ciertamente. No puedo imaginármela viviendo aquí, Pilar. ¿No le gustaría ir a África del Sur? Allí hay mucho sol y mucha tierra. También hay mucho trabajo. ¿Le gusta trabajar?

—No sé.

—¿Preferiría sentarse en un balcón, sin hacer nada en todo el día, y engordar hasta no caber en el sillón, y tener una triple papada?

Pilar se echó a reír.

—Me alegro de haberla hecho reír —dijo Stephen.

—Creí que en estas Navidades me divertiría mucho. En los libros que he leído acerca de las Navidades inglesas se dice que son muy alegres, que se come plum pudding envuelto en llamas y muchas cosas buenas por el estilo. —Para eso le hubiera hecho falta una

Navidad que no estuviera complicada con ningún crimen. Entremos un momento en la despensa, donde se guardan todas las cosas que están destinadas a esta Navidad. Ayer me la enseñó Lydia.

Entraron en una pequeña habitación que casi era un armario y en ella se veían amontonadas cajas de sorpresas, de frutas secas, de naranjas, dátiles.

—Mire, aquí están los globitos a punto de ser reventados —explicó Stephen.

—¿Puedo hacer estallar uno? —preguntó Pilar con los ojos brillantes—. Estoy segura de que Lydia no se enfadará. Me encantan los globitos.

—¡Qué chiquilla! Tenga. ¿Cuál quiere?

—Me gustaría uno rojo.

Hincharon un par de globos de goma y salieron al pasillo a jugar con ellos.

Cuando Poirot entró, los halló en el vestíbulo, tirándose los globos y riendo. Con una indulgente mirada, les preguntó:

—¿Juegan ustedes a jeux
d'enfants
? Es muy bonito. Pilar dijo casi sin aliento:

—Mi globo es el rojo. Es más grande que el de él. Mucho más grande. Si saliéramos al jardín lo haría subir hasta el cielo.

—Soltémoslos fuera y deseemos algo —propuso Stephen.

—¿Por qué?

Pilar corrió al jardín, seguida de Stephen y Poirot.

—Desearé mucho dinero, globito —anunció Pilar. Y dejó que el viento arrebatase el globito.

—No hay que decir el deseo —rió Stephen.

—¿Por qué?

—Pues porque entonces no se cumple. Ahora desearé yo.

Stephen soltó un globo, pero con menos suerte que Pilar. Flotó un momento en el aire y al fin fue a dar contra un arbusto, estallando.

La muchacha corrió hacia él.

—¡Se ha reventado! —exclamó trágicamente. Luego, mientras pisaba con la punta del pie los restos del globito, dijo—: Esto fue lo que recogí en la habitación del abuelo. También él tenía un globito.

Poirot lanzó una exclamación. Pilar volvióse hacia él; Poirot

dijo:

—No ha sido nada. He tropezado —volvióse hacia la casa y murmuró—: ¡Tantas ventanas! Una casa tiene sus ojos y sus oídos. Es una lástima que los ingleses sean tan aficionados a tener las ventanas abiertas.

En aquel momento Lydia apareció en la terraza.

—El almuerzo está servido —anunció—. Pilar, todo ha sido arreglado satisfactoriamente. Luego Alfred te explicará, todos los detalles.

Los cuatro entraron en la casa. Poirot fue el último. En su rostro se reflejaba una grave expresión.

Capítulo III

Cuando terminó el almuerzo, Alfred le dijo a Pilar:

—¿Quieres acompañarme a mi despacho? Quiero decirte algo.

La guió hasta su estudio, y cerró la puerta tras sí. Los demás se dirigieron al salón. Sólo Hércules Poirot permaneció en el vestíbulo, mirando pensativamente la puerta cerrada del estudio.

En aquel momento, Tressilian se acercó a él.

—Quisiera hablar con míster Lee —dijo el viejo mayordomo—. Pero no me atrevo a molestarle.

—¿Ha ocurrido algo? —inquirió el detective.

—Una cosa muy rara, señor. Una cosa que no tiene sentido.

—Cuéntemela.

—Pues… —el mayordomo vacilaba—. ¿Se ha fijado el señor en las balas de cañón que hay a los lados de la puerta principal, en la parte de fuera? Son dos grandes bolas de piedra… Pues… una de ellas ha desaparecido.

Poirot arqueó las cejas.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Esta mañana estaban allí las dos. Yo lo juraría. El rostro de Poirot se ensombreció.

—¿Quién puede tener interés en robar una cosa así, señor?

—No me gusta nada de eso —musitó Poirot. Tressilian le observaba ansiosamente.

—¿Qué le ocurre a esta casa, señor? —preguntó al fin—. Desde que el señor murió no parece la misma. Me hace el efecto de que estoy soñando. Confundo las cosas y las personas. Soy demasiado viejo para mi trabajo.

—Ánimo, ánimo —le dijo Poirot, dándole unas palmadas en la espalda.

—Muchas gracias, señor. Pero realmente soy ya demasiado viejo. Siempre estoy pensando en los tiempos pasados, en las viejas

caras. Cuando pienso en miss Jennifer, en míster David y en míster Alfred, me los imagino como cuando eran jóvenes. Desde aquella noche en que míster Harry volvió…

—Sí, en eso estaba pensando —sonrió Poirot—. Dice usted que confunde las cosas desde que su amo fue asesinado. Pero la cosa empezó antes. Desde que míster Harry volvió a casa, ¿verdad?

—Tiene usted razón, señor. Fue entonces. El joven Harry siempre trajo el dolor y los disgustos a esta casa… Pero ¿quién pudo haber robado la bala? Parece que la locura anda suelta por esta casa.

—No es locura, Tressilian, es juicio. Alguien está en peligro, Tressilian, en un grave peligro.

En aquel momento se abrió la puerta del estudio y salió Pilar con las mejillas encendidas. Tenía la cabeza erguida y brillantes los ojos.

Al acercarse a Poirot, exclamó golpeando el suelo con el pie.

—¡No lo aceptaré!

Poirot arqueó las cejas.

—¿Qué es lo que no aceptará, señorita? —preguntó.

—Alfred acaba de decirme que recibiré la parte de herencia que correspondía a mi madre.

—¿Y qué?

—Me dijo que la ley no me reconocía el derecho. Pero él, Lydia y los demás decidieron que debía recibir esa fortuna. Dicen que lo hacen por justicia.

—¿Y qué? —volvió a preguntar Poirot. Pilar golpeó nuevamente el suelo.

—¿No lo comprende? Me lo dan… me lo dan.

—¿Y eso hiere su orgullo? Desde el momento en que dicen que es de justicia, le corresponde…

—Es que usted no comprende, monsieur Poirot…

—Al contrario, lo comprendo muy bien.

—¿Eh?

Alguien llamó a la puerta. Poirot volvió la cabeza y a través de los cristales reconoció la silueta de Sugden.

—¿Adónde iba usted? —preguntó a Pilar.

—Al salón, a reunirme con los demás.

—Muy bien —replicó el detective—. Quédese con ellos. No se

aparte de sus parientes y no deambule por la casa. Sobre todo, después de hacerse de noche. Vaya precavida. Corre usted un gran peligro, mademoiselle. Jamás ha estado tan en peligro como hoy.

Poirot se separó de Pilar y fue al encuentro de Sugden. Cuando el mayordomo se hubo alejado, el inspector tendió un papel a Poirot. Era un cablegrama.

—¡Ya lo tenemos! —exclamó—. Lea esto. Es de la policía sudafricana.

El cablegrama decía:

«El único hijo de Ebenezer Farr murió hace dos años».

Capítulo IV

Pilar entró en el salón con la cabeza muy erguida y se dirigió hacia donde estaba Lydia, ocupada en hacer punto. —Lydia— dijo—. He venido a decirle que no aceptaré ese dinero. Me marcho ahora mismo…

Lydia la miró extrañada.

—Pero, hijita —dijo—. Alfred no se habrá sabido explicar. No se trata de ninguna limosna, si es eso lo que tú crees. No se trata de bondad por nuestra parte. No es más que cumplir con un deber. Si las cosas hubieran ido, como debían, tu madre habría heredado la suma, y de sus manos hubiera pasado a las tuyas. Es tu derecho de sangre. Por lo tanto, es un deber de justicia, no de caridad.

—Por eso no puedo aceptarlo —replicó Pilar—. Oyéndoles hablar así y viendo cómo se portan conmigo, no puedo aceptarlo. Cuando vine aquí, lo hice pensando correr una aventura divertida. Ahora lo han estropeado todo. Me marcho en seguida y no volveré a molestarles nunca más…

Los sollozos entrecortaron sus palabras. Volviéndose, salió del salón.

—Nunca creí que se lo tomara de esa forma —declaró Lydia, muy abatida.

—Parece muy trastornada —comentó Hilda.

—Ya dije yo que no debía hacerse —declaró George. Hércules Poirot y Sugden entraron en el salón. El inspector dirigió una mirada a su alrededor, preguntando:

—¿Dónde está míster Farr? Necesito hablar con él. Pero antes de que nadie pudiera responder, Poirot inquirió:

—¿Dónde está mademoiselle Estravados?

Con acento de maligna satisfacción, George Lee contestó:

—Ha dicho que se marchaba. Se ve que está ya harta de sus parientes ingleses.

Poirot dio media vuelta.

—Vamos —dijo a Sugden.

Cuando los dos hombres salían al vestíbulo oyóse un lejano estrépito y un grito.

—¡Pronto! ¡Vamos! —apremió Poirot.

Subieron de dos en dos los escalones de la escalera que conducía a la habitación de Pilar. La puerta estaba abierta. Un hombre se hallaba en el umbral. Al oírles llegar, volvió la cabeza. Era Stephen Farr.

—Está viva —dijo.

Pilar estaba pegada contra la pared de su cuarto, con la mirada fija en una gran bala de cañón que se hallaba en el suelo.

—Estaba encima de la puerta —explicó—. Me hubiera caído en la cabeza al entrar. Por suerte, se me enganchó la falda en un clavo y al abrir la puerta caí hacia atrás.

Poirot se arrodilló para examinar el clavo, en el que se veía un trozo de la falda de Pilar.

—Este clavo le ha salvado la vida, señorita —dijo.

—¿Qué significa esto? —preguntó el inspector.

—Pues que alguien ha intentado matarme —explicó Pilar.

—Una trampa muy sencilla, pero muy eficaz —comentó el policía—. Es el segundo crimen que se proyecta en esta casa. Pero esta vez ha fallado.

Pilar juntó las manos.

—¡Virgen Santísima! —exclamó—. ¿Por qué han querido matarme?

—En lugar de eso, debiera usted preguntarse qué es lo que sabe —dijo Poirot.

—Pero… si no sé nada.

—Está usted en un error. Dígame, mademoiselle Pilar, ¿dónde estaba usted en el momento del crimen? No se encontraba en esta habitación, ¿verdad?

—Sí, señor. Ya se lo dije.

Con ridícula suavidad, el inspector replicó:

—Pero al decir eso no dijo la verdad, señorita. Nos aseguró que había oído el grito de su abuelo, pero desde aquí no podía haberlo oído. Monsieur Poirot y yo hemos hecho la prueba.

—¡Oh! —exclamó Pilar.

—Estaba usted en algún lugar mucho más cercano a la habitación de su abuelo —dijo Poirot—. Y le diré dónde estaba. Se encontraba entre las dos estatuas del pasillo, junto a la puerta del cuarto de su abuelo.

Pilar se mostró sobresaltada.

—Pero…, ¿cómo lo ha sabido? —preguntó. Con una leve sonrisa, Poirot contestó:

—Míster Farr la vio allí.

—¡Mentira! —exclamó Stephen—. No la vi.

—Usted perdone, míster Farr, pero usted la vio —dijo Poirot—. Recuerde su impresión de que había tres estatuas en lugar de dos. Sólo una persona vestía aquella noche un traje blanco: mademoiselle Estravados. Ella fue la tercera figura que vio. ¿No es verdad, mademoiselle? Después de breve vacilación, Pilar respondió:

—Sí, es verdad.

—Ahora cuéntenos toda la verdad —pidió el detective—. ¿Por qué estaba usted allí?

—Después de cenar salí del salón y pensé en ir a ver a mi abuelo. Creí que eso le gustaría. Pero al desembocar en el pasillo vi que había alguien delante de la puerta. Como no quería que me vieran, pues mi abuelo había dicho que no quería ver a nadie, me metí entre las estatuas, por si acaso la persona aquella se volvía.

»De pronto empezaron a sonar ruidos terribles de mesas y sillas que se caían. No me moví, pues estaba terriblemente asustada. Luego sonó aquel terrible grito —Pilar se persignó—. El corazón me dejó de latir. Me dije: “Alguien ha muerto”.

—¿Qué más?

—Empezó a llegar gente por el pasillo, y yo me mezclé.

—¿Por qué no nos dijo eso cuando la interrogamos por primera vez? —inquirió Sugden.

—A la policía vale más no decirle muchas cosas —repuso Pilar, moviendo la cabeza—. Si hubiera dicho que estuve tan cerca de la puerta habrían sospechado de mí. Por eso dije que no me moví de mi cuarto.

—Si continúa diciendo mentiras acabará por despertar sospechas, señorita —declaró Sugden.

—Pilar, ¿a quién vio junto a la puerta del cuarto de su abuelo?

—pidió Stephen.

—No sé quién era —replicó Pilar, después de breve vacilación—. Lo que sí puedo decir es que era una mujer.

Capítulo V

Sugden dirigió una mirada al círculo de caras. Con acento casi irritado, afirmó:

—Eso es ilegal, monsieur Poirot.

—Es una idea que se me ha ocurrido —replicó el detective—. Quiero compartir con todos los demás las cosas que he aprendido. Para empezar, creo que míster Farr tiene que darnos alguna explicación.

—Yo hubiera elegido un lugar menos concurrido —refunfuñó Sugden—. Sin embargo, no tengo nada que objetar —tendió el cablegrama a Stephen Farr—. Ahora, míster Farr, como usted dice que se llama, tal vez pueda explicarnos esto.

Stephen tomó el cablegrama y empezó a leerlo en voz alta, arqueando las cejas. Luego, con una profunda inclinación, lo devolvió al inspector.

—Sí —reconoció—. Es muy condenador, ¿no?

—¿Eso es todo lo que tiene que decirnos? —gruñó.

—Sugden, debo advertirle que no tiene ninguna obligación de contestar esa pregunta.

—No hace falta que me prevenga —le interrumpió Farr—. Les daré en seguida una explicación. No es muy convincente, pero es la pura realidad. —Hizo una pausa y comenzó—: No soy el hijo de Ebenezer Farr, pero conocí perfectamente a los dos. Ahora pónganse ustedes en mi lugar. Y, a propósito, mi nombre es Stephen Grant. Llegué a este país por primera vez en mi vida. Mientras viajaba en el tren vi a una muchacha. No me andaré con rodeos y diré francamente que me enamoré de ella. Era la criatura más hermosa que he visto en el mundo. Al salir del compartimiento vi su equipaje y leí adónde iba. Conocía, por referencias, Gorston Hall y a su propietario. Era el antiguo socio de Ebenezer.

»Bien; se me ocurrió la idea de venir a Gorston Hall. Como dice

el cable, el hijo de Eb murió hace dos años, pero el viejo Ebenezer me había dicho que hacía muchísimo tiempo que no tenía noticias de Simeon Lee y, por lo tanto, éste no podía saber nada de la muerte del hijo de su viejo socio. Por todo ello decidí que valía la pena hacerme pasar por el muerto y volver a ver a la joven del tren.

—Sin embargo, no lo decidió en seguida —dijo Sugden—. Pasó dos días en una posada de Addlesfield. —Vacilaba en hacerlo o no. Al fin me decidí y todo salió perfectamente. Ya sé que está mal, pero, señor inspector, recuerde cuando usted estuvo enamorado y verá cómo hubiera sido capaz de cometer muchas locuras semejantes. Como ya he dicho, me llamo Stephen Grant. Pueden pedir informes míos a África del Sur: verán cómo les contestan que soy un ciudadano respetable. No soy un estafador ni un ladrón de joyas.

—Nunca he creído que usted lo fuera —declaró Poirot. Sugden se acarició pensativamente la barbilla.

—Tendré que comprobar la veracidad de esa historia —dijo—. De todas formas, ¿por qué, después del crimen, no nos dijo usted la verdad en lugar de contarnos todo ese montón de mentiras?

—Porque fui un idiota —declaró ingenuamente Stephen—. Creí que podría seguir con la comedia. Pensé que me comprometería mucho declarar que me hallaba aquí bajo un nombre supuesto. Si no hubiera sido un idiota, habría comprendido que ustedes cablegrafiarían a África del Sur.

—Bien, míster Farr… digo Grant —carraspeó Sugden—. No digo que no crea su historia. Pronto se demostrará si es verdad.

Miró interrogadoramente a Poirot y éste dijo:

—Creo que mademoiselle Estravados tiene algo que decir.

Pilar se había puesto muy pálida. Casi sin aliento declaró:

—Es verdad. Nunca lo hubiera dicho a no ser por Lydia y por el dinero. Estar aquí, vivir bien, tener una casa lujosa, todo ello era agradable y divertido. Pero cuando Lydia me habló del dinero y me dijo que legalmente me correspondía, entonces la cosa ya no fue divertida. El asunto era mucho más serio.

—No te entiendo, chiquilla —dijo Alfred Lee. Pilar continuó:

—Usted cree que soy su sobrina Pilar Estravados, ¿verdad? Pues no lo soy. Pilar murió en un bombardeo cuando viajaba conmigo en auto. La bomba estalló a muy poca distancia del coche y la mató en

el acto. Yo no sufrí ningún rasguño. Ella y yo éramos bastante amigas, me había confiado todo lo de su familia, y de que su abuelo, que era muy rico, la hacía ir a Inglaterra. Yo era pobre, no sabía adónde ir, y de pronto se me ocurrió que podría muy bien pasar por Pilar y venir a Inglaterra, donde sería muy rica. La idea era tan emocionante y prometía tantas aventuras, que no vacilé. Tomé el pasaporte de Pilar. La fotografía que había en él no se parecía mucho a mí, pero tampoco se parecía a Pilar. Lo hice tal como había decidido, y al llegar a la frontera ensucié con un poco de tierra el pasaporte, dejándolo caer por la ventanilla del tren, y pude pasar.

—¿Y usted se hizo pasar ante mi padre por su nieta? —clamó Alfred—. ¿Jugó usted con su cariño?

—Sí —asintió Pilar—. En seguida me di cuenta de que podía ganarme su afecto y hacerle dichoso.

—¡Esto es un crimen! —estalló George Lee—. Esto es tratar de obtener dinero por medios ilícitos.

—Pues a ti no te sacó nada —rió Harry—. Pilar, estoy a tu lado. Ahora te admiro más que antes. Y me alegro de no ser tu tío.

—¿Y usted lo sabía? —preguntó Pilar a Poirot—. Mademoiselle —dijo—. Si hubiera usted estudiado las leyes de Mendel, sabría que dos personas de ojos azules no es fácil que tengan un hijo de ojos negros. Sabía que Jennifer Lee había sido una mujer muy honrada. Por lo tanto, usted no podía ser Pilar Estravados. Cuando hizo usted aquel truco con el pasaporte acabé de convencerme. Fue ingenioso, pero no lo suficiente.

—A mí no me parece nada ingenioso —declaró Sugden.

—No lo entiendo —murmuró Pilar.

—Usted nos ha contado una parte de la historia, señorita, pero estoy seguro de que le falta por contar mucho más.

—¡No la moleste más! —exclamó Stephen. Sugden hizo como que no le oía.

—Usted nos ha dicho que después de cenar subió a ver a su abuelo —siguió el inspector—. Dice que al hacerlo obedeció a un impulso irrazonado. Pues bien, voy a sugerir algo más. Fue usted quien robó los diamantes. Quizás al meterlos de nuevo en la caja de caudales se los guardó en algún bolsillo sin que míster Lee lo advirtiera. Cuando descubrió la desaparición, míster Lee se dio

cuenta en seguida que sólo dos personas podían haberlos robado. Usted y Horbury.

»En seguida tomó sus medidas. Me telefoneó y me dijo que fuera a verle. Luego le dijo a usted que en cuanto cenase subiese a verle. Usted lo hizo y él la acusó de robo. Usted lo negó. Él insistió. Y al verse descubierta, luchó con él. No era su abuelo y, por lo tanto, nada le impedía cometer el crimen. Después de la lucha y de haberlo degollado, salió usted de la habitación, cerró por fuera y escondióse entre las estatuas.

—¡No es verdad! —chilló Pilar—. ¡No es verdad! ¡No robé los diamantes! ¡No lo maté! ¡Lo juro por la Virgen!

—Entonces, ¿quién lo mató? —preguntó Sudgen—. Dice usted que vio a una persona junto a la puerta de la habitación de míster Lee. Según su historia, esa persona podía ser el asesino. Nadie más pasó ante usted. Pero eso de que había allí una persona sólo lo sabemos por usted. Nada nos demuestra que sea verdad. En otras palabras: esa persona la creó usted para disculparse.

—¡Claro que es culpable! —exclamó George Lee—. La cosa está clarísima. Siempre he sostenido que era un extraño quien mató a mi padre. Es una tontería pretender que alguien de la familia hiciera una cosa tan monstruosa. Es ilógico.

—No estoy de acuerdo con usted —declaró Poirot—. Teniendo en cuenta el carácter de Simeon Lee, lo más natural habría sido que le matase uno de sus parientes.

—¿Eh?

—Y en mi opinión, eso fue lo que ocurrió —siguió Poirot—. Simeon Lee fue asesinado por alguien de su propia sangre y carne.

—¿Uno de nosotros? —exclamó George—. ¡Lo niego!

—Todas las personas aquí reunidas pueden ser culpables. Empezaremos con el caso contra usted, míster George Lee. Usted no quería a su padre. Si mantenía relaciones cordiales con él era por su dinero. El día de su muerte, su padre le amenazó con reducirle la pensión. Usted sabía que a su muerte heredaría una buena suma. Ése es el motivo. Después de cenar fue a hacer una llamada telefónica. Pero ésta sólo duró cinco minutos. Después de eso pudo muy bien ir a la habitación de su padre, charlar con él y luego matarle. Al salir de la habitación, cerró por fuera, pensando que así la culpa se achacaría a un ladrón. Con las prisas se olvidó de abrir

las ventanas, para dar más peso a la teoría del ladrón. Perdone que le diga que fue una gran estupidez.

»Sin embargo —siguió Poirot, después de una breve pausa, durante la cual George intentó en vano decir algo—, son muchos los hombres estúpidos que se han dedicado al crimen.

Luego se volvió hacia el lugar en que se encontraba Magdalene.

—También la señora tiene sus motivos —siguió—. Está cargada de deudas, y algunas de las palabras de su suegro le produjeron una gran inquietud. Tampoco ella tiene ninguna coartada. Fue a telefonear, pero no pudo hacerlo, y sólo su palabra demuestra que es verdad. Ninguna prueba la apoya.

»A continuación viene míster David —siguió el detective—. Muchas veces me ha hablado del vengativo carácter de los Lee. Míster David no olvidó jamás ni perdonó a su padre por la forma cómo trató a su madre. Las últimas palabras que contra ella pronunció Simeon Lee fueron la gota de agua que hace rebosar el vaso. Se dice que David Lee estaba tocando el piano cuando se cometió el crimen. Pero por coincidencia estaba interpretando la Marcha Fúnebre. Pero supongamos que era otra la persona que interpretaba dicha Marcha Fúnebre. Alguien que sabía lo que iba a hacer y que aprobaba su conducta.

—Esa sugerencia es infame —declaró Hilda. Poirot se volvió hacia ella.

—Presentaré otra, señora. Fue usted quien cometió el crimen. Fue usted quien subió a ejecutar la sentencia de muerte de un hombre a quien usted consideraba indigno de todo perdón. Usted, señora, es de esas personas que pueden ser terribles cuando se irritan.

—Yo no lo maté —declaró serenamente Hilda.

—Monsieur Poirot tiene razón —intervino Sugden—. Todos, menos míster Alfred Lee y su hermano Harry, pueden ser culpables.

—Ni siquiera ellos dos pueden quedar libres de sospechas —declaró Poirot.

—¡Por Dios, monsieur Poirot! —exclamó Sugden.

—¿Y cuál es la acusación contra mí? —preguntó Lydia.

—Su motivo, señora, lo callaré. Es evidente… En cuanto a lo demás, la noche del crimen usted llevaba un traje muy llamativo, con una capa de la misma tela. Le recuerdo a usted que Tressilian es

muy corto de vista. A cierta distancia confunde los objetos. También debe recordar que el salón es grande, alumbrado indirectamente, casi en penumbra. Dos minutos antes de que se oyeran los gritos, Tressilian entró a buscar las tazas vacías. Y creyó verla a usted junto a la ventana.

—Me vio —afirmó Lydia.

—Es muy posible que Tressilian viera la capa de su traje, colgada contra la cortina —siguió sin interrupción el detective.

—Yo estaba allí —repitió Lydia.

—¿Cómo se atreve usted…? —empezó Alfred. Harry le interrumpió.

—Déjale seguir, Alfred. Ahora nos toca a nosotros. ¿Cómo puede usted sugerir, monsieur Poirot, que Alfred matara a su queridísimo padre, siendo así que él y yo estábamos discutiendo en el comedor?

Poirot le miró sonriente.

—Eso es muy sencillo —declaró—. Una coartada cobra más fuerza cuando el que la corrobora lo hace contra su deseo. Usted y su hermano se llevan mal. Eso lo sabe todo el mundo. Usted le zahiere en público. Él no dice nunca nada bueno de usted. Pero, supongamos por un momento que todo ello es un plan magistralmente ideado. Supongamos que Alfred Lee está harto de sufrir las imposiciones de su padre. Supongamos que ustedes dos se han puesto en relación hace algún tiempo. El plan se perfila. Usted vuelve a casa. Alfred finge indignarse. Le demuestra, ante todos, celos y odio. Usted lo desprecia. Y llega la noche del crimen que los dos han planeado muy bien. Uno de ustedes permanece en el comedor, hablando en voz alta, como si se estuviera peleando con su hermano. Y en tanto, el otro sube arriba y comete el crimen.

Alfred se puso en pie de un salto.

—¡Es usted un canalla! —rugió con voz entrecortada.

—Pero ¿de veras cree…?

Sugden miró a Poirot.

Con voz súbitamente autoritaria, Poirot siguió:

—Tenía que demostrar todas las posibilidades. Éstas son las cosas que hubieran podido ocurrir. Ahora, para descubrir la verdad debemos volver al carácter de Simeon Lee.

Capítulo VI

Hubo una breve pausa. Cosa curiosa, todo el rencor y la indignación habían desaparecido. Hércules Poirot mantenía a su auditorio bajo el hechizo de su personalidad. Le miraban fascinados, mientras reanudaba su exposición de los hechos.

—Todo está ahí. El muerto es el foco y el centro del misterio. Debemos ahondar en el corazón y en la mente de Simeon Lee y ver qué encontramos allí. Porque un hombre no vive enteramente para sí. Lo que tiene lo da… a aquellos que vienen tras él…

»¿Qué legó Simeon Lee a sus hijas e hijos? En primer lugar: orgullo. Un orgullo que en el muerto se frustró en su decepción por sus hijos. Luego la cualidad de la paciencia. Sabemos que Simeon Lee esperó pacientemente durante años para vengarse de alguien que le había injuriado. Vemos que ese aspecto de su temperamento fue heredado por el hijo que menos se le parece físicamente. David Lee también es capaz de recordar y alimentar un rencor y resentimiento a través de los años. Físicamente, Harry Lee es el único de sus hijos que se le parece mucho. Ese parecido es notable cuando se examina el retrato de Simeon Lee cuando era joven. La misma nariz aguileña, el mentón saliente, la cabeza echada atrás. Creo que Harry también heredó muchos de los gestos peculiares de su padre. Por ejemplo, ese hábito de echar hacia atrás la cabeza al reír y el de acariciarse la barbilla.

»Teniendo presente todo eso y estando convencido de que el crimen lo cometió una persona íntimamente relacionada con el muerto, estudié a la familia desde ese punto de vista psicológico. Es decir, traté de decir quiénes eran los criminales psicológicamente posibles. Y en mi juicio sólo dos personas reunían esas condiciones. Eran Alfred Lee e Hilda Lee, la esposa de David. A David lo rechacé como posible asesino… No creo que un ser tan delicado pudiera ser autor de un crimen tan brutal. También rechacé a George Lee y a su

esposa. Fueran cuales fuesen sus deseos, no creo que tuvieran suficiente temperamento para correr ese riesgo. Ambos son esencialmente cautos. También consideré incapaz de todo acto de violencia a la esposa de Alfred Lee. Al llegar a Harry Lee vacilé. Aparentemente, es un hombre combativo, enérgico, pero sospecho que todo eso es puro bluff, y que esencialmente es débil. Sé también que esa misma era la opinión de su padre. Dijo que Harry no valía más que los otros. Eso me dejaba con sólo dos posibles criminales. Ya los he nombrado. Alfred es un hombre que sabe ser fiel. Se ha sabido dominar durante años, limitándose a ser el subordinado a la voluntad del otro. En tales condiciones siempre es posible que algo salte. Además, es incluso muy posible que alimentara algún rencor secreto contra su padre. Y ese rencor, al no ser expresado de ninguna manera, fue creciendo en intensidad. Son las personas tranquilas y apacibles las que de súbito se demuestran capaces de las mayores violencias. Cuando pierden el dominio de sí mismas, lo pierden por completo. La otra persona a quien consideraba capaz del crimen era Hilda Lee. Es del tipo de personas que en determinadas ocasiones es capaz de tomarse la justicia por sus propias manos. Esos seres son jueces y ejecutores a la vez. En el Antiguo Testamento hay muchos personajes así. Jael y Judith, por ejemplo.

»Luego examiné las circunstancias del crimen. Y lo que primero llama la atención son las extraordinarias condiciones en que ese crimen tuvo lugar. Recordamos la habitación en que halló la muerte Simeon Lee. Había allí una pesada mesa, unas pesadas sillas y sillones, una lámpara y otros objetos, todo volcado. Pero la mesa y los sillones eran lo más curioso. Ambos muebles son de sólido roble. Resulta difícil comprender cómo en una lucha entre dos hombres puede volcarse tanto mueble sólido. El conjunto resulta irreal. Y, no obstante, a ninguna persona con sentido común se le hubiera ocurrido disponer aquella decoración a menos que fuera real. De ser así, el asesino de Lee tenía que ser un hombre vigoroso.

»Otro detalle curioso es el de la puerta cerrada por fuera. No se advierte ninguna razón lógica para semejante comportamiento por parte del asesino. No se podía pretender simular suicidio, ya que nada en la muerte aquella hablaba de suicidio. Tampoco se podía simular una huida por las ventanas, ya que dichas ventanas estaban

dispuestas de forma que no se podía huir por ellas. Una vez más nos encontramos ante un hecho que exige tiempo. Tiempo, que es algo precioso para el asesino.

»Otra cosa incomprensible es el hallazgo de un trozo cortado de esponja de la que utilizaba Simeon Lee cortado y un trozo de madera, cosas que me enseñó el inspector Sugden. Esos dos objetos fueron recogidos por una de las primeras personas que entraron en la habitación. Una vez más nos hallamos ante algo que no tiene sentido. ¡No significa absolutamente nada! Y, sin embargo, estaban allí.

»Como pueden observar, el crimen se hace cada vez más raro. Carece de orden y método. No es razonable». Y ahora llegamos a la principal dificultad. El inspector Sugden fue llamado por míster Lee, quien le informó de un robo cometido en su casa y le pidió que volviera más tarde. ¿Por qué no pidió al inspector Sugden que aguardara abajo, mientras él hablaba con la persona sospechosa? Estando en casa el inspector, habría podido ejercer mayor presión sobre el culpable.

»Así llegamos al punto en que no sólo el comportamiento del criminal es extraordinario, sino que también lo es el de Simeon Lee.

»Yo me dije: "Todo está mal. ¿Por qué? Porque lo miramos desde un punto de vista falso. Lo miramos desde el punto que desea el criminal".

»Tenemos tres cosas que carecen de sentido común: la lucha, la llave hecha girar por fuera y el trozo de goma. Pero necesariamente ha de haber algún punto desde el cual esas tres cosas tendrían sentido. Y me estrujé el cerebro procurando olvidar las circunstancias del crimen y aceptar las cosas por su propio valor. Me dije: "¿Qué significa la lucha? Violencia, destrozo, ruido. ¿Por qué se cierra una puerta haciendo girar la llave desde fuera? ¿Para que nadie pueda entrar…? Pero la llave no impidió eso, puesto que la puerta fue echada abajo casi en seguida. ¿Para retener a alguien dentro? ¿Para impedir que alguien entrara?". Y llegué al recorte de esponja. Entonces me volví a decir: "Un trozo de esponja no es más que un trozo de esponja".

»Ustedes dirán que en todo eso no hay nada, pero de todas formas quedan tres impresiones: ruido, encierro y un problema sin solución.

»¿Concordaba todo ello con mis dos sospechosos? No. Tanto para Alfred como para Hilda, lo ideal hubiera sido un crimen silencioso. El haber perdido tiempo cerrando la puerta por fuera resulta absurdo, y el trozo de esponja y la chapa de madera siguen sin significar nada.

»A pesar de ello sigo convencido de que en este crimen no hay nada absurdo, y que, por el contrario, ha sido muy bien planeado y magistralmente ejecutado. Lo demuestra el hecho de que pudo ser cometido. Por tanto, todo cuanto sucedió estaba previsto.

»Después de repasar todos los hechos varias veces, empecé a ver un rayo de luz.

»Sangre… mucha sangre… sangre por doquier… Una insistencia en sangre fresca, húmeda, brillante… Tanta sangre…, resultaba demasiada sangre.

»Y eso me dio otra idea. Es un crimen de sangre… está en la sangre. Es la propia sangre de Simeon Lee que se levanta contra él.

Hércules Poirot se inclinó hacia delante.

—Las dos más valiosas claves de este misterio me fueron ofrecidas por las frases que pronunciaron inconscientemente dos personas distintas. La primera fue cuando Lydia Lee recitó un pasaje de Macbeth: «¿Quién hubiera creído que el viejo tuviese tanta sangre dentro de él?». La otra fue una frase pronunciada por Tressilian. Me contó lo desconcertado que se sentía por una serie de cosas que, al suceder, le hacían el efecto de que ya antes habían sucedido. Lo que le hacía sentir eso era un suceso muy sencillo. Oyó llamar y fue a abrir a Harry Lee. Al día siguiente hizo lo mismo con Stephen Farr.

»Ahora bien: ¿Por qué tuvo esa impresión? Miren ustedes a Harry Lee y a Stephen Farr y lo comprenderán… ¡Son asombrosamente parecidos! Por eso, el abrir la puerta a Stephen Farr era igual que abrir la puerta a Harry Lee. Era como si el mismo hombre estuviera allí. Y hoy mismo, Tressilian me decía que siempre se equivoca al dirigirse a unas personas u otras. No es extraño. Stephen Farr tiene la nariz aguileña, echa hacia atrás la cabeza al reír y se acaricia constantemente la barbilla. Miren bien el retrato de Simeon Lee, cuando era joven, y verán que no sólo Harry Lee sino también Stephen Farr se le parece.

Stephen se agitó en su asiento, haciendo crujir la silla. —

Recuerden las palabras de Simeon Lee contra su familia— siguió Poirot—. Declaró que estaba seguro de tener mejores hijos entre los ilegítimos. De nuevo volvemos al carácter de Simeon Lee, que tuvo un gran éxito con las mujeres y que destrozó el corazón de su esposa. Por ello llegué a la conclusión: en la casa no se hallaba —solamente la familia legal de Simeon Lee, sino también alguno de los hijos no reconocidos.

Stephen, de pronto, se puso en pie. Poirot, mirándolo dijo:

—Ése fue su verdadero motivo, ¿no? Nada de esa romántica historia de la muchacha del tren. Usted venía hacia aquí antes de encontrarla a ella. Venía a ver qué clase de hombre era su padre…

Stephen estaba pálido como un muerto. Con voz temblorosa murmuró:

—Sí… siempre tuve deseos de verle… Mi madre hablaba de él a veces. Se convirtió en una obsesión para mí. ¡Tenía que ver cómo era! Gané algún dinero y vine a Inglaterra. No pensaba decirle quién era yo. Mi intención era pasar por el hijo de Ebenezer Farr. Vine aquí con sólo un motivo: ver al hombre que era mí padre…

Sugden murmuró:

—¡Qué ciego he sido! Ahora lo comprendo. Por dos veces le tomé a usted por Harry Lee. Y, sin embargo, al notar mi error nunca sospeché la verdad.

Volvióse a Pilar y siguió:

—Esa persona a quien usted vio junto a la puerta era Stephen Farr, ¿no? Pero no quiso descubrirlo. Pretendió hacernos creer que era una mujer.

Oyóse un ruido e Hilda Lee se puso en pie.

—No —dijo—. Está usted en un error, inspector. Yo fui la persona a quien Pilar vio.

—¿Usted, señora? —preguntó Poirot.

—Nunca me hubiera creído tan cobarde —siguió Hilda—. ¡Callar por miedo! Estaba en la sala de música con David. Él estaba tocando. Le noté muy raro. Me asusté un poco y me di cuenta de mi responsabilidad, pues yo fui quien insistió en hacerle venir. David empezó a interpretar la Marcha Fúnebre. De pronto tomé una decisión. Por raro que pareciera teníamos que marcharnos en seguida, aquella misma noche. Decidí subir a ver a míster Lee y explicarle por qué nos íbamos. Llegué hasta la puerta de su cuarto y

llamé. No recibí ninguna respuesta. Llamé con más fuerza. El mismo silencio. Intenté abrir la puerta, pero la puerta estaba cerrada con llave. Y, de pronto, mientras vacilaba, oí un ruido dentro del cuarto… Hilda se interrumpió, murmurando:

—Ya sé que no me creerán, pero es la verdad. Alguien estaba allí dentro, atacando a mi suegro. Oí caer mesas y sillas, romperse porcelanas y jarrones, y luego aquel terrible grito. Después reinó el más completo silencio.

»Me quedé paralizada. No podía moverme. De pronto llegó míster Farr, Magdalene y todos los demás. Míster Farr y Harry comenzaron a golpear la puerta hasta derribarla. Y cuando entramos en la habitación no había nadie dentro de ella. Sólo míster Lee, muerto, y la sangre.

Hilda había elevado la voz.

—¡No había nadie, nadie! ¿Me entiende? Y. sin embargo, nadie salió de aquella habitación…

Capítulo VII

El inspector lanzó un hondo suspiro.

—O yo me vuelvo loco, o lo están los demás —dijo—. Lo que usted nos cuenta es imposible, señora, completamente imposible.

—¿Y por qué ha callado durante todo este tiempo? —preguntó Poirot.

Hilda, muy pálida, pero con voz serena, contestó:

—Si les hubiera dicho la verdad, sólo hubieran sacado una conclusión: que yo era quien le había matado. Poirot movió la cabeza.

—No —dijo—. Usted no le mató. Le mató su hijo.

—¡Juro ante Dios que no le toqué! —exclamó Stephen.

—Usted no. Pero míster Lee tenía otros hijos.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Harry.

George miraba fijamente al detective. David se pasó una mano por los ojos. Alfred parpadeó un par de veces.

—La primera noche que estuve aquí —dijo Poirot— me refiero a la noche del crimen, vi un fantasma. Era el fantasma del muerto. Cuando por primera vez vi a Harry, me dije que ya le había visto en otra ocasión. Luego me fijé en sus facciones y me di cuenta de lo mucho que se parecía a su padre. Entonces creí que a eso se debía mi suposición.

»Pero ayer un hombre que estaba sentado frente a mí echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada. Y entonces comprendí a quién me había recordado Harry Lee. Y de nuevo hallé en otro rostro las facciones del muerto.

»No es raro que el pobre Tressilian se sintiera confundido cuando abrió la puerta, no a los hombres, sino a tres que se parecían enormemente. No tiene nada de extraño que se alterara la firmeza mental del mayordomo, puesto que en la casa había tres hombres casi iguales, y que a cierta distancia podían pasar el uno

por el otro. La misma estatura, los mismos ademanes (el más característico de todos es el de acariciarse la barbilla), la misma manera de reír, echando hacia atrás la cabeza, la misma nariz aguileña. Y, sin embargo, la semejanza no era siempre fácil de notar, pues el tercero de esos hombres lleva bigote.

»Uno se olvida a veces de que los policías son también hombres, de que tienen mujer, hijos, hogar, madres y… —hizo una pausa— padres… Recuerden ustedes la fama de Simeon Lee: un hombre que destrozó el corazón de su mujer a causa de sus enredos con otras mujeres. Un hijo nacido ilegalmente puede heredar muchas cosas. Puede heredar las facciones de su padre e incluso sus gestos. Así como su orgullo, su paciencia y su vengativo espíritu.

La voz de Poirot se elevó.

—Durante toda su vida, Sugden, usted ha estado resentido por el daño que su padre le hizo. Estoy seguro de que hace mucho tiempo que decidió matarlo. Vino usted de la región vecina, donde su madre, sin duda con el dinero que Simeon Lee le regaló generosamente, encontró un marido que se hiciese cargo de la paternidad del niño que iba a nacer. Usted ingresó en la policía de Middleshire y aguardó su oportunidad. Un oficial de policía tiene muchas oportunidades de cometer un crimen y librarse de toda sospecha.

Sugden estaba blanco como el papel.

—Está usted loco —dijo—. Cuando le mataron yo estaba fuera de esta casa.

Poirot movió negativamente la cabeza.

—No, usted le mató antes de salir de aquí por primera vez… Después de su marcha nadie vio vivo a Simeon Lee, que estaba esperándole, pero no le llamó. Fue usted quien le dijo por teléfono que se había enterado de que intentaban robarle. Le dijo también que a las ocho de la noche le pasaría a visitar con la excusa de recaudar fondos para el Orfanato de la Policía. Simeon Lee no sospechaba nada. Ignoraba que usted fuera su hijo. Usted le contó un cuento acerca de unos diamantes robados. Para demostrarle que no era verdad, su padre abrió la caja de caudales y le enseñó las piedras. Y entonces, mientras él estaba vuelto de cara hacia el fuego, usted le atacó por la espalda y, tapándole la boca para que no pudiese gritar, le degolló… Para un hombre de su vigor la cosa

fue sencillísima.

»Después de esto usted preparó el escenario. Guardó los diamantes, cerró la caja de caudales. Amontonó sillas, mesas, jarrones y a la base de todo esto ató una cuerdecita que traía arrollada a la cintura. También traía una botella de sangre animal, a la cual había añadido una pequeña cantidad de citrato de sosa. Con esa sangre regó los alrededores del cadáver y añadió un poco más de citrato de sosa a la sangre que manaba de la herida, a fin de que no se cuajara. Después añadió más combustible al fuego a fin de que el cadáver conservase su calor. Una vez hecho todo esto, pasó los dos cabos de la cuerda por la ranura de la ventana y cerró por fuera. Esto era muy importante, ya que nadie debía entrar allí después de su marcha.

»Al salir de la casa escondió las piedras preciosas en la reproducción del Mar Muerto. Si más pronto o más tarde eran descubiertas allí, eso no haría más que desviar las sospechas hacia donde usted quería: hacia los hijos legítimos de Simeon Lee. Un momento antes de las nueve y cuarto volvió usted y, dirigiéndose al pie de la ventana, tiró de los dos cabos de la cuerdecita. Así se vino abajo la pirámide de muebles con un estrépito terrible. Después tiró usted de uno de los cabos de la cuerdecita, y cuando la tuvo toda en su poder, la escondió como antes.

»Pero aún había hecho algo más. Poirot se volvió hacia los demás.

—¿Recuerdan que todos ustedes describieron de distinta manera el grito de muerte de Simeon Lee? El que más cerca anduvo de la verdad fue Harry Lee, que dijo que parecía el aullido de muerte de un cerdo.

»¿Conocen ustedes esos globitos de goma que venden en las ferias? Son alargados, pintados como si fueran unos cerditos y producen un sonido exactamente igual al grito de muerte de un cerdo. Ésta fue, Sugden, su última combinación. La boca de la trompetilla estaba tapada con un pequeño corcho. Al tirar de la cuerda hizo que el tapón saltara, y el globo, al desinflarse, produjera aquel inhumano alarido. Y eso fue lo que todos oyeron.

Poirot se volvió hacia los demás.

—Ya saben qué fue lo que Pilar recogió del suelo. Sugden tenía la esperanza de llegar a tiempo de recoger aquella vejiga de goma

antes de que nadie se fijara en ella. No pudo hacerlo, pero sí consiguió quitársela a Pilar sin que nadie sospechara nada. Pero se olvidó de mencionar ese incidente, cosa por sí sola bastante sospechosa. Magdalene Lee me lo explicó y entonces inquirí a Sugden si era verdad. Estaba preparado para esa contingencia y me entregó una madera y un trozo de esponja, cosas bastante parecidas a las que Magdalene podía haber visto. Yo fui muy tonto, pues en lugar de decirme: «Esto no tiene ningún significado y, por lo tanto, el inspector está mintiendo», traté de hallar una explicación a aquellos objetos. Pero hasta que mademoiselle Estravados pisó los restos de un globito reventado y declaró que, sin duda aquello había sido lo que encontró en la habitación de su abuelo, no vi la verdad.

»¿Se dan cuenta de lo bien que todo encaja? La lucha que era necesario fingir para establecer una falsa hora del crimen; la puerta cerrada, para que nadie pudiese entrar y descubrir demasiado pronto el cadáver; el alarido del muerto. Por fin, el crimen resulta razonable y lógico.

»Pero desde el momento en que Pilar anunció en voz alta su descubrimiento acerca del globito, me di cuenta de que estaba en peligro de muerte, pues el asesino haría todo lo posible para hacerla callar, pues no era la primera vez que le hacía pasar un mal rato. Ya una vez, al hablar de míster Simeon Lee, dijo que de joven debía de haber sido muy semejante al inspector. No tiene nada de extraño que Sugden se pusiera colorado. Después de eso, trató de que las sospechas recayeran sobre ella, pero era muy difícil, ya que la nieta sin herencia no podía tener ningún interés en la muerte de su abuelo. Más tarde, al oír desde una de las ventanas cómo Pilar anunciaba en voz alta su descubrimiento acerca del globito, dispuso una trampa para matarla. Fue un verdadero milagro que no consiguiese sus propósitos.

—¿Cuándo tuvo usted la seguridad? —inquirió Sugden.

—Cuando coloqué sobre el retrato de Simeon Lee un bigote postizo que compré para ello. Entonces, la cara que vi allí fue la suya.

Sugden lanzó un hondo suspiro y declaró:

—¡Ojalá se pudra en el infierno! ¡Me alegro de haberle matado!

SÉPTIMA PARTE

(28 de diciembre).

Capítulo I

—Creo que debes quedarte con nosotros, Pilar, hasta que decidamos algo para ti —dijo Lydia.

—Es usted muy buena, Lydia —replicó la muchacha—. Sabe perdonar sin hacer aspavientos.

Lydia sonrió, diciendo:

—Te sigo llamando Pilar, aunque supongo que no es ése tu nombre.

—Me llamo Conchita López.

—Es un nombre muy bonito.

—Es usted demasiado buena, Lydia. Pero no debe preocuparse por mí. Me casaré con Stephen y nos iremos a África del Sur.

—Las cosas se arreglan muy bien —sonrió Lydia. Tímidamente, Pilar siguió:

—Ha sido usted tan buena, Lydia, que algún día, si no le importa, volveremos para pasar unas buenas Navidades con puddings en llamas y árbol de Navidad.

—Desde luego. Entonces sabrás lo que es una Navidad inglesa. La de este año no ha sido bonita.

Capítulo II

—Adiós, Alfred —se despidió Harry—. No te molestaré mucho con mi presencia. Me marcho a Hawai. Siempre he deseado vivir allí.

—Adiós, Harry —contestó Alfred—. Espero que disfrutes mucho.

Torpemente, Harry se excusó:

—Lamento haberte zaherido tanto. Es mi mal sentido del humor. No puedo evitar molestar a la gente. Haciendo un esfuerzo, Alfred declaró:

—Tal vez me haga falta aprender a apreciar las bromas.

Con visible alivio Harry dijo:

—Bueno, hasta la vista.

Capítulo III

—David, Lydia y yo hemos decidido vender esta casa —dijo Alfred —. Pensé que tal vez te gustaría guardar algunos de los objetos que pertenecieron a nuestra madre. Su sillón, su escaño. Fuiste su hijo más querido.

David vaciló un momento. Luego dijo:

—Gracias por la atención, Alfred, pero prefiero no guardar nada. Creo que me hará mucho bien romper con el pasado.

—Lo comprendo —asintió Alfred—. Tal vez tengas razón.

Capítulo IV

—Adiós, Alfred —dijo George—. Adiós, Lydia. ¡Qué días más terribles hemos pasado! Ahora falta el juicio. Supongo que saldrá a relucir toda la desagradable verdad. Se descubrirá que Sugden es hijo de nuestro padre. Si se pudiera conseguir que declarase que obró impulsado por móviles comunistas, disgustado por ser mi padre un capitalista…

—Querido George, no esperes que un hombre como Sugden diga mentiras para evitarnos un disgusto —sonrió Lydia.

—Tal vez no. En fin, creo que fe entiendo. Pero no cabe duda de que el hombre ese estaba loco. Bueno, adiós.

—Adiós —dijo Magdalene—. El año que viene podremos irnos todos a la Riviera a disfrutar de verdad.

—Depende de cómo esté el franco —dijo George—. No seas tacaño —murmuró Magdalene.

Capítulo V

Alfred salió a la terraza. Lydia estaba inclinada sobre uno de los jardincillos hechos por ella. Al oír acercarse a su marido levantó la cabeza. Alfred dijo:

—Ya se han marchado.

—¡Qué alivio! —exclamó Lydia.

—¿Te alegrará el marcharte de aquí? —preguntó Alfred.

—Sí. ¿Y a ti?

—También. Podemos hacer muchas cosas agradables juntos. El vivir aquí nos traería constantemente a la memoria sucesos pasados y el recuerdo de esta pesadilla. Me alegro de que todo haya terminado ya.

—Gracias a Hércules Poirot —dijo Lydia.

—Fue extraordinaria la forma que tuvo de demostrar que todos podíamos ser culpables.

—Sí, es como al terminar de juntar todas las piezas de un rompecabezas. Al principio parecía que ninguna de ellas encajaba con las otras, y al fin resulta completamente natural su colocación.

—Hay una cosa que no se ha aclarado aún —dijo Alfred—. ¿Qué estuvo haciendo George después de haber telefoneado? ¿Por qué no lo dijo?

—¿No lo sabes? Yo lo he sabido desde el principio. Estaba registrando los cajones de tu mesa de despacho.

—¡Eso no, Lydia! ¡Nadie sería capaz de hacer semejante cosa!

—George lo es. Siente una curiosidad terrible en asuntos de dinero. Pero, como es lógico, no podía decirlo.

—¿Haces otro jardín?

—Sí.

—¿Qué será esta vez?

—Creo que es una imitación del jardín del Edén. Una nueva versión. Sin serpiente. Y Adán y Eva son dos personas de mediana

edad.

—¡Qué buena has sido durante todos estos años, Lydia! ¡Y qué paciente!

—Es que te quiero, Alfred, ¿sabes?

Capítulo VI

—¡Parece mentira! —exclamó el coronel Johnson—. ¡Es increíble! ¡El mejor de mis hombres! ¿Adónde va a parar la policía?

—Todo policía tiene su vida privada —recordó Poirot—. Sugden era un hombre muy orgulloso.

El coronel movió la cabeza. Para disimular su turbación y malestar golpeó con el pie los troncos que se apilaban en la chimenea.

—No hay como un buen fuego de leña —dijo.

Poirot, notando en el cuello la fría caricia de las ráfagas de aire, pensó: «Prefiero mil veces la calefacción central».

Agatha Christie (Torquay, 15 de septiembre de 1890 – Wallingford, 12 de enero de 1976). Es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable Señorita Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro La ratonera permaneció en cartel durante 23 000 representaciones.